

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VI.—OCTUBRE, 1929.—NÚMERO XXIV

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

SUMARIO

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Índice y extractos de los libros de cédulas y provisiones del Archivo municipal de Madrid (siglos XV-XVI).*

TORMO, ELÍAS.—*La capitalidad: Cómo Madrid es Corte.*

VARIEDADES: MARÍA DEL PILAR LAMARQUE: *Nota sobre Mariano Luis de Urquijo.*
JUAN CATALINA GARCÍA: *Don Manuel de León Marchante.*—R. DE AGUIRRE: *Ju-
guetes alemanes del siglo XVIII en Madrid.*

RESEÑAS: Manrique, Jorge.—*Cancionero* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).—García
Sanchíz, Federico.—*El viaje a España* (S. DE R.).—Ballesteros Beretta, An-
tonio.—*Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (JOSÉ DE-
LEITO Y PIÑUELA).—Zabala y Lera, Pío.—*El marqués de Argensón y el pacto
de familia de 1743* (S. DE R.).—Alvarez Garo, Juan.—*Obras completas* (FER-
NANDO GONZÁLEZ).—Danvila, Alfonso.—*El Congreso de Utrecht* (J. DELEITO Y
PIÑUELA).—Brücker, Alexander.—*Historia de la literatura rusa* (S. DE R.).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los origi-
nales que se remitan

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VI

OCTUBRE, 1929

NÚMERO 24

ÍNDICE Y EXTRACTOS DE LOS LIBROS DE CÉDULAS Y PROVISIONES DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE MADRID

(SIGLOS XV-XVI)

(*Conclusión.*)

247. Granada, 12 de octubre de 1499.

Provisión de los Reyes Católicos convocando a Cortes a la Villa de Madrid.

A, fols. 12 r.-13 r. C, fols. 218 r.-v. *Original*, 2-393-23. Publicada por Domingo Palacio, III, págs. 511-514.

248. Granada, 15 de octubre de 1499.

Provisión de los Reyes Católicos prorrogando el término para la circulación de la moneda vieja de Castilla, con tal que se abonase la falta de su peso por las mermas.

A, fols. 154 r.-155 r. C, fols. 167 r.-168 v. *Original*, 3-413-44. Publicada por Domingo Palacio, III, págs. 154 r.-155 r.

249. Granada, 15 de octubre de 1499.

Provisión del Consejo en la que se incluye y confirma la contenida en el número 241.

C, fols. 168 v.-170 r. *Original*, 2-158-61. Publicada por Domingo Palacio, III, págs. 505-510.

250. Granada, 15 de octubre de 1499.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando la que dejamos reseñada bajo el número 242.

C, fols. 194 r.-195 r.

251. Granada, 26 de febrero y Sevilla, 14 de marzo de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos señalando las cantidades con que Madrid y los lugares comarcanos debían participar en una contribución de 150 cuentos de maravedís, y las fechas en que habían de abonarlas. Termina así: «*Dado por mí el Rey en la çibdad de Granada a veynte e seys días del mes de fe'brero e por mí la Reyna en la çibdad de Seuilla a catorze días del mes de março... de mill e quinientos años.*»

C, fols. 174 r.-177 r.

252. Valladolid, 28 de febrero de 1500.

Provisión de la Chancillería de Valladolid mandando al licenciado Fernán Sánchez de Miranda que ejecutase una sentencia ganada por la Villa, en grado de revista, contra el duque del Infantado sobre disfrute del Real de Mazanares.

B, fols. 177 r.-180 v. *Original*, 3-219-18.

253. Valladolid, 5 de marzo de 1500.

Provisión de la real Chancillería autorizando a la Villa de Madrid a reparar 20.000 maravedís para proseguir sus pleitos con el Real de Manzanares.

C, fols. 161 v.-162 v. *Original*, 2-388-45.

254. Sevilla, 14 de marzo de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos fijando las cantidades con que la Villa de Madrid y su tierra debían contribuir en un servicio de 150 cuentos de maravedís.

C, fols. 230 r.-233 v.

255. Sevilla, 13 de mayo de 1500.

Provisión del Consejo autorizando a Madrid para repartir 50.000 maravedís con destino a sus pleitos con el Real de Manzanares.

C, fols. 157 r.-158 r. *Original*, 2-388-46.

256. Sevilla, 23 de mayo de 1500.

Provisión del Consejo dirigida al licenciado Pedro Bermúdez mandándole que si los causantes de pleitos no tuviesen bienes de donde cobrar su salario, lo percibiera del modo que la real Chancillería lo había determinado respecto al licenciado Miranda por una carta ejecutoria.

B, fols. 182 r.-v. *Original*, 3-219-19.

257. Sevilla, 24 de mayo de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos comisionando al licenciado Pedro Bermúdez para prender y secuestrar los bienes de los vecinos del Real que se hubiesen resistido a cumplimentar las cartas ejecutorias dadas por la real Chancillería en favor de la Villa sobre los términos de dicho Real.

B, fols. 172 r.-174 v. *Original*, 3-219-20.

258. Sevilla, 28 de mayo de 1500.

Provisión de los contadores mayores de los Reyes Católicos anulando cualquier arrendamiento de las rentas de alcabalas que se hubiese hecho para el año de 1501.

C, fols. 219 r.-v.

259. Valladolid, 21 de julio de 1500.

Provisión de la real Chancillería dando licencia a la Villa de Madrid para repartir 15.000 maravedís destinados a pagar al juez executor licenciado Bermúdez.

C, fols. 159 r.-160 r. *Original*, 2-388-43.

260. Granada, 8 de agosto de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos prorrogando por un año el corregimiento de Alfonso Martínez de Angulo.

B, fols. 65 r.-67 v. C, fol. 152 r. *Original*, 2-397-90.

261. Granada, 26 de agosto de 1500.

Provisión del Consejo prorrogando por tiempo de cuarenta días la comisión confiada al licenciado Cornejo.

B, fols. 212 v.-213 v. *Original*, 3-219-20.

262. Granada, 26 de agosto de 1500.

Provisión del Consejo autorizando una derrama de 50.000 maravedís para pleitos de la Villa con el Real de Manzanares.

C, fols. 158 r.-v.

263. Granada, 7 de septiembre de 1500.

Provisión del Consejo mandando al licenciado Pedro Bermúdez que substanciase sumariamente los pleitos pendientes entre la Villa de Madrid y el Real de Manzanares.

B, fols. 213 v.-214 v.

264. Granada, 8 de octubre de 1500.

Provisión del Consejo mandando al licenciado Bermúdez señalando la forma en que había de cortarse la leña en los montes y términos del real de Manzanares.

B, fols. 175 r.-176 v. *Original*, 3-219-16.

265. Granada, 17 de octubre de 1500.

Provisión del Concejo autorizando a la Villa a repartir 40.000 maravedís para sus pleitos.

C, fols. 158 v.-159 r.

266. Valladolid, 17 de noviembre de 1500.

Provisión de la real Chancillería autorizando a la Villa a repartir 30.000 maravedís para prosecución de sus pleitos con el duque del Infantado.

C, fols. 154 r.-155 r. *Original*, 2-388-48.

267. Granada, 20 de noviembre de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos confirmando en su cargo de juez ejecutor, por treinta días más, al licenciado Pedro Bermúdez.

B, fol. 183 r.-v. C, fols. 218 v.-219 r. *Original*, 3-219-20.

268. Granada, 22 de noviembre de 1500.

Provisión de los Reyes Católicos señalando la forma en que el mismo funcionario había de percibir su salario.

B, fols. 181 r.-182 r. *Original*, 3-219-14.

269. Granada, 4 de febrero de 1501.

Provisión del Consejo dando licencia a la Villa de Madrid para repartir hasta 100.000 maravedís con destino a la prosecución de los pleitos con el Real de Manzanares sobre términos.

C, fols. 155 v.-156 r. *Original*, 2-338-49.

270. Granada, 12 de febrero de 1501.

Provisión del Consejo señalando la forma en que el Dr. Cornejo, juez ejecutor de Madrid, y sus escribanos habían de percibir su salario.

B, fols. 183 v. 184 v. *Original*, 3-219-24.

271. Granada, 13 de abril de 1501.

Provisión del Consejo dando instrucciones al mismo funcionario para el mejor desempeño de su cargo.

B, fols. 214 v.-216 r. *Original*, 3-219-25.

272. Granada, 28 de febrero de 1501.

Provisión del Consejo dirigida al mismo Cornejo para que hiciese cumplir las sentencias dictadas por el anterior juez de términos Pedro Bermúdez.

B, fols. 204 r.-205 r. *Original*, 3-219-24.

273. Granada, 22 de marzo de 1501.

Ordenanza del marco y peso que habían de tener las herraduras y clavazón que se traían de Asturias y Guipúzcoa.

B, fols. 26 r.-28 r. C, fols. 177 v.-178 v. Incluida en la de 21 de noviembre de 1502 [*Cfr. núm. 297*].

274. Granada, 17 de junio de 1501.

Provisión del Consejo prorrogando en el ejercicio de su cargo, por término de cien días, al Dr. Cornejo.

B, fols. 211 r.-211 r. *Original*, 3-219-21.

275. Granada, 20 de junio de 1501.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para repartir por sisa 60.000 maravedís con destino a la edificación de una alhóndiga.

C, fol. 197 v.

276. Granada, 3 de septiembre de 1501.

Provisión de los Reyes Católicos rectificando algunos extremos de la ordenanza sobre herrajes, contenida el número 273.

B, fols. 28 r. 29 v. C, fols. 178 v.-179 v. Incluida en la de 21 de noviembre de 1502. [Cfr. núm. 297].

277. Granada, 2 de octubre de 1501.

Cédula de los Reyes Católicos confirmando en su cargo de corregidor de Madrid a Alfonso Martínez de Angulo, por el tiempo que fuere su voluntad.

B, fols. 67 v.-68 r. C, fols. 205 r. *Original*, 2-397-90.

278. Granada, 12 de octubre de 1501.

Provisión del Consejo confirmando en su cargo, por término de sesenta días, al Dr. Cornejo.

B, fols. 210 r.-211 r. *Original*, 3-219-21.

279. Granada, 14 de octubre de 1501.

Cédula de los Reyes Católicos participando al corregidor de Madrid la forma en que se había de recibir a los príncipes, sus hijos, doña Juana y D. Felipe, archiduques de Austria.

A, fols. 72 v.-73 r. C, fols. 202 v.-203 r. *Original*, 2-311-29. Publicada por A. de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 249, nota 1, y por Domingo Palacio, IV, págs. 5-6.

280. Ecija, 20 de noviembre de 1501.

Provisión del Consejo confirmando en su cargo por setenta días más al Dr. Cornejo.

B, fols. 209 r-210 r. *Original*, 3-219-21.

281. Ecija, 30 de noviembre de 1501.

Provisión de los Reyes Católicos autorizando a la Villa a repartir 100.000 maravedís para la prosecución de sus pleitos con el duque del Infantado.

C, fols. 155 r.-v. *Original*, 2-388-50.

282. Ecija, 4 de diciembre de 1501.

Cédula de los Reyes Católicos encargando al corregidor de Madrid que les informase del sitio más conveniente para construir una dehesa.

C, fol. 171 r.

283. Sevilla, 7 de enero de 1502.

Cédula de los Reyes Católicos dando instrucciones a la Villa de Madrid sobre el recibimiento del príncipe y la princesa, sus hijos.

A, fols. 75 v.-76 r. C, fol. 219 v. Publicada por A. de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 250, nota.

284. Valladolid, 30 de enero de 1502.

Provisión de la real Chancillería mandando al Concejo de Manzanares que diesen posada a los guardas puestos en el Real por la Villa.

B, fols. 218 r.-219 v. *Original*, 3-219-26.

285. Llerena, 8 de marzo de 1502.

Provisión de los Reyes Católicos disponiendo que la Villa de Madrid enviase sus procuradores a las Cortes que habían de celebrarse en Toledo para jurar como heredera a la princesa doña Juana.

A, fols. 13 r.-14 v. C, fols. 181 v.-182 v. *Original*, 2-311-31. Publicada por A. de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 251, nota 1, y por Domingo Palacio, IV, págs. 15-18.

286. Toledo, 10 de mayo de 1502.

Provisión del Consejo prorrogando por sesenta días la comisión confiada al Dr. Cornejo.

B, fols. 207 v.-208 v. *Original*, 3-219-21.

287. Toledo, 18 de mayo de 1502.

Provisión de los Reyes Católicos especificando las cantidades con que la Villa de Madrid y lugares de su tierra debían contribuir en el servicio de ciento cincuenta cuentos de maravedís votados por las cortes de Sevilla de 1500.

C, fols. 236 v.-239 r.

288. Sevilla, 12 de julio de 1502.

Provisión del Consejo señalando el procedimiento para que el doctor Cornejo percibiese el salario correspondiente a la comisión que había desempeñado.

B, fols. 184 v. 185 v. *Original*, 3-219-27.

289. Toledo, 20 de agosto de 1502.

Provisión del Consejo prorrogando por cien días la comisión confiada al doctor Cornejo.

B, fols. 201 v.-202 v. *Original*, 3-219-23.

290. Madrid, 17 de octubre de 1502.

Provisión de la reina Doña Isabel convocando a Cortes a los procuradores de la Villa de Madrid.

A, fols. 14 v.-15 v. C, fols. 206 v.-207 r. *Original*, 2-393-25.

291. Madrid, 21 de octubre de 1502.

Provisión del Consejo mandando que los fieles no usasen vara de justicia sino bastón de cinco palmos.

C, fols. 171 r.-172 r. Publicada por Domingo Palacio, III, págs 19-21.

292. Madrid, 21 de octubre de 1502.

Provisión del Consejo señalando los salarios que habían de percibir algunos oficiales de la Villa de Madrid.

A, fols. 273 v.-276 v.

293. Madrid, 28 de octubre de 1502.

Provisión del Consejo prohibiendo el corregidor y regidor de la Villa de Madrid dar cartas de emplazamiento en blanco.

A, fols. 155 v.-157 r. C, fols. 198 r. v. *Original*, 2-397-54.

294. Madrid, 3 de noviembre de 1502.

Provisión del Consejo prohibiendo a los escribanos públicos llevar derechos por las escrituras tocantes al Ayuntamiento.

A, fols. 51 v.-52 v. C, fol. 198 v. *Original*, 2-158-62.

295. Madrid, 13 de noviembre de 1502.

Provisión del rey Don Fernando autorizando el nombramiento de alcalde en los pueblos de la jurisdicción de Madrid para que pudiesen conocer en los pleitos cuya cuantía no pasase de 60 maravedís.

A, fol. 318 r.-v. C, fol. 180 r.-v. *Original*, 2-306-29. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 23-25, y por A. de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 257, nota 1.

296. Madrid, 21 de noviembre de 1502.

Provisión de los Reyes Católicos incluyendo y confirmando la ordenanza de cereros de 25 de febrero de 1492 [*Cfr. núm. 131*].

C, fols. 184 r.-186 r. *Original*, 2-309-12. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 37-46.

297. Madrid, 21 de noviembre de 1502.

Provisión del Consejo en la que se incluye y confirman las de 22 de marzo y 3 de septiembre de 1501 referente a herrajes [*Cfr. núm. 273*].

B, fols. 26 r.-30 r. C, fols. 177 v.-180 r. *Original*, 2-309-14. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 27-35.

298. Madrid, 23 de noviembre de 1502.

Provisión del Consejo revocando una ordenanza de la Villa de Madrid sobre la tenencia de puercos.

C, fols. 180 v.-181 v. *Original*, 1-1-20.

299. Madrid, 28 de noviembre de 1502.

Provisión del Consejo prorrogando por sesenta días la comisión confiada al doctor Cornejo.

B, fols. 203 r.-204 r. *Original*, 3-219-21.

300. Madrid, 5 de diciembre de 1502.

Cédula de los Reyes Católicos ordenando al Consejo de Madrid que retirase el matadero que se hallaba junto al hospital de Doña Beatriz Galindo y permitiera a esta señora limpiar a su costa la Cava de la Villa.

A, fols. 156 v.-157 v. C, fol. 224 r.-v. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 7-8.

301. Madrid, 7 de diciembre de 1502.

Provisión de los Reyes Católicos mandando a los escribanos públicos de la Villa de Madrid «*que las condenaçones que ante vos o qualquier de vos se hicieren para obras públicas o pias o las que se fizieren para la dicha Villa segund las hordenanças della, quel escriuano ante quien se fizieren luego otro día syguiente después que fueren fechas dé copia de la sentençia o sentençias que antél se dieren al escriuano del conçejo... para que lo notifique e haga saber al mayordomo del dicho conçejo*».

C, fols. 224 v.-225 r. *Original*, 2-158-63.

302. Madrid, 8 de diciembre de 1502.

Provisión de los Reyes Católicos disponiendo que el bachiller Alonso de Orduña sometiese a juicio de residencia al corregidor de Madrid Hernán Rodríguez de Ledesma.

B, fols. 68 r.-70 v. C, fols. 219 v.-221 r. *Original*, 2-397-56.

303. Madrid, 20 de diciembre de 1502.

Provisión del Consejo mandando al doctor Cornejo hacer entrega al tesorero Alonso de Morales de ciertas cantidades de maravedís que pertenecían a la Cámara regia.

B, fols. 185 v.-186 r. *Original*, 3-216-28.

304. Alcalá de Henares, 4 de febrero de 1503.

Provisión del Consejo mandando al doctor Cornejo hacerle información sobre las diferencias surgidas entre Pedro Martín Alfonso, vecino de Colmenar Viejo, y la Villa de Madrid.

B, fols. 186 r.-187 r. *Original*, 3-219-33.

305. Alcalá de Henares, 4 de febrero de 1503.

Provisión del Consejo prorrogando por ochenta días la comisión confiada al doctor Cornejo.

B, fols. 205 v.-206 v. *Original*, 3-219-21.

306. Alcalá de Henares, 21 de febrero de 1503.

Provisión del Consejo sobre traslación a otro sitio de un matadero que se hallaba junto al hospital de doña Beatriz Galindo.

A, fols. 157 r.-158 v. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 57-51.

307. Alcalá de Henares, 10 de marzo de 1503.

Provisión del Consejo mandando al bachiller Alonso de Orduña, juez de residencia de Madrid, que dictase las sentencias necesarias sobre los términos usurpados a la Villa por el lugar de Alcobendas.

A, fols. 103 r.-108 v. C, fols. 182 v.-183 v.

308. Alcalá de Henares, 27 de enero de 1503.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para ceder al comendador Alonso Ruiz de Solís una calle antigua cerca de su casa.

C, fols. 205 r.-206 r.

309. Alcalá de Henares, 4 de febrero de 1503.

Provisión del Consejo mandando que los corregidores viviesen dentro de la Villa, lo más cerca posible de la cárcel y no en el arrabal.

C, fol. 208 r. *Original*, 2-397-57.

310. Alcalá de Henares, 18 de marzo de 1503.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para invertir determinadas cantidades en el reparo de ciertas obras.

C, fols. 170 r.-171 r.

311. Alcalá de Henares, 19 de marzo de 1503.

Provisión de la reina Doña Isabel estableciendo el arancel de justicia.

C, fols. 186 v.-188 v. Incluida de la de 16 de mayo de 1503. [*Cfr. núm. 316*].

312. Alcalá de Henares, 22 de marzo de 1503.

Provisión del Consejo encargando al bachiller Alonso de Orduña, juez de residencia en Madrid, que viese si se cumplían las sentencias en favor de la Villa sobre el Real de Manzanares.

B, fols. 190 v.-191 v. *Original*, 3-219-32.

313. Alcalá de Henares, 30 de marzo de 1503.

Cédula de Doña Isabel perdonando las penas en que hubiesen incurrido los moradores del Real de Manzanares por haber desobedecido las sentencias sobre términos favorables a Madrid.

B, fol. 190 r.-v. *Original*, 3-219-34.

314. Alcalá de Henares, 3 de abril de 1503.

Arancel de los escribanos del Concejo.

A, fols. 325 r.-328 r. C, fols. 172 r.-173 v. *Original*, 2-345-5.

315. Alcalá de Henares, 10 de mayo de 1503.

Provisión del Consejo prorrogando por setenta días la comisión confiada al doctor Cornejo.

B, fols. 206 v.-207 v. *Original*, 3-219-21.

316. Alcalá de Henares, 16 de mayo de 1503.

Provisión del Consejo en la cual se incluye y confirma la de Doña Isabel que dejamos reseñada bajo el número 311.

A, fols. 319 r.-322 r. C, fols. 186 v.-188 v. *Original*, 2-345-4.

317. Alcalá de Henares, 24 de mayo de 1503.

Provisión del Consejo mandando al corregidor de Madrid que, previa información, restituyese a la Villa el arroyo y abrevadero llamado del Vadillo.

C, fols. 226 r.-227 r.

318. Alcalá de Henares, 29 de mayo de 1503.

Cédula de la reina Doña Isabel sobre el precio a que debía venderse el pan en la Villa de Madrid.

C, fol. 199 v.

319. Segovia, 26 de agosto de 1503.

Provisión del Consejo anulando la ordenanza sobre el peso y cuchares.

C, fols. 200 v.-201 v. Incluida en la de 10 de noviembre de 1503. [*Cfr. número 322*].

320. Segovia, 2 de septiembre de 1503.

Provisión del Consejo mandando a la Villa de Madrid que pagase su salario de trece días al doctor Cornejo.

B, fols. 187 v.-188 v. *Original*, 3-219-37.

321. Segovia, 7 de septiembre de 1503.

Provisión del Consejo prorrogando en el ejercicio de su cargo al doctor Cornejo para que acabase de derribar las cercas que indebidamente se habían construido en el Real de Manzanares.

B, fols. 191 v. *Ibid.*, fols. 192 v.-195 r. Incluida en la de 9 de febrero de 1504. [*Cfr. núm. 325*]. C, fols. 299 r.-v. *Ibid.*, 227 r, 228 v. *Original*, 3-229-38.

322. Segovia, 10 de noviembre de 1503.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando la anteriormente reseñada bajo el número 319.

C, fols. 200 v.-202 r. *Original*, 2-309-15.

323. Segovia, 12 de noviembre de 1503.

Provisión de la reina Doña Isabel nombrando corregidor de la Villa de Madrid al licenciado Lorenzo Maldonado.

B, fols. 70 v.-74 r. *Original*, 2-397-91.

324. Medina del Campo, 31 de enero de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos conminando al corregidor de Madrid para que hiciese cumplir las sentencias sobre términos dadas contra Juan Arias Dávila y la villa de Alcobendas.

A, fols. 108 v.-110 r.

325. Medina del Campo, 9 de febrero de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos insertando y confirmando la de 7 de septiembre de 1504. [*Cfr. núm. 321*].

326. Valladolid, 4 de marzo de 1504.

Provisión de la Real Chancillería autorizando a la Villa de Madrid para repartir hasta 100.000 maravedís con destino a la prosecución de sus pleitos.

C, fols. 207 r.-208 r.

327. Medina del Campo, 6 de marzo de 1504.

Provisión del Consejo mandando que las prendas de ganados y otras cosas que los vecinos y guardas de las villas de Pinto, Parla, Polvoranca, Torrejón de Velasco, Cubas, Griñón, Alameda, Alcobendas y Cobeña hicieren en los términos de Madrid o sus vecinos y a los de su tierra no las llevasen a dichos lugares sino ante el alcalde del lugar más cercano de tierra de Madrid.

C, fols. 208 r.-209 r.

328. Medina del Campo, 14 de marzo de 1504.

Cédula de los Reyes Católicos dirigida al duque del Infantado sobre los pleitos que éste suscitaba a Madrid acerca del Real de Manzanares.

C, fols. 223 r.-v. *Original*, 3-219-39.

329. Medina del Campo, 30 de marzo de 1504.

Cédula de los Reyes Católicos dirigida al presidente y oidores de la Real Chancillería mandándoles suspender hasta nueva orden la tramitación del pleito originado por demanda del duque del Infantado contra la Villa de Madrid.

B, fol. 212 r. v.

330. Medina del Campo, 26 de abril de 1504.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para repartir por sisa la cantidad necesaria para el pago de los espingarderos enviados a la guerra contra Francia.

C, fols. 229 v.-230 r.

331. Medina del Campo, 15 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos ordenando al licenciado Fernando de

Sahagún, su juez ejecutor, que moderase los ejidos de los lugares del Real dejando a cada uno lo que fuere razonable y declarando de aprovechamiento común lo que sobrare.

B, fols. 195 r.-196 r.

332. Medina del Campo, 18 de julio de 1504.

Cédula de los Reyes Católicos mandando al Concejo establecer una alhóndiga en la Villa.

A, fols. 328 r.-v. *Original*, 2-198-10. Publicada por Domingo Palacio, III, páginas 65-66.

333. Medina del Campo, 24 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos comisionando a Fernando de Sahagún, su juez ejecutor, para entender en los pleitos referentes a los ejidos y tierras de aprovechamiento común del Real de Manzanares.

B, fols. 193 r.-197 r. *Original*, 3-219-40.

334. Medina del Campo, 24 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos disponiendo que no hubiese en el Real de Manzanares más guardas que los nombrados por la Villa de Madrid y el duque del Infantado, en número de cuatro por cada parte.

B, fols. 197 r.-198 r. *Original*, 3-219-46.

335. Medina del Campo, 24 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos mandando a Fernando de Sahagún que ejecutase las penas concernientes a las cercas del Real.

B, fols. 198 r.-199 v. *Original*, 3-219-47.

336. Medina del Campo, 24 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos cometida a Fernando de Sahagún para que ejecutase las penas en que hubiesen incurrido los vecinos del Real de Manzanares que con posterioridad al perdón concedido por los Reyes hubiesen quebrantado las sentencias dadas por la real Chancillería y el doctor Cornejo a favor de Madrid.

B, fols. 199 v.-200 v. *Original*, 3-219-45.

337. Medina del Campo, 24 de julio de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos dirigida a Fernando de Sahagún, mandándole que en lo concerniente a las cercas sitas en los términos de las villas de Monasterio y Campillo pertenecientes a doña Teresa Enríquez, se atuviese al tenor de la ejecutoria ganada por Madrid contra el Real.

B, fols. 200 v.-201 v.

338. Medina del Campo, 1 de agosto de 1504.

Provisión del Consejo dirigida al escribano Hernando de Cáceres man-

dándole que entregase a Madrid los procesos y ejecuciones llevados a cabo por el Doctor Cornejo.

B, fols. 221 r.-222 r. *Original*, 3-219-44.

339. Medina del Campo, 22 de octubre de 1504.

Provisión de los Reyes Católicos señalando el salario de los escribanos del Concejo de Madrid.

A, fols. 276 v.-278 r.

340. Medina del Campo, 14 de noviembre de 1504.

Provisión del Concejo dando licencia a Madrid para aumentar el sueldo de su bachiller de gramática.

A, fols. 278 r.-v. *Original*, 2-483-29. Publicada por Domingo Palacio, IV, páginas 67-69.

341. Medina del Campo, 26 de noviembre de 1504.

Cédula del rey D. Fernando participando al Concejo de Madrid el fallecimiento de la reina doña Isabel y mandando alzar pendones por su hija doña Juana.

A, fols. 73 r.-74 r. *Original*, 2-311-32. Publicada por Amador de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 269, nota 2 y por Domingo Palacio, IV, pág. 71.

342. Medina del Campo, 26 de noviembre de 1504,

Provisión de la reina doña Juana, mandada expedir por su padre como Gobernador del Reino, convocando a los procuradores de la Villa de Madrid para que le prestasen juramento.

A, fols. 15 v.-16 v. *Original*, 2-393-26.

343. Medina del Campo, 28 de noviembre de 1504.

Cédula del rey D. Fernando transmitiendo al Concejo una cláusula del testamento de la reina Isabel, en orden a la forma de sus exequias y enterramiento.

A, fols. 74.-v. *Original*, 2-311-32. Publicada por Domingo Palacio, IV, páginas, 75-77.

344. Toro, 27 de abril de 1505.

Provisión del Consejo tomando medidas para evitar la destrucción de los montes de Madrid y su comarca.

A, fols. 161 v.-163 r. *Original*, 2-394-71.

345. Segovia, 30 de septiembre de 1505.

Provisión de la reina doña Juana promulgando el arancel de justicia.

A, fols. 322 r.-325 r.

346. Salamanca, 26 de diciembre de 1505.

Provisión de los reyes D. Fernando, doña Juana y D. Felipe I convocando a cortes a los procuradores de la Villa de Madrid.

A, fols. 16 v.-17 v. *Original*, 2-393-27.

347. Burgos, 29 de septiembre de 1506.

Provisión del Consejo participando a la Villa de Madrid el fallecimiento de D. Felipe el Hermoso.

A, fols. 75 r.-v. *Original*, 2-311-35. Publicada por Amador de los Ríos y Rada y Delgado, II, 282, nota 1 y por Domingo Palacio, IV, págs. 137-139.

348. Burgos, 6 de octubre de 1506.

Provisión del Consejo convocando a cortes a la Villa de Madrid para cuarenta días más tarde.

A, fols. 17 v.-18 v.

349. Burgos, 21 de diciembre de 1506.

Provisión de la reina doña Juana nombrando corregidor de Madrid a don Pedro Vélez de Guevara.

B, fols. 74 r.-v. *Original*, 2-397-92.

350. Palencia, 27 de enero de 1507.

Provisión del Consejo concediendo diez días más al corregidor Vélez de Guevara para terminar de someter a juicio de residencia a su antecesor Don Lorenzo Maldonado.

B, fols. 78 v.-79 r. *Original*, 2-397-59.

351 Santa María del Campo, 7 de octubre de 1507.

Provisión del Consejo mandado se sometiese a juicio de residencia a los alcaldes de hermandad que lo hubiesen sido en los últimos tres años.

B, fols. 30 r.-31 r. *Original*, 2-195-9.

352. Burgos, 11 de noviembre de 1507.

Provisión del Consejo mandando a la Villa de Madrid que le remitiese la ordenanza referente a las penas de los ganados.

A, fols. 365 r.-366 r.

353. Burgos, 23 de marzo de 1508.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para dar de salario al letrado Pedro Díaz de la Torre hasta 10.000 maravedís anuales.

A, fols. 278 v.-279 v.

354. Toledo, 4 de agosto de 1508.

Provisión de la reina doña Juana prorrogando el corregimiento de Sancho Pérez Machuca.

B, fols. 79 r.-81 r. *Original*, 2-397-93.

355. Valladolid, 9 de septiembre de 1509.

Provisión del Consejo mandando al corregidor de Madrid Francisco del Nero, «*aclarar e declarar e amojonar y arrayar*» la vereda «*que va desde San Babiles hasta casa Rubuelos*», entre el término de la Villa y la tierra de los marqueses de Moya, para que cada parte supiese lo que era de su pertenencia.

A, fols. 114 r.-115 r. *Original*, 3-41-2.

356. Madrid, 23 de marzo de 1510.

Provisión real dando licencia a D. Pedro Lazo para que, pagando a la Villa anualmente 100 maravedís de censo, pudiese meter en su casa un pedazo de calle pública para ensanche de aquélla.

A, fols. 228 r.-229 v.

357. Madrid, 3 de abril de 1510.

Provisión de la reina doña Juana prorrogando por un año el corregimiento de Francisco del Nero.

B, fols. 81 r.-83 r. *Original*, 2-397-95. Cfr. *Libro horadado*, núm. 252.

358. Madrid, 23 de mayo de 1510.

Provisión del Consejo mandando que los regidores de Madrid asistiesen con puntualidad a las sesiones bajo ciertas penas, y señalando sus horas de entrada en invierno y verano.

A, fols. 328 v.-329 v. *Original*, 2-246-14. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 143-147.

359. Monzón, 2 de julio de 1510.

Provisión de la reina doña Juana convocando a Cortes a los procuradores de la Villa de Madrid para jurar como heredero a su primogénito D. Carlos.

A, fols. 18 v.-20 r. *Original*, 2-393-31.

360. Madrid, 17 de octubre de 1510.

Provisión de la reina doña Juana nombrando corregidor de la Villa de Madrid a Don Pedro Vaca.

B, fols. 83 r.-87 r. *Original*, 2-397-94.

361. Burgos, 11 de septiembre de 1511.

Provisión de la misma reina prorrogando por un año el corregimiento de Don Pedro Vaca.

B, fols. 87 r.-89 r. *Original*, 2-397-4.

362. Burgos, 26 de enero de 1512.

Provisión de la misma reina ordenando al Concejo de Madrid que nombrase personas aptas para la conservación de los montes.

A, fols. 168 v.-171 r. *Original*, 2-394-71.

363. Burgos, 31 de enero de 1512.

Provisión de la reina doña Juana convocando a cortes a la Villa de Madrid.

A, fols. 20 r. *Original*, 2-393-34.

364. Logroño, 30 de septiembre de 1512.

Cédula del Rey Católico manteniendo en su cargo al corregidor Don Pedro Vaca hasta que se le nombrase sucesor.

B, fols. 89 r.-v. *Original*, 2-397-94.

365. Valladolid, 16 de junio de 1513.

Provisión del Consejo cometida al corregidor de Madrid para que diese cumplimiento a las sentencias favorables a la Villa sobre los términos de Pozuelo y Palomero, jurisdicción de Juan Arias Dávila.

A, fols. 112 r.-v. *Original*, 3-125-7.

366. Madrid, 19 de abril de 1514.

Nombramiento de corregidor de Madrid a favor de D. Pedro Corella.

B, fols. 89 v.-92 v. *Original*, 2-397-96.

367. Madrid, 4 de mayo de 1514.

Provisión del Consejo confirmando las ordenanzas sobre las penas de los ganados y guarda del pan y viñas hechas por la Villa de Madrid.

A, fols. 366 r.-370 v.

368. Segovia, 28 de mayo de 1514.

Provisión de la reina doña Juana y su hijo D. Carlos disponiendo que no se dieran a extranjeros cartas de naturaleza ni oficios eclesiásticos.

A, fols. 419 r.-421 v. Incluida en la de 10 de julio de 1518. [*Cfr. núm. 394*]

369. Valladolid, 24 de octubre de 1514.

Provisión del Consejo mandando que las herrerías se situasen en unas casas-tiendas del Concejo en Puerta Cerrada.

B, fols. 31 r.-32 v. *Original*, 2-245-15. Publicada por Domingo Palacio, IV. págs. 183-186.

370. Valladolid, 24 de octubre de 1514.

Provisión del Consejo mandando al corregidor de Madrid ejecutar las sentencias en favor de la Villa que estuviesen incumplidas, visitar sus términos y hacer observar las ordenanzas sobre corambres y calzados.

A, fols. 112 r.-114 r. *Original*, 2-413-7.

371. Medina del Campo, 2 de marzo de 1515.

Provisión del Consejo acerca de la escuela de gramática de la Villa de Madrid.

A, fols. 412 r.-413 r.

«Doña Juana, por la gracia de Dios rreyna de Castilla, de León, de Granada,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

de Toledo, de Galizia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algezira, de Gibraltar e de las Islas de Canaria e de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano, Princesa de Aragón e de las dos Sicilias, de Iherusalén, Archiduquesa de Austria, Duquesa de Borgoña e de Bravante, etc., Condesa de Flandes e de Tirol, etc., Señora de Vizcaya e de Molina, etc. Por quanto por parte de vos el conçejo, justicia, rregidores de la Villa de Madrid me fué fecha rrelación diziendo que avie mucho tienpo que en la dicha Villa avie estudio de Grammatica y otros artes donde aprenden los hijos de vecinos de la dicha Villa, e quel Rey mi señor e padre e la rreyna mi señora madre, que santa gloria ayan, mandaron acreçentar el salario que se dava al dicho bachiller que leya en el dicho estudio, e que se le diesen tres mill maravedís cada vn año e que con el dicho salario e con los estudiantes que tenía de la dicha Villa e de su tierra [fol. 412 v.] e comarca hera partido, con que avía por bien de servir la dicha cátedra persona de abilidad y honrrada auia muchas vezes opositores para ella, e que agora a causa destar el estudio de Alcalá tan çerca, dónde se yvan muchos de los dichos estudiantes, no se hallava quien quisiese servir la dicha cátedra por el dicho partido que dá la Villa e que vn hijo de vecino della, bachiller en artes, se avía encargado de la dicha cátedra y hera persona tan sufiçiente para el dicho cargo que los estudiantes eran bien enseñados y aprovechados, y que agora, por hazer daño al dicho bachiller, otro hijo de vecino de la dicha Villa que hera bachiller, salvo clérigo de misa, hazía otro estudio, e que con formas y maneras y con yguales bajas que hazía, tenía pocos menos estudiantes quel dicho bachiller, e syno se proveyese, el dicho estudio se desharía, porque siendo el salario pequeño e los estudiantes pocos no se podía sostener, e me suplicastes e pedistes por merçed que pues en aver estudio en la dicha Villa se sigúa tanta vtilidad e provecho, mandase que no pudiese aver otro estudio salvo el de la dicha Villa e que por quel que tenía el dicho estudio era clérigo mandase que los vecinos desa dicha Villa que quisiesen poner al estudio sus hijos no los pudiesen poner saluo en el dicho estudio de la dicha Villa, e a los estudiantes que ellos mismos se pusiesen que no pudiesen estudiar en otro estudio, porqué de otra manera el dicho estudio se desharía, lo mandásemos proveher como más cumpliese a mi serviçio e vtilidad de la Villa e conservación del dicho estudio [fol. 413 r.], como la mi merçed fuese. Lo qual visto en el mi consejo fué acordado que devía mandar dar esta mi carta para vos en la dicha rrazón, e yo túvelo por bien. Por que vos mando que veays lo suso dicho e lo proveays e rremedieys como de justicia devays y viéredes que más cumple al bien y pro común de la dicha Villa e vecinos y moradores della e conservación del dicho estudio. E no fagades ende al por alguna manera, so pena de la mi merçed e de diez mill maravedís para la mi cámara. Dada en la Villa de Medina del Campo, a doce dias del mes de março, año del nascimiento de nuestro Saluador Ihesuchristo de mill e quinientos y quinze años. A. archiepiscopus Granatensis.—Licençiatius Moxica.—Licençiatius Polanco.—Licençiatius de Sosa.—Doctor Cabrero.—Yo Juan de Salmerón, escriuano de Cámara de la Reyna nuestra Señora la fize escrevir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo.—Registrada: bachiller Venero.—Castañeda, chançiller.»

372. Medina del Campo, 15 de marzo de 1515.

Provisión de la reina doña Juana prorrogando por un año el corregimiento de D. Pedro Corella.

B, fols. 92 v.-91 v. *Original*, 2-397-96.

373. Aranda de Duero, 26 de abril de 1515.

Provisión de la misma convocando a cortes a la Villa de Madrid para tratar de la guerra con el rey de Francia en defensa de la Iglesia.

A, fols. 22 r.-25 r.

374. Burgos, 19 de mayo de 1515.

Provisión del Consejo dirigida al corregidor o juez de residencia de Madrid para que resolviese el pleito suscitado entre la Villa y Pedro de Herencia, encargado de conducir a Vitoria cuarenta espingarderos para la guerra de Navarra.

A, fols. 52 v.-54 r. *Original*, 2-158-67. Publicada por Amador de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 306, nota 1.

375. Burgos, 20 de julio de 1515.

Pragmática de la reina doña Juana prohibiendo los juegos de dados.

A, fols. 232 v.-234 r. *Original*, 2-158-69. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 203-207.

376. Burgos, 20 de julio de 1515.

Ordenanzas sobre aposentamiento de la Corte.

A, fols. 332 r.-335 r. *Original*, 2-405-41. Publicadas por Domingo Palacio, IV, págs. 187-194.

377. Burgos, 20 de julio de 1515.

Pragmática de la reina doña Juana sobre trajes de lujo.

A, fols. 279 v.-283 r. *Original*, 2-158-68. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 195-201.

378. Madrigalejo, 21 de enero de 1516.

Provisión de la misma reina mandando que, aunque falleciera su padre, gravemente enfermo a la sazón, siguiesen en sus cargos los corregidores y jueces nombrados por el o por el Consejo.

B, fols. 98 r.-99 r.

379. Madrigalejo, 23 de enero de 1516.

Confirmación de la carta anterior motivada por el fallecimiento del Rey Católico.

B, fols. 97 v.-99 r.

380. Madrid, 16 de abril de 1516.

Provisión de los reyes doña Juana y D. Carlos nombrando al licenciado Diego Sánchez de Aguilera para someter a juicio de residencia al corregidor Corella.

B, fols. 94 v.-97 v. *Original*, 2-413-9.

381. Madrid, 23 de mayo de 1516.

Provisión de los mismos nombrando corregidor de Madrid a D. Alonso de Castilla.

B, fols. 99 v.-102 v. *Original*, 2-397-97.

382. Madrid, 24 de noviembre de 1516.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa para edificar la dehesa del Porcal.

A, fols. 229 v.-230 r.

383. Madrid, 17 de mayo de 1517.

Provisión de doña Juana y D. Carlos prorrogando por un año el corregimiento de D. Alonso de Castilla.

B, fols. 102 v.-104 v. *Original*, 2-397-17.

384. Madrid, 14 de diciembre de 1517.

Provisión de los mismos convocando a cortes a la Villa de Madrid para prestar juramento y pleito homenaje al príncipe D. Carlos.

A, fols. 25 r.-26 v. *Original*, 2-393-40.

385. Valladolid, 19 de enero de 1518.

Provisión de los mismos nombrando corregidor y juez de residencia de Madrid a D. Juan de Guevara.

B, fols. 104 v.-109 r. *Original*, 2-397-98.

386. Valladolid, 6 de febrero de 1518.

Provisión del Consejo autorizando al corregidor de Madrid para que recogiera las armas repartidas por orden de Cisneros con motivo de la expedición a Orán.

A, fols. 331 r.-332 r. *Original*, 3-417-34. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 219-222.

387. Medina del Campo, 19 de mayo de 1518.

Carta de recudimiento otorgada por los reyes a favor de Hernando Hurtado, recaudador de la moneda forera de los lugares del arcedianazgo de Madrid durante el año de 1518.

A, fols. 171 r.-175 r.

388. Zaragoza, 21 de mayo de 1518.

Pragmática de los mismos reyes sobre el uso de brocados, bordados etc.

A, fols. 413 v.-417 v. Incluida en la de 18 de junio del mismo año. [*Cfr. número 392*].

389. *Sin indicación de lugar*, 21 de mayo de 1518.

Provisión de los mismos reyes sobre la conservación de los montes de Madrid y su término.

A, fols. 163 v.-168 r. Incluida en la de 21 de junio del mismo año: [Cfr. número 393] y en la de 24 de febrero de 1536 [Cfr. núm. 480].

390. Medina del Campo, 22 de mayo de 1518.

Provisión del Consejo prohibiendo al vicario de Alcalá de Henares y otros jueces eclesiásticos intervenir en los pleitos suscitados entre Madrid y el Real de Manzanares sobre términos.

B, fols. 216 r.-217 r.

391. Medina del Campo, 1 de junio de 1518.

Poder de Luis Hurtado, recaudador de la moneda forera de los arcedianzagos de Madrid y Talavera, a favor de Francisco Alvarez para que en su nombre percibiese las rentas de dicho impuesto.

A, fols. 175 v. 177 v.

392. Medina del Campo, 18 de junio de 1518.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando para Madrid la pragmática dada en Zaragoza a 21 de mayo del mismo año. [Cfr. núm. 388.]

A, fols. 413 v.-417 v.

393. Medina del Campo, 21 de junio de 1518.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando la de 21 de mayo de 1518, que dejamos señalada bajo el número 389.

A, fols. 163 v.-168 v.

394. Medina del Campo, 10 de julio de 1518.

Provisión del Consejo en la que se incluye y confirma la de Segovia, 28 de mayo de 1514, que hemos reseñado bajo el número 368.

A, fols. 418 v.-421 v. *Original*, 2-158-216. Publicada por Domingo Palacio, IV, págs. 231-238.

395. Segovia, 5 de agosto de 1518.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando la de 9 de enero de 1496, dada en Toro y referente a las medidas del pan y del vino.

A, fols. 177 v.-184 v. Cfr. 2-243-7 (Traslado hecho en 1519).

396. Segovia, 13 de septiembre de 1518.

Provisión del Consejo mandando a las autoridades del Real de Manzanares que diesen cumplimiento a las sentencias sobre las cercas del mismo, dictadas por el licenciado Moreno, juez ejecutor.

B, fols. 219 v.-220 v. *Original*, 2-158-73.

397. Zaragoza, 22 de diciembre de 1518.

Provisión de los reyes prorrogando por tiempo de un año el corregimiento de D. Juan de Guevara.

B, fols. 109 r.-111 r. *Original*, 2-397-98.

398. Avila, 15 de abril de 1519.

Provisión del Consejo comisionando al licenciado Juan Moreno para delimitar, mediante mojones, las propiedades de Madrid y el Real de Manzanares.

B fols. 217 r.-218 r.

399. Barcelona, 5 de septiembre de 1519.

Provisión del rey D. Carlos declarando que el titularse primero emperador que rey no rebajaba la dignidad de la monarquía española.

A, fols. 54 v.-55 r. *Original*, 2-311-44. Publicada por Amador de los Ríos y Rada y Delgado, II, pág. 361, nota 1 y Domingo Palacio, IV, págs. 255-258.

400. Barcelona, 5 de septiembre de 1519.

Cédula sobre el mismo asunto, que acompaña a la carta anterior.

A, fols. 55 v. *Original*, 2-311-43. Publicada por Amador de los Ríos, II, página 361, nota 1.

401. Valladolid, 23 de enero de 1520.

Provisión real prorrogando hasta nueva orden el corregimiento de don Juan de Guevara.

B, fols. 111 r.-112 r. *Original*, 2-397-93.

402. Valladolid, 7 de febrero de 1520.

Carta ejecutoria de la Real Chancillería incluyendo las sentencias favorables a Miguel del Cantero y otros vecinos en el pleito con Juan Arias, señor de Torrejón de Velasco.

A, fols. 55 v.-59 r. *Original*, 3-125-10..

403. Calahorra, 12 de febrero de 1520.

Provisión de D. Carlos y doña Juana convocando a Cortes a la Villa de Madrid.

A, fols. 26 v.-29 r. *Original*, 2-311-45.

404. Santiago, 10 de abril de 1520.

Provisión real nombrando corregidor de Madrid al licenciado Antonio de Astudillo.

B, fols. 112 r.-116 v. *Original*, 2-397-99.

405. Medina del Campo, 4 de mayo de 1521.

Provisión real nombrando corregidor de Madrid a D. Martín de Acuña.

B, fols. 116 v.-120 v. *Original*, 2-397-100.

406. Palencia, 4 de abril de 1522.

Provisión de los contadores mayores, dirigida al alcalde de las salinas de Espartinas, revocando otra anterior dada a petición de los herederos de Fernando de Cuenca, recaudadores mayores de las rentas de dichas salinas, por la que se mandaba hacer cala y cata de la mencionada sal en los lugares, incluso Madrid, que entraban en los límites de las tales salinas.

A, fols. 287 r.-289 r. *Original*, 2-386-40.

407. Palencia, 2 de agosto de 1522.

Provisión de los contadores mayores prohibiendo a los arrendadores de las salinas de Atienza y Espartinas aumentar el precio de la fanega de sal.

A, fols. 289 r.-290 r. *Original*, 2-386-41.

408. Valladolid, 10 de septiembre de 1522.

Provisión real en la que se incluye y confirma la de Zaragoza de 10 de septiembre de 1492, anteriormente reseñada bajo el número 143.

A, fols. 370 v.-374 v. *Original*, 2-246-16.

409. Valladolid, 10 de diciembre de 1522.

Provisión real por la que se nombra a D. Juan Manrique de Luna corregidor de Madrid.

B, fols. 120 v.-125 r. *Original*, 2-397-101.

410. Valladolid, 4 de mayo de 1523.

Provisión del Consejo mandando a la Villa dar tres mil maravedís de limosna al convento de San Francisco.

A, fols. 283 r.-284 r.

411. Valladolid, 28 de mayo de 1523.

Provisión de los reyes convocando a Cortes a la Villa de Madrid.

A, fols. 29 r.-32 r. *Original*, 2-393-49.

412. Valladolid, 6 de junio de 1523.

Provisión del Consejo mandando al Ayuntamiento del Real de Manzanares que enviase, en el plazo de seis días, sus procuradores a Madrid para asistir a la diligencia de sacar los traslados y concertar con sus originales las sentencias sobre los términos de la Villa y el Real.

B, fols. 225 v.-226 v. Incluida en la provisión dada en Valladolid, a 3 de junio de 1525. [*Cfr. núm. 425*].

413. Valladolid, 24 de agosto de 1523.

Cédula del rey, dirigida a su Chancillería, mandando que hasta que la sentencia dada en favor de Madrid no se cumpliera dejasen en suspenso el conocimiento de otro pleito interpuesto por el Real de Manzanares contra la Villa sobre propiedad de términos.

B, fols. 222 v.-223 r. *Original*, 3-219-58.

414. Valladolid, 24 de agosto de 1523.

Provisión real confirmatoria de la de 7 de enero de 1495, incluida en nuestro número 189.

A, fols. 222 r.-223 v. *Original*, 2-158-81.

415. Burgos, 10 de septiembre de 1523.

Provisión real autorizando a la Villa de Madrid a celebrar un mercado, franco de alcabala, los miércoles de cada semana, a partir del 1.º de enero de 1525.

A, fols. 185 r.-189 r. *Ibid.* fols. 200 r.-202 v. *Original*, 2-306-26.

416. Burgos, 31 de octubre de 1523.

Provisión del Concejo emplazando al conde de Puñonrostro y al Concejo de Torrejón de Velasco para alegar lo que tuviesen por conveniente contra la concesión hecha a la Villa de Madrid de un mercado libre todos los miércoles.

A, fols. 189 v.-191 v. *Copia*, 3-219-60.

417. Pamplona, 20 de diciembre de 1523.

Provisión real prorrogando el corregimiento de D. Juan Manrique.

B, fols. 125 r.-127 r.

418. Valladolid, 24 de ... de 1523.

Provisión real disponiendo que de allí en adelante los alcaldes de hermandad se sometiesen a juicio de residencia.

B, fols. 32 r.-34 r. *Original*, 2-195-8.

419. Burgos, 9 de junio de 1524.

Provisión real convocando a cortes a los procuradores de la Villa de Madrid.

A, fols. 32 r.-35 r. *Original*, 2-393-56.

420. Valladolid, 14 de septiembre de 1524.

Provisión del Consejo expedida en averiguación de la posibilidad de aumentar su salario al corregidor de Madrid.

A, fols. 285 r.-286 r. *Original*, 2-483-35.

421. Valladolid, 14 de septiembre de 1524.

Provisión del Consejo expedida en averiguación de la posibilidad de aumentar su salario a los regidores de la Villa.

A, fols. 234 r.-235 r. *Original*, 2-483-35.

422. Valladolid, 30 de septiembre de 1524.

Provisión real en la que se pone remedio a los agravios que los vecinos de las distintas ciudades, villas y lugares recibían de las personas encargadas de la predicación de la bula de Cruzada.

A, fols. 424 v.-426 r. Incluida en la provisión del Consejo de 1 de marzo de 1535. [*Cfr. núm. 474*].

423. Madrid, 20 de diciembre de 1524.

Provisión real concediendo nueva prórroga al corregidor Manrique de Luna.

B, fols. 127 r.-128 r.

424. Toledo, 10 de mayo de 1525.

Provisión del Consejo mandando que los escribanos públicos sacasen traslados de los libros en que se contenían los procesos ultimados por los jueces ejecutores en el asunto del Real de Manzanares y depositasen los originales en el Archivo de la Villa.

B, fols. 223 v.-225 r. *Original*, 2-345-29.

425. Toledo, 3 de junio de 1525.

Provisión del Consejo trasladando del Registro real la de Valladolid de 6 de junio de 1523 [*Cfr. núm. 412*] y reiterando su cumplimiento.

B, fols. 225 v.-226 v.

426. Toledo, 14 de junio de 1525.

Provisión del Consejo expedida en averiguación de la conveniencia de que Madrid acotase una dehesa en los términos baldíos para los ganados de su carnicería.

A, fols. 234 r.-235 r. *Original*, 3-6-10.

427. Toledo, 16 de junio de 1525.

Provisión real ordenando a la Villa pagar a los corregidores y jueces de residencia la cantidad de 100 maravedís sobre el salario que venían disfrutando diariamente.

A, fols. 286 r.-287 r. *Copia*, 2-158-84.

428. Toledo, 4 de agosto de 1525.

Provisión real concediendo nueva prórroga de un año al corregidor Manrique de Luna.

B, fols. 128 v.-133 v.

429. Toledo, 5 de agosto de 1525.

Provisión real ordenando que para resolver los asuntos referentes a la gobernación de la Villa se juntasen los regidores presentes sin llamar a los ausentes, y que no se concediese ningún oficio a persona que no residiese en la Villa.

A, fols. 386 r.-v.

430. Toledo, 10 de agosto de 1525.

Provisión real en la que se declaran las facultades de los jueces conservadores y eclesiásticos.

A, fols. 439 v.-441 r. *Original*, 2-158-88.

431. Toledo, 10 de agosto de 1525.

Provisión del Consejo prohibiendo al arzobispo de Toledo y sus jueces emplazar ni citar en primera instancia a los vecinos, así clérigos como seglares de la Villa de Madrid.

A, fols. 438 r.-439 v.

432. Toledo, 10 de agosto de 1525.

Provisión real ordenando al corregidor o juez de residencia de Madrid que visitase los términos de la Villa y le restituyese los que le hubieren sido usurpados.

A, fols. 115 r.-v. *Original*, 2-413-15.

433. Toledo, 10 de agosto de 1525.

Provisión del Consejo prohibiendo a los alcaldes de la hermandad de la Villa de Madrid llevar penas de destierros.

A, fols. 335 r.-v. *Original*, 2-195-6.

434. Toledo, 10 de agosto de 1525.

Provisión del Consejo prohibiendo que los alcaldes de la hermandad se propasasen a tomar prendas a los vecinos de los lugares comarcanos de la Villa por los pastos de los ganados.

A, fols. 336 r.-v. *Original*, 2-195-7.

435. Toledo, 21 de agosto de 1525.

Provisión del Consejo ordenando que se abriese una información sobre el hecho de haber entrado los ganados del conde de Puñonrostro a pacer en términos de la Villa.

A, fols. 421 v.-423 v.

436. Toledo, 28 de agosto de 1525.

Cédula del rey D. Carlos cometida sus contadores mayores en que se prorrogaba por cinco años el encabezamiento de las alcabalas y tercias de la

Villa a partir de 1 de enero de 1529, con el precio y condiciones en que estaban puestas.

A, fols. 59 r.-v. Incluida en el número siguiente.

437. Toledo, 9 de septiembre de 1525.

Provisión real en la que se incluye y confirma la reseñada en el número anterior.

A, fols. 59 r.-60 v.

438. Toledo, 15 de septiembre de 1525.

Provisión del Consejo concediendo licencia a la Villa de Madrid para acotar una dehesa destinada al ganado de sus carnicerías.

A, fols. 230 v.-232 r. *Original*, 3-6-10.

439. Toledo, 16 de febrero de 1526.

Provisión del Consejo ordenando abrir una información sobre la adquisición de un terreno situado entre la Villa y el puente de Toledo, cuya tierra era muy buena para la fabricación de tejar y ladrillos y *«y della se avían fecho al tiempo que se hizo el espital de Beatriz Galindo»*.

A, fols. 116 r.-117 r. *Original*, 3-87-16.

440. Sevilla, 4 de mayo de 1526.

Provisión del Consejo ordenando a la Villa cumplimentar las sentencias pronunciadas por el licenciado Espinosa sobre la residencia del excorregidor Manrique de Luna.

B, fols. 137 r.-138 v.

441. Sevilla, 4 de mayo de 1526.

Provisión del Consejo mandando al licenciado Cervantes, juez de comisión que *«en la viñas y otras plantas que se ovieren plantado nuevamente después acá que nos mandamos que suspendiédeses en la ejecución de las plantas puestas en los heredamientos propios, llamadas las partes a quien atañe fagades y administrades cumplimiento de justicia»*.

B, fols. 227 r.-v. *Original*, 3-220-1.

442. Sevilla, 18 de mayo de 1526.

Provisión de los contadores mayores disponiendo que los arrendadores de las salinas de Espartinas no pudiesen vender la fanega de sal en la Villa de Madrid a más de 90 maravedís.

A, fols. 290 r.-292 v.

443. Granada, 29 de agosto de 1526.

Provisión del Consejo mandando que los jueces conservadores de los

conventos de San Jerónimo y Santo Domingo guardasen la ordenanza de la Villa sobre plantíos y se inhibiesen de conocer de dicho asunto.

A, fols. 385 r.-v. *Original*, 3-228-21.

444. Granada, 5 de septiembre de 1526.

Provisión real convocando a cortes a los procuradores de Madrid.

A, fols. 35 r.-37 v. *Original*, 2-393-31.

445. Valladolid, 5 de julio de 1527.

Cédula del rey D. Carlos prorrogando hasta nuevo aviso el corregimiento de Manrique de Luna.

B, fol. 128 r.

446. Burgos, 19 de octubre de 1527.

Provisión real nombrando a Pedro García Mohedano para someter a juicio de residencia al corregidor Manrique de Luna.

B, fols. 133 v.-137 r. *Original*, 2-241-40.

447. Madrid, 10 de junio de 1528.

Provisión del Consejo, dada a petición de los taberneros de Madrid, prohibiendo que en lo sucesivo «*no se heche agua alguna en el vino que se vendiere en esa... Villa por el corredor que llaman mojón nin por otra persona alguna so color de la renta de la mojonería...*»

A, fols. 193 v.-195 v. *Original*, 2-243-7.

448. Madrid, 2 de octubre de 1528.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para dar 6.000 maravedís de salario anual al procurador de la Villa.

A, fols. 293 r.-v.

449. Toledo, 14 de julio de 1529.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para dar de salario anualmente 6.000 maravedís de los propios de la Villa al bachiller encargado de la enseñanza de la gramática, lógica y poesía, y 2.000 a su repetidor.

A, fols. 294 r.-v.

450. Madrid, 14 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo fijando en 1.500 maravedís el salario anual del verdugo y pregonero.

A, fols. 294 v.-295 v.

451. Madrid, 14 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo autorizando a dar de salario durante dos años 4.000 maravedís a los letrados de la Villa.

A, fols. 296 r.-v. *Original*, 2-483-38.

452. Madrid, 14 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa para dar de salario anual 1.500 maravedís al relojero encargado de los dos relojes de la Villa.

A, fols. 296 v.-297 v.

453. Madrid, 14 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa para dar de salario al mayordomo, por espacio de dos años, 5.000 maravedís, dos cahíces de trigo y otros tantos de cebada.

A, fols. 297 v.-289 v. *Original*, 2-483-37.

454. Madrid, 14 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo señalando de salario al letrado y procurador de pobres de la Villa de Madrid las cantidades de 1.000 y 500 maravedís, respectivamente.

A, fols. 298 v.-299 r.

455. Madrid, 22 de octubre de 1529.

Provisión del Consejo mandando al corregidor de Madrid visitar y amonajar los términos de la Villa.

A, fols., 192 r.-193 v. *Original*, 2-158-136.

456. Madrid, 23 de diciembre de 1529.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para dar un cahiz de trigo anual por Navidad a cada uno de sus tres porteros, además de los 500 maravedís de su salario.

A, fols. 299 r.-300 r. *Original*, 2-483-39.

457. Madrid, 5 de marzo de 1530.

Provisión real prorrogando por un año el corregimiento de D. Pedro Ordóñez de Villaquirán.

B, fols. 138 v.-140 r. *Original*, 2-397-102.

458. Madrid, 30 de marzo de 1530.

Provisión del Consejo confirmatoria de una ordenanza de la Villa, por la que se obligaba a los vecinos de ella a construir sumideros en donde se arrojasen las inmundicias de los albañales y cocinas.

A, fols. 337 r.-338 r.

459. Madrid, 30 de mayo de 1530.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando dos ordenanzas de la Villa de Madrid sobre parideros de ganados.

A, fols. 60 v.-62 r.

460. Ocaña, 18 de marzo de 1531.

Provisión del Consejo dirigida a los alcaldes de hermandad de los lugares de Pinto, Torrejón de Velasco, Parla, Polvoranca, Barajas, La Alameda, Alcobendas, Cubas y Griñón prohibiéndoles inmiscuirse en ningún pleito que no fuese de hermandad.

A, fols. 339 v.-340 v. *Original*, 2-195-5. Incluida en la provisión de 24 de mayo de 1538. [Cfr. núm. 493].

461. Ocaña, 24 de marzo de 1531.

Cédula de la reina prorrogando hasta nueva orden el corregimiento de D. Pedro Ordóñez de Villaquirán.

B, fols. 140 r.-v.

462. Ocaña, 6 de abril de 1531.

Provisión real nombrando al licenciado Francisco de Cárdenas para someter a juicio de residencia al corregidor Ordóñez.

B, fols. 140 v.-144 r. *Original*, 2-421-41.

463. Avila, 23 de septiembre de 1531.

Provisión real nombrando corregidor de Madrid a D. Antonio Vázquez de Cepeda.

B, fols. 153 v.-158 v. *Original*, 2-397-103.

464. Medina del Campo, 15 de mayo de 1532.

Provisión del Consejo autorizando al corregidor de Madrid para derribar un torrejón ruinoso contiguo a la Puerta Cerrada.

A, fols. 117 r.-v. *Original*, 1-203-6.

465. Medina del Campo, 5 de agosto de 1532.

Provisión real convocando a cortes a la Villa de Madrid.

C, fols. 37 v.-40 r. *Original*, 2-393-69.

466. Medina del Campo, 8 de agosto de 1532.

Provisión real por la que se prorroga durante un año el corregimiento de Vázquez de Cepeda.

B, fols. 158 v.-160 r.

467. Madrid, 12 de marzo de 1533.

Provisión del Consejo dando licencia y facultad a Madrid para que «*en cada vn año de los propios y rrentas desa... Villa podays dar e deys fasta en contía de... diez y seys ducados a vn saçerdote que todos los dias que no fuesen domingos o fiestas de guardar diga misa en la capilla de la plaça mayor desa... Villa, a ora que los... jornaleros e gente de trabajo la puedan oyr*».

A, fols. 195 v.-196 v.

468. Madrid, 17 de septiembre de 1533.

Provisión de los contadores mayores mandando a los arrendadores y cogedores de las rentas de los diezmos de la Villa de Madrid que repartiesen en ella toda la parte correspondiente a los reyes durante los años de 1532 y 1533, así de las tierras que antiguamente se labraban como de las nuevas, sin hacer en ello ninguna diferencia.

A, fols. 118 r.-119 r. *Original*, 2-421-63.

469. Madrid, 12 de noviembre de 1533.

Provisión real prorrogando hasta nueva orden el corregimiento de Vázquez de Cepeda.

B, fols. 144 r.-145 r.

470. Zaragoza, 17 de enero de 1534.

Provisión de los reyes D. Carlos y doña Juana nombrando al licenciado Iñigo López de Cervantes para someter a juicio de residencia al corregidor Vázquez de Cepeda.

B, fols. 145 r.-148 v. *Original*, 2-421-42.

471. Palencia, 10 de septiembre de 1534.

Provisión real convocando a cortes a la Villa de Madrid.

A, fols. 40 r.-43 r. *Original*, 2-393-72.

472. Madrid, 1 de marzo de 1535.

Cédula del rey D. Carlos mandando pregonar la carta sobre cruzada de la misma fecha.

A, fol. 427 r.

473. Madrid, 1 de marzo de 1535.

Provisión real ordenando abrir una información acerca de la conveniencia y posibilidad de reducir a dos los hospitales de la Villa, destinando uno a las enfermedades contagiosas y otro al acogimiento de los pobres enfermos.

A, fols. 387 r.-v. *Original*, 2-420-11.

474. Madrid, 1 de marzo de 1535.

Provisión real confirmatoria de la de 30 de septiembre de 1524, que quedó reseñada bajo el número 422.

A, fols. 424 v.-427 r.

475. Madrid, 1 de marzo de 1535.

Cédula del rey D. Carlos ordenando a los corregidores de Madrid que visitasen dos veces al año los términos y mojones de la Villa.

A, fols. 120 r.-v. *Original*, 2-397-65.

476. Madrid, 2 de marzo de 1535.

Provisión real nombrando corregidor de la Villa a D. Pedro Quijada.

B, fols. 148 v.-153 r. *Original*, 2-397-104.

477. Puerto de Túnez, 16 de agosto de 1535.

Cédula del rey D. Carlos sobre el pago del salario del corregidor Quijada.

B, fols. 153 r.-v. *Original*, 2-483-43.

He aquí su texto:

«El Rey.—Conçejo, justiçia, rregimiento de la Villa de Madrid: Por qué Pero Quixada, nuestro corregidor desa dicha Villa, dexando su tiniente y ofiçiales para la administraçion de la justiçia e buen govierno desa dicha Villa e su tierra vino a seruirnos en esta enpresa contra ynfieles enemigos de nuestra santa fé catholica, en que hallándonos como nos hallamos con nuestra ynperial y rreal persona, armada y exércitos, Dios nos ha dado victoria, e nos ha suplicado e pedido por merçed que acatando lo que en la dicha enpresa nos a servido y sirve y a gastado en ella, le hiziésemos merçed de mandar que le contasen y pagasen lo que montan los maravedis de salario que con el dicho ofiçio tiene; desdel día que partió desa dicha Villa para venirnos a servir en esta dicha enpresa, y buelva a estar y servir e rresidir en el dicho su ofiçio y alçarle qualesquier penas, si en alguna a yncurrido por aver estado ausente del dicho su ofiçio sin licençia nuestra, o como la mi merçed fuese. E yo teniendo respecto a que en esa dicha Villa dexó el dicho su tiniente y ofiçiales para la administraçion de la justiçia e buen govierno della e lo que en esta dicha enpresa nos asirue e ha gastado en ella, he auido por bien y vos mando que le pagueys e hagays pagar y acudir con todos los maravedís que montan de su salario que con el dicho ofiçio de nuestro corregidor desa dicha Villa tiene desdel día que partió della para venirnos a servir en esta dicha enpresa y ha estado en ella y tardare en llegar a esa dicha Villa. Para lo qual por la presente le damos y señalamos término de dos meses y le perdonamos y rremittimos qualquier pena en que por aver estado ausente desa dicha Villa sin licençia nuestra a yncurrido e yncurriese hasta que se cumplan los dichos dos meses después de la fecha desta, para que no sean excutadas aquellas en su persona ni bienes. Fecha en nuestra galera en el puerto de Túñez, a diez y seys de agosto de mill e quinientos y treyn-ta e çinco años. Yo el Rey. Por mandado de su magestad, Couos, Comendador mayor.»

478. Madrid, 30 de septiembre de 1535.

Cédula real por la que se nombraba interinamente para el cargo de corregidor al licenciado Marcos de Barrionuevo.

B, fols. 160 v.-161 r.

479. Madrid, 4 de febrero de 1536.

Provisión del Consejo insertando y confirmando la ordenanza sobre la guarda del pan y vino hecha por la Villa en 1532.

A, fols. 387 v.-393 v.

480. Madrid, 24 de febrero de 1536.

Provisión del Consejo prorrogando por diez años la vigencia de la ordenanza sobre árboles y montes formada por la Villa.

A, fols. 375 r.-384 v.

481. Valladolid, 1 de julio de 1536.

Provisión del Consejo mandando que los arrendadores de la moneda forera de la Villa de Madrid no echasen contribución.

A, fols. 198 r.-200 r. *Original*, 2-482-31.

482. Valladolid, 11 de julio de 1536.

Provisión del Consejo autorizando a la Villa de Madrid para que diese de salario 8.000 maravedís a un obrero que tuviese cargo de las obras públicas.

A, fols. 300 r.-301 r.

483. Valladolid, 7 de diciembre de 1536.

Provisión del Consejo cometida al corregidor de Madrid mandándole cumplimentar la ejecutoria favorable a la Villa sobre los términos de Pozuelo y Palomera.

A, fols. 423 v.-424 r.

484. Valladolid, 29 de junio de 1537.

Pragmática sanción sobre trajes.

A, fols. 302 r.-305 r.

«Don Carlos, por la divina clemencia enperador senper augusto, rrey de Alemaña, Doña Juana, su madre, y el mismo Don Carlos, por la misma gracia, Reyes de Castilla, de León; etc.^a Al yllustrisimo príncipe, nuestro muy caro e muy amado hijo e nieto, y a los ynfantes, duques, perlados, marqueses, condes, rricos omes maestros de las hórdenes, priores, comendadores e subcomendadores, alcaldes de los castillos e casas fuertes y llanas, y a los del nuestro consejo, presidente e oydores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaziles de la nuestra casa e corte e chancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, governadores, alcaldes, alguaziles, rregidores, cavalleros, escuderos, ofiçiales y omes buenos [*folio 302 v.*] de todas las çibdades, villas e lugares de los rreynos y señoríos e a cada vno de vos a quien esta nuestra carta fuere mostrada o su traslado synado de escriuano público, o della supiéredes en qualquier manera, salud e gracia. Bien sabeys y a todos es notorio cómo los rreyes cathólicos nuestros señores padres y abuelos de gloriosa memoria, queriendo rremediar al deshorden y eçeso que en los trajes y vestidos que en sus tiempos avía, mandaron hazer sobre ello çiertas leyes e premáticas proybiendo que ningunas personas destos nuestros rreynos ni de fuera dellos que en ellos estuviesen de morada, avnque fuesen ynfantes, duques, marqueses, condes, ni de qualquier calidad o condiçión que fuesen no pudiesen traer ni traxesen rropas de brocado ni bordados de seda ni chapado de plata ni de oro ni de martillo, ni tirado, ni hilado, ni texido, ni de otra manera, segund más largamente en las dichas leyes e premáticas se contiene, las quales nos en las Cortes que tuvimos en esta Villa de Valladolid el año de quinientos y

veinte y tres mandamos guardar y executar; e porqué en fraude de las dichas premáticas se començaban a vsar bordados rrecamados los mandamos asimismo quitar e prohybir, e agora los procuradores destos nuestros rreynos que por nuestro mandado vinieron a esta Villa de Valladolid nos hicieron rrelación que sin embargo de todo lo suso dicho los ofiçiales y menestrales de manos an ynventado mayores deshórdenes en los trajes y mayores costas en las hechuras de los que se gastavan en los vordados e rrecamados, porque los vordadores dan los patrones a los sastres [*fol. 303 r.*] y ellos y sus mugeres hazen de punto lo que se solia hazer de doblado y es costa doblada, de manera que lo que se haze con cordones y pasamanos comunmente cuesta más la hechurra que la seda y el paño de la rropa y nos suplicasen mandásemos moderar como la nuestra merced fuese, e viésemos que mas convenia al bien público destos nuestros rreynos; e porque a nos como rreyes e señores perteneçe proveher y rremediar por manera que nuestros subditos no vsen mal de sus hazjendas ni gasten sus rrentas ni patrimonios en cosas escusadas, antes los guarden y conserven para sus menesteres y neçesidades, por ende hordenamos y mandamos que las premáticas por los rreyes nuestros predeçesores e por nos fechas e confirmadas que proyven los vestidos y rropas de brocado e tela de oro, de plata, brocados y rrecamados, se guarden y cumplan y executen cómo en ellas se contiene, con las declaraciones y aditamentos en esta nuestra premática contenidos, y por qué en el cunplimiento dellas no aya fraude ny se haga en los trajes y vestidos gastos eçesivos, mandamos que ninguna persona de qualquier estado e condiçión que sea no pueda traer ni trayga por guarniçión más de vna faja de seda de hasta quatro dedos en ancho o dos o tres rribe-tones que sean de otra tanta seda cómo la dicha faja o vn pasamano de seda syn faja.

»Asimismo que no puedan cortar ni acuchillar vna seda sobre otra, sy no fuere el enforro de tafetán que no sea doble.

»Otrosy, que no se pueda cortar ninguna seda [*fol. 303 v.*] syno en mangas y en cuerpos y no en faldamento ninguno, pero permitimos que se puedan traer rropas aforradas de otra seda, con que no se corte vna seda sobre otra, más de como esta dicho. Otrosy, que no pueda traer rrecamo, ni trença, ni cordón, ni franja, ni pasamano, ni ninguna otra cosa de hilo de oro ni de plata, ni de seda, ni pespunte, ni colchado ninguno, si no el que fuere menester para la costura de la faja, y esto se entienda que sea de seda solamente, y los jubones se puedan pespuntar de seda, con quel pespunte no haga lavores y tanbién se pueda hazer el dicho pespunte en rropas de tafetán o sarga de seda no haziendo lavores, como dicho es.

»Asimismo mandamos que ninguno pueda traer ni trayga chapería ni otra cosa de oro, ni de plata, ni de martillo, ni de canutillo, syno en cabeça e mangas e cuerpos, e por quanto por la premática por nos fecha en la çibdad de Toledo el año de quinientos y treynta e quatro permitimos que por honrra de la cavallería pudiesen llevar sobre las armas en guerra o en otros autos conçernientes a ella las rropas de brocados e telas y otras cosas que quisiesen, declaramos y mandamos que la dicha nuestra premática se entienda solamente como en ella se dize en guerra o en autos conçernientes a ella y no en justas ni en torneos ni en otros exerçicios que verdaderamente no son de guerra, aunque sean semejantes a ella y en cavallos de guerra y no en hacas ni en quartaos, y que en los cavallos de la gineta puedan traer las mo [*fol. 304 r.*] chilas y caparaçones de seda con rrapaçes de oro e de plata e pespuntado de lo mesmo en las cuerdas e otros adereços

de gusanillo de oro como se acostunbra, con que no traygan en los caparaçones y mochilas brocados ni telas de oro, ni de plata, ni bordados.

»Ansímismo mandamos que no se puedan traer gualdrapas de seda ni guarniçidas de ninguna seda en ninguna manera de cavallos.

»Iten, que ninguno pueda dar librea ni vestir paje ni moço ni traer ellos saya ni capa donde aya más seda de vna manga, y lo demás sea conforme a ésta nuestra premática.

»Que todo lo suso dicho se guarde y cunpla en el vestir de las mugeres, saluo que ellas no puedan traer mangas de aguja de oro o plata o seda, pero que en las sayas no puedan traer fajas más anchas de quatro dedos y desta puedan traer hasta ocho por saya de arriba abaxo o en lugar de cada faja dos rribetones o tres, con que no eçeda la quantía de la seda de la faja, y ansímismo en las cotas de las mugeres puedan poner vna bordadura por debajo del medio ancho de la seda, y desta anchura hazer la bordadura que quisieran, con tanto que no sea cortada de bordado ni perfilado, y que puedan poner las mugeres pestañas de seda en las rropas que quisieren e lo suso dicho no se entienda con las mugeres públicas, las quales agora mandamos que no puedan traer seda en ninguna manera.

»E porque las personas que tienen hechas algunas rropas e vestidos contra lo agora nuevamente por esta nuestra premática proybido e mandado no pierdan el vso e aprovechamiento [fol. 304 v.] dellas, permitimos y avemos por bien que las puedan traer e vsar desdel día questa nuestra premática fuese publicada e pregonada en esta nuestra corte por tienpo y espaçio de quatro meses primeros siguientes e no más ni aliende.

»Lo qual todo sobre dicho mandamos que se guarde y execute so pena que qualquiera que lo contrario hiziere pierda las rropas que ansi traxere vestidas por la primera vez e sea partido la mitad para el juez que lo juzgare y la otra mitad para el acusador que lo acusare, y por la segunda vez que pierda la rropa y se parta como dicho es y sea desterrado destos nuestros rreynos por dos años. Y mandamos asímismo que ningund bordador ni sastre ni otro offiçal alguno sea osado de cortar ni hacer ni coser rropa ni otra cosa alguna de las suso dichas, so pena que pague por la primera vez el valor de lo que costare o cosiere o hiziere e por la segunda lo pague con el quatro tanto, y por la terçera pierda la mitad de sus bienes y sea desterrado por vn año del lugar dónde biuiere con çinco leguas alrededor... Dada en la villa de Valladolid a veinte y nueve días del mes de junio de mill e quinientos y treynta e syete años. Yo el Rey.—Yo Juan Vázquez de Molina, secretario de su çesárea y católicas magestades la fize escrivir por su mandado.—Licençiatu Polanco.—Doctor Guevara.—Registrada, Martín de Vergara. Martín Hortiz, por chançiller.»

485. Valladolid, 10 de julio de 1537.

Provisión real tomando algunas medidas conducentes a la conservación de los montes de Madrid y su término.

A, fols. 202 r.-203 v.

486. Valladolid, 10 de julio de 1537.

Provisión real nombrando corregidor de Madrid por un año a D. Sancho de Córdoba.

B, fols. 161 r.-166 v. *Original*, 2-397-105.

487. Valladolid, 21 de agosto de 1537.

Provisión del Consejo prohibiendo al presidente y oidores de la Chancillería de Valladolid dar suspensiones en el pleito entre la Villa de Madrid y el duque del Infantado sobre el Real de Manzanares.

B, fols. 227 v.-228 v. *Original*, 3-220-8.

488. Valladolid, 25 de agosto de 1537.

Provisión del Consejo relativa al modo de vestir las mujeres públicas.

A, fols. 205 r.-306 r. *Original*, 2-306-27.

«Don Carlos por la divina clemencia enperador de los Romanos, Augusto Rey de Alemaña, Doña Juana su madre y el mismo Don Carlos etc. A vos el ques o fuere nuestro corregidor o juez de rresidencia de la Villa de Madrid o a vuestro lugarteniente en el dicho oficio, salud e gracia. Sepades que en las Cortes que mandamos hazer en esta Villa de Valladolid este presente año de la data desta nuestra carta ay vn capítulo su tenor del qual es el siguiente:

«Suplicamos a Vuestra Magestad asimismo que las mugeres enamoradas que conoçidamente son malas de sus personas no puedan traer ni traygan en sus casas ni fuera dellas oro de martillo ni perlas ni sedas ni haldas ni verdugados ni sombreros ni guantes ni lleven escuderos ni pajes ni rropa que llegue al suelo porque son eçesiuos los gastos e oro e sedas que traen, que casi no son conoçidas entre las buenas. Vuestra Magestad con grandes penas lo mande así cunplir y executar. A esto vos rrespondemos que nos pareçe bien, y mandamos que las mugeres públicamente malas de sus personas y que ganan por ellas no puedan traer ni traygan oro ni perlas ni seda, so pena de perder las rropas de seda o con ella lo que truxere contra lo en este capítulo contenido.» Y agora nos es fecha rrelación que las justiçias y alguaziles, so color del dicho capítulo quieren hazer y hazen algunas vexaçiones que tienen neçesidad de alguna declaraçión; y visto en el nuestro consejo fué mandado que deviamos dar esta nuestra carta para vos en la dicha rrazón; e nos tuvimoslo por bien; por la qual declaramos y mandamos quel dicho Capítulo suso encorporado no se entienda ni estienda quando las dichas mugeres enamoradas estuvieren en sus casas o en las puertas dellas y que ansy [*fol. 306 r.*] lo hagays guardar y cunplir y executar e fagays pregonar publicamente en esta dicha Villa... Dada en la Villa de Valladolid a veynte e çinco días del mes de Agosto de mill e quinientos y treynta e syete años. Joanis Cardinalis.—Acuña, licençiatius. Doctor de Corral.—Licençiatius Girón.—Doctor Escudero.—Licençiado de Alaba. Licençiatius Mercado de Peñalosa. Yo Francisco de Castillo escriuano de Cámara de su cesárea y católicas magestades la fize escrevir por su mandado, con acuerdo de los del su Consejo. Registrada, Martín de Vergara.—Martín Hortiz, por chançiller.»

489. Valladolid, 5 de noviembre de 1537.

Cédula real dejando en suspenso la pragmática sanción dictada por el emperador en las cortes de Valladolid del mismo año, hasta tanto que se imprimiese.

A, fols. 301 r.-v. Incluida en la de 10 de noviembre del mismo año. [*Cfr. número 492*].

490. Valladolid, 6 de noviembre de 1537.

Provisión real relativa a la circulación y valor de la moneda de tarjas.

A, fols. 203 v.-204 r. Incluida en el número siguiente, que íntegramente publicamos:

491. Valladolid, 8 de noviembre de 1537.

Provisión del Consejo en la cual se incluye y confirma la anterior.

A, fols. 203 v.-205 r. *Original*, 3-413-45.

«Don Carlos por la divina clemencia enperador senper augusto, rey de Alemaña; Doña Juana su madre y el mismo Don Carlos por la gracia de Dios Reyes de Castilla, de León, etc. a vos el ques o fuere nuestro corregidor e juez de rresidencia de la Villa de Madrid o a vuestro lugarteniente en el dicho oficio, salud e gracia. Sepades que nos mandamos dar e dimos vna nuestra carta firmada de la enperatriz e rreyna nuestra muy cara e muy amada hija e muger e sellada con nuestro sello e librada delos del nuestro Consejo, su tenor de la qual es este que se sigue: Don Carlos por la divina clemencia etc. a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes, alguaziles, merinos y otros juezes e justicias qualesquier de todas las çibdades, Villas e lugares de los nuestros rreynos y señoríos e a cada vno e qualquier de vos en vuestros lugares y jurisdicciones a quien esta nuestra carta fuere mostrada, salud e gracia. Bien sabeys que por vn capítulo de las leyes por nos fechas [en las Cortes] que vltimamente çelebramos en esta Villa de Valladolid este presente año de mill e quinientos y treynta y syete años mandamos que la moneda de tarjas que andava y corría en estos nuestros rreynos no valiesen ni corriesen más de hasta Navidad primero que viene y que [fol. 204 v.] de allí adelante fuese avida por moneda rreprovada, segund que más largamente en el dicho capítulo se contiene. Y agora a nos es fecha rrelación que cesa el trato y conuersación a causa de no querer tomar las dichas tarjas e de no se aver labrado en estos nuestros rreynos otra moneda de vellón y que las personas que las tienen venden a menos preçio e se siguen otros ynconvenientes, y porque queremos dar orden que las personas que tienen las dichas tarjas no pierdan tanto en ellas y que en estos nuestros rreynos aya abundancia de moneda de vellon y que no se saque dellos, visto en el nuestro Consejo y consultado con la Emperatriz y Reyna nuestra muy cara hija e muger, fué acordado que deviamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha rrazón e nos tovimoslo por bien; por la qual mandamos que las tarjas que hasta agora an valido a diez maravedís corran y las tomen a nueve maravedís y las medias tarjas a quatro maravedís e que vos las dichas nuestras justicias e cada vna en su jurisdicción apremieys a todas e qualesquier personas que tomen y rreçiban las dichas tarjas al dicho preçio de a nueve y a quatro maravedís, lo qual mandamos que ansi se haga e cunpla sin embargo de otras qualesquier nuestras cartas que en contrario desto se ayan dado, lo qual mandamos que hagays ansi pregonar publicamente en esas dichas çibdades, villas e lugares por pregonero y ante escriuano público porque todos lo sepan e ninguno dello pueda pretender ynorancia. E los vnos ni los otros no fagades ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merçed e de diez mill maravedís para la nuestra cámara. Dada en la villa de Valladolid a seys días del mes de noviembre de mill e quinientos y treynta e syete años. [fol. 205 r.] Yo la Reyna. Yo Juan Vázquez de Molina secretario de su çesárea y cathólicas magestades la fize escrevir por su mandado. Joannis cardinalis.—Doctor de Corral.—Licençiatu Girón.

El licenciado de Alaba.—Registrada: Martín de Vergara. Martín Hortiz, por chanciller. Y por que lo en la dicha nuestra carta aya efecto e mejor e más cunplidamente se cumpla y execute, visto en el nuestro consejo fué acordado que deviamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha rrazón. E nos tuvimoslo por bien, porque vos mandamos que veays la dicha nuestra carta que de suso va encorporada e la guardeys e cunplays y executeys e hagays guardar e cunplir e executar, en todo e por todo segund e como en ella se contiene; e contra el tenor y forma della no vays ni paseys ni consintays yr ni pasar en manera alguna, so las penas en la dicha nuestra carta contenidas e de otros diez mill maravedís para la nuestra cámara. Dada en la villa de Valladolid a ocho días del mes de noviembre de mill e quinientos y treynta e syete años.—Joanis Cardinalis.—Doctor de Corral.—Licençiatu Girón.—Licençiado de Alaba.—Licençiatu Mercado de Peñalosa.—Yo Franciaco de Castillo, escriuano de cámara de su çesárea y católicas magestades la fize escrevir por su mandado con acuerdo de los del su consejo. Registrado.—Martín de Vergara.—Martín Hortiz, por chanciller.»

492. Valladolid, 10 de noviembre de 1537.

Provisión del Consejo incluyendo y confirmando la cédula reseñada bajo el número 489.

«Don Carlos por la divina clemencia enperador semper augusto, rrey de Alemana, D.^a Juana su madre, y el mismo D. Carlos por la misma gracia Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Seçilias, de Iherusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galizia, de Mallorcas, de Sevilla, de Çerdeña, de Cordoua, de Córçega, de Murçia, de Jaén, de los Algaraves, de Algezira, de Gibraltar, de las yslas de Canaria, e de las Indias, Islas e Tierra Firme del mar Oçeano, Condes de Barcelona e Señores de Vizcaya e de Molina, Duques de Atenas e de Neopatria, Condes de Ruisellón e de Çerdania, marqueses de Oristán e de Goçiano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña e de Bravante, Condes de Flandes e de Tirol etc.", a vos el ques o fuere nuestro corregidor o juez de rresidençia de la Villa de Madrid o a vuestro lugar tiniente en el dicho ofiçio, salud e gracia. Sepades que la enperatriz e rreyna nuestra muy cara e muy amada hija e muger, mandó dar e dió vna cédula firmada de su mano, fecha en esta guisa: La rreyna. Corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes, alguaziles, merinos e otros juezes e justiçias qualesquier de todas las çibdades, villas e lugares de nuestros rreynos y señorios, sabed: quel enperador e rrey mi señor en las Cortes que fuvo e celebró en esta villa de Valladolid este presente año de la fecha desta cédula hizo y hordenó vna carta premática sançión por la [fol. 301 v.] [qual] hordenó y moderó los trajes e vestidos de los súditos en çierta manera en ella contenida. E porque soy ynformada que a causa de no se aver ynprimido las leyes fechas en las dichas Cortes e la dicha premática, nuestros súbditos no an podido saber lo que conforme a ella pueden y deven traer, e que si luego se executase serían fatigados e penados no estando ynformados de la dicha proybición, por ende yo vos mando que hasta postrero día del mes de henero del año venidero de quinientos y treynta y ocho sobreseyas la execuçión e cunplimiento de la dicha premática, durante el qual será ynpresa e podrá aver venido a su notiçia, e sy por virtud della ovieredes tomado algunas rropas y vestidos a qualesquier personas se los torneys e rrestituyays e hagays tomar e rrestituir libremente e syn costa alguna; pero si algunos sastres o menestrales durante el dicho término hizieron algunas rropas de vestir o otras cosas de las proveydas e defendidas por la dicha

premática, proçeda contra ellos a execución de las penas en ella contenidas e no fagades ende al. Dada en la villa de Valladolid a cinco días de novienbre de mill e quinientos y treynta y siete años. Yo la rreyna. Por mandado de su magestad, Joan Vázquez. Y porqué lo contenido en la dicha cédula aya efecto e mejor e más cunplidamento sea guardado e cunplido y executado, visto por los del nuestro consejo fué acordado que devíamos mandar dar esta nuestra sobrecarta para vos en la dicha rrazón. E nos tuvimoslo por bien, por que vos mandamos que veays la dicha cédula que de suso va encorporada, e la guardeys e cunplays y executeys e hagays guardar e cunplir y executar en todo e por todo segund e como en ella se contiene, e contra el tenor y forma della no vays ni pa [fol. 302 r.] seys ni consintays yr ni pasar en manera alguna. E no fagades ende al so pena de la nuestra merçed e de diez mill maravedís para la nuestra cámara. Dada en la villa de Valladolid, a diez días del mes de novienbre de mill e quinientos y treynta e syete años. Joanis Cardinalis.—Doctor de Corral.—El licenciado Liguicamo.—Doctor Escudero.—El licenciado Pero Girón.—Licenciado de Alaba.—Yo Francisco de Castillo, escriuano de cámara de su çesárea y católicas magestades, la fize escrevir por su mandado con acuerdo de los del su consejo. Registrada, Martín de Vergara.—Martín Hortiz por chançiller.»

493. Valladolid, 24 de mayo de 1538.

Provisión del Consejo en la que se incluye y confirma la de 18 de marzo de 1531 [Cfr. núm. 480].

A, fols. 338 r.-343 v. *Original*, 2-158-122.

494. Valladolid, 6 de junio de 1538.

Provisión del Consejo sobre la moneda de tarjas.

A, fols. 205 r.-v.

«Don Carlos, por la divina clemencia enperador senper agusto, rrey de Alemaña, Doña Juana su madre y el mismo Don Carlos por la misma gracia rreyes de Castilla, de León etc. a vos el nuestro corregidor e juez de rresidencia de la Villa de Madrid o a vuestro lugarteniente en el dicho ofiçio, salud e gracia. Bien sabeis como por vna nuestra carta vos mandamos que señaládes las tarjas de a nueve e de a quatro que oviese en esa dicha Villa... dentro de noventa días que corriesen desdel día de la publicación della con vn cuño de nuestras armas que para ello vos enbiamos y que pasados los dichos noventa días las que no estuviesen señaladas no valiesen ni corriesen por moneda segund que esto y otras cosas más largamente en la dicha nuestra carta se contiene; e porquel término en que las dichas tarjas se avían de señalar es ya pasado, visto en el nuestro consejo fué acordado que devíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha rrazón; e nos tuvimoslo por bien, por que vos mandamos que luego ques a nuestra carta vos fuere notificada enbieys al nuestro consejo el dicho cuño de nuestras armas que así vos fué entregado para señalar las dichas tarjas, para que con él no se puedan señalar otras algunas sin nuestra licencia y mandado, y en lo demás executeys lo en la dicha nuestra carta que de suso se haze minción contenido con mucha diligencia e cuidado. E no fagades ende al so pena de la nuestra merçed e de diez mill maravedís para la nuestra Cámara. Dada en la villa de Valladolid a seys días del mes de junio de mill e quinientos y treynta y ocho años. Licençiatas Agui-

rre.—Doctor de Corral.—Licenciatus Girón.—El licenciado Liguíçamo.—Doctor Escudero.—El licenciado Alderete.—Licenciatus Brizeño.—Yo Francisco de Castillo, escriuano de Cámara de su çesárea y católicas magestades la fize escrevir por su mandado, con acuerdo de los del consejo.—Registrada —Martín de Vergara.—Martín Hortiz, por chançiller.»

495. Madrid, 7 de octubre de 1538.

Provisión real prorrogando por un año el corregimiento de D. Sancho de Córdoba.

B, fols. 166 v.-168 r.

496. Madrid, 14 de julio de 1540.

Provisión del Consejo confirmatoria de la ordenanza del pósito del pan hecha por la Villa de Madrid en el mismo año.

A, fols. 395 r.-399 v. Incluida en la señalada con el número 499.

497. Madrid, 26 de noviembre de 1540.

Provisión del Consejo ordenando que las llaves del pósito del pan estuviesen sólo en poder de su mayordomo.

A, fols. 394 r.-v.

498. Madrid, 20 de diciembre de 1540.

Provisión del Consejo fijando el salario del mayordomo del pósito de la Villa.

A, fols. 394 v.-395 r. *Original*, 2-483-44.

499. Madrid, 4 de enero de 1541.

Provisión del Consejo en la que se incluye y confirma la que dejamos reseñada bajo el número 496.

A, fols. 395 r.-399 v.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

LA CAPITALIDAD

CÓMO MADRID ES CORTE (*)

SEÑORAS Y SEÑORES:

El grande honor de inaugurar la primera serie de conferencias en este nuevo Museo Histórico del Antiguo Madrid lo agradezco profundamente, haciendo constar que no lo debo sino a la circunstancia de la decisión con que fui en determinadas ocasiones el primero en dar conferencias madrileñistas: hace ya algunos años, la primera, en la Exposición de Dibujos que organizó la Sociedad benemérita de los Amigos del Arte en su local del paseo de Recoletos, señalando a la consideración de todos aquellos dibujos que ilustraban puntos de la topografía e historia de Madrid. Más tarde me cumplió también el honor y la satisfacción de iniciar y de suscitar con mi ejemplo las conferencias en la Exposición del Antiguo Madrid, precedente de este Museo, y precisamente en este local, la casa del viejo Hospicio, rescatada para testimonio histórico por el esfuerzo del Ayuntamiento tan aplaudido y solicitado por todos los buenos amadores de las glorias artísticas de la Patria.

Todavía, para justificarme hoy, pues no soy madrileño de nacimiento (¡no soy gato!), debo recurrir para autorizarme a otros modestos esfuerzos míos. En el único año de autonomía pedagógica de la Universidad de Madrid, bajo aquel que resultó sólo ensayo del Real decreto Silió, pedí a mi Facultad de Filosofía y Letras las debidas facilidades para crear y desempeñar (y ello fué un solo curso de doce conferencias) una que llamaría cátedra de Historia de Madrid; en ella pude desarrollar tan solamente, con extraordinario interés, que nunca agradeceré bastante, de un público muy numeroso, la Historia de Madrid en las edades prehistóricas, antigua y media, no pudiendo pasar del reinado de los Reyes Católicos: desarrollando los temas con conciencia escrupulosa de la verdad científica, agotando previamente, no solamente la erudición y la bibliografía de cada uno de los capítulos, solicitando también para cada aspecto y punto, y no menos previamente y en conversaciones particulares, los dictámenes de los más doctos catedráticos de la Universidad: por ejemplo, para los problemas geológicos, geográficos, prehistóricos y filológicos, como para los de historia de las instituciones medievales, para los de la

(*) Conferencia pronunciada el domingo 16 de junio de 1929; la redacción del texto es posterior al improvisado, pero procurando sin más estudio la mayor fidelidad a las palabras pronunciadas.

historia biográfica de los árabes españoles, etc., etc. Un universitario tiene como inexcusable deber el más absoluto amor a la verdad y la no menos absoluta decisión en llamar error y aun falsificación histórica a cuanto lo sea; como el honor en el militar pundonoroso radica en su decisión heroica, así en los universitarios debe regir señora la decisión por la verdad estricta, llamando al pan, pan, y al vino, vino: quiero decir, dando lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, y lo probable por sus estrictos valores de probabilidad mayor o menor, y acusando sobre todo y desentrañando los errores, por inveterados que ellos sean, rebuscándoles el origen y señalando en su caso la falsedad histórica en que lo tuvieran. Recuerdo estos supuestos de mi intervención en el primero, único curso de Historia de Madrid que hasta ahora se haya dado,— el segundo que hube de dar a raíz de la exposición del antiguo Madrid tuvo que tener el carácter más complejo, mixto de histórico y de artístico, al estudiar todas las iglesias del antiguo Madrid—, porque en la conferencia de hoy y en lo que resuma de las ya lejanas lecciones de mi primer cursillo, habré de decir las cosas muy abreviadamente, y me habéis hoy de creer por mi palabra honrada; pero conste que en aquellas ocasiones las afirmaciones y las negaciones iban debidamente acompañadas de las pruebas.

Es que debe recordarse que la mayor parte de las historias locales de nuestra península, sobre todo en sus primeros capítulos, llevan vicios de origen perfectamente conocidos en general, pero no en cada caso siempre precisados y determinados. Son las consecuencias de las falsedades históricas que en distintas épocas se forjaron con carácter bastante general: por ejemplo, las invenciones del siglo xv, elaboradas en Italia, forjadas por Godofredo de Viterbo, de donde se sacaron después las absurdas listas de los fantásticos reyes de España de tiempos témporas, de matiz mitológico; ejemplo también, el más deshonoroso, el de las invenciones, por 1600, de los «falsos cronicones» del P. Román de la Higuera y de otros, que adjudicaron inapreciables antigüedades eclesiásticas de pura fantasía a tantas poblaciones de España, a Madrid inclusive (mártires como San Ginés, papas madrileños como San Melquiades, etcétera); todo ello sin contar las falsedades más localizadas y más anónimas, cuales las de lápidas y antigüedades diversas y las de textos diplomáticos. Lo científico, lo universitario, contrariando todo mal aconsejado patriotismo, obliga a rechazar y a desenmascarar rectamente toda superchería histórica, aquilando en lo posible el origen del error y la ocasión en que se fraguó, muchas veces inocentemente, aunque siempre sin razón bastante; ejemplo de esto último ofrecíase en la supuesta patria madrileña de la gran reina doña Isabel la Católica, especie sólo hija de un cabildeo, de una conjetura interpretativa de un documento auténtico que no decía en realidad lo que se interpretaba de la letra de su contenido (1).

Por haber terminado o suspendido mi primer curso de la Historia de Madrid con la muerte de los Reyes Católicos, no pude llegar a plantear el problema de la conferencia de hoy sino en sólo sus antecedentes. Vamos a tratar hoy de una cuestión sobre histórica, también sociológica. Enunciada en la pre-

sa con estas palabras: *Cómo Madrid es corte* (recordándose el título del famoso libro de Alonso Núñez de Castro, siglo xvii, *Sólo Madrid es corte*: el *cómo* mío, como el *sólo* suyo, con acento de interrogación), quizá mejor debería haberse enunciado con estas otras palabras *De cómo Madrid vino a ser corte* o *De cómo Madrid vino a ser la corte*, la capital de Castilla y de España.

El asunto no es sólo histórico, sino sociológico. No es acaso la Sociología (al menos yo así la creo) sino la sistematización de la Historia, o mejor, la Historia misma estudiada, no ya cronológica ni narrativamente, sino sistemáticamente: eso sí, con las proyecciones del pasado sobre el presente como tema principal,—y aun sobre el porvenir mismo, aunque incierto éste para lo que no sean profecías.

Sociológicamente cabe preguntarse la razón de la capitalidad en cada una de las naciones históricas, el mejor o menor acierto en su localización, las razones del acierto y la consistencia y los efectos saludables para una nación de una capital feliz y adecuadamente establecida.

No es el tema de la capitalidad asunto de mera curiosidad histórica por tanto. La grandeza, la solidez, la idoneidad en la vida pública de las grandes culturas, imperios y nacionalidades de todo orden, pende en buena parte de tener bien asentada su capitalidad, el centro vital en el cuerpo sociológico, como que se la llama la cabeza (capital viene de *caput*, cabeza en latín).

Desde luego, aunque las capitales en un instante aparezcan establecidas y aun a veces creadas por la decisión de un monarca, en el transcurso de los siglos se mantienen o no se mantienen a la cabeza de su nación, y con ventajas o acaso con desventajas para toda ella, por razones vitales y de raigambre histórica, algo menos caprichosas que el puro arbitrio de los hombres, que el puro acuerdo de los poderes públicos. Una gran capital, una verdadera urbe, suele ser aglutinante de sutil y muy constante eficacia para el estrechamiento unitario de los sentimientos patrióticos, cancelando las nativas heterogeneidades en los mosaicos de los pueblos. Con haber hecho mucho por la admirable unidad de la Francia sus grandes monarcas de la Edad Media, tiene que reconocer el sociólogo que la grandeza y la hermosura de la ciudad de París contribuyó a ello por más que otro tanto a través de los siglos: ya, París, ciudad de luz, de arte, de modas en los siglos xii y xiii, tan influyente en el mundo como en los siglos xviii y xix, asiento de la Sorbona, la Universidad más gloriosa de la Cristiandad en la Edad Media (la monopolizadora en la Iglesia de las enseñanzas teológicas hasta el siglo xv); sin contar la extraordinaria importancia de los gremios artesanos de París; ya en el siglo xiii, de las ferias de París, la llamada de *lendit*, famosa ya en el siglo xii, ciudad en suma y por tanto milenariamente centro político cultural y social de Francia, sin esos posibles temas de rivalidad local (Oporto-Lisboa, Amberes-Bruselas, El Haya-Amsterdam, Barcelona-Madrid) que a veces levantan, o que soliviantan al menos, rivalidades regionales, nacionalmente más hondas y más peligrosas.

Las razones geográficas, consecuentemente sociológicas, que determinaron o la creación o sobre todo el acrecentamiento de las grandes urbes, fueron

siempre basadas en el orden económico y en lo que éste tiene de relativamente invariable, geográficamente por tanto, a través de los siglos.

París bajo los romanos ya era, sin ser capital, una ciudad importante, la *Lutetia Parisorum*, asentada principalmente en la isla de la *Cité* y a un lado y otro del Sena entonces, como aún ahora, navegable para la navegación marítima, aparte de la estrictamente fluvial aguas arriba: era por tanto centro abonado para la vida mercantil y para la baratura en los abastecimientos. Londres en el Támesis, igualmente navegable, la *Augusta Trinobatum* de los romanos, era ya emporio mercantil bajo Nerón en el siglo de Jesucristo, aunque en aquella Britania romana de sólo tres siglos (de César y más bien de Claudio a Honorio) tuvieran mayor categoría política otras ciudades de la allí difícil colonización romana, como *Verulanium*, hoy Saint-Albans, y *Evoracum*, hoy York. Por razones semejantes, la hoy destronada Viena ya era importante en la antigüedad, la *Vindobona* de los romanos frente a los cuados y marcomanos, después la capital del reino de los avaros hasta Carlomagno, decaída más tarde, hasta ya en los siglos feudales, cuando los Babenberg se asientan en ella en el siglo XII; y Pest, la *Aquincum* de los romanos, asiento de la primera legión, la *Prima Adjutrix*: emporios romanos como modernos, sobre el río Danubio la una y la otra, y lo mismo Belgrado, la *Sinjidunum* romana.

Ni faltan razones geográficas, igualmente evidentes, aunque menos doblemente milenarias que las citadas, para justificación sociológica de otras capitales europeas. Junto a ríos caudalosos, con frecuencia en la confluencia de dos de ellos, con igual frecuencia al amparo de promontorio en que asentar la fortaleza, con fáciles comunicaciones y baratas, a la vez que con fortificaciones naturalmente seguras: el caso de Praga, acaso creada en el siglo VIII, cuando se civiliza el país, grande y poderosa corte del emperador Carlos IV en el siglo XIV; Cracovia y Varsovia, sobre el caudaloso Vístula ambas, capitales polacas alternativamente desde los siglos medios; Moscú, sobre el muy caudaloso río Moscova, con la fortaleza del Kremlin, señora de países nuevamente civilizados desde el siglo XIV, y Cristianía, Oslo hoy, asentada cerca del extremo de largo fiordo o ría, cerca del río mayor y del más bello lago de la Escandinavia, y Estocolmo, entre tantos canales y las aguas del lago Moe-larán; y con ser creación moderna, todavía menos antigua que Madrid capital, la ciudad de Berlín, en plena llanura, pero centro de considerable número de canales de navegación, de transportes enlazados con los puertos del Báltico y el mar del Norte.

El caso de Berlín nos lleva a recordar un momento el todavía más genialmente improvisador de la ciudad de San Petersburgo. Pedro el Grande, el creador de la potencia mundial de los rusos, quien creyó indispensable la europeización de aquella nación asiática en el fondo, apenas conquistada en 1702 la Ingria, pequeña provincia entre los grandes lagos y el Báltico, comunicados por la inmensa corriente de la Neva cinco meses helada al año, decidió crear allí una ciudad verdaderamente capital para su imperio, ventana abierta al Occidente, como él dijo la concibiera. El 16 de mayo de 1703 en la llanura de-

sierta se puso la primera piedra de toda una gran capital, ya declarada tal nueve años después, en 1712. Para ello, dictatorialmente, tiránicamente, pero genialmente, puso en el trabajo a 40.000 obreros, que diezmaban los rigores del clima; todo buque, todo carro, todo trineo que llegara a aquel lugar había de conducir como pacotilla un sillar o un pedrusco, mayor o menor, para las obras, pues faltaba la piedra; obligóse, de grado o por fuerza, a todos los nobles del reino, los boyardos, a construirse en seguida sus respectivos palacios, y para hacer poderosa y santa, popular y sugestionadora, a la ciudad apenas nacida, y no menos tiránicamente, arrancó el Czar a la ciudad de Kazán la icona más milagrosa, la imagen más devota de todas las Rusias, la de la Virgen de Kazán, para llevarla a San Petersburgo en 1710, donde la edificó la más magnífica de las nuevas catedrales de la nueva metrópoli (hoy adornada la imagen no menos que con más de cien águilas napoleónicas de las ganadas en la famosa retirada de Rusia), y trasladó igualmente en 1724, poco más tarde, la reliquia insigne, el cuerpo entero de San Alejandro Newski, el cuerpo santo más venerado de los rusos, creándole en San Petersburgo el más espléndido de los monasterios, la última de las grandes «lauras» del Oriente cristiano: algo así como si un rey de España, para acrecentar la importancia de Madrid capital hubiera arrancado a Compostela el cuerpo de Santiago Apóstol y a Zaragoza la imagen y la columna de la Virgen del Pilar.

El caso de Pedro el Grande, aun con la violencia verdaderamente asiática de aquella magnífica europeizadora improvisación, no desmiente, sino que precisamente confirma la trascendencia geográfica, histórica y sociológica del gran problema de la capitalidad en las naciones y de la trascendencia del acierto definitivo en el asiento de la adecuada centralización social en la vida de un gran pueblo.

* * *

No deben dejarse de considerar, sin embargo, algunos casos en los cuales determinadas opiniones reinantes levantaron la idea de capitales políticas con un determinado y procurado aislamiento respecto de centros urbanos de mucha mayor entidad. Por excesivo respeto al régimen federal se creó en los Estados Unidos de América, por fuera de cada uno de ellos y de sus grandes urbes, un distrito federal con una nueva ciudad, apenas población estrictamente política, como fué Wáshington, y los prejuicios doctrinarios del liberalismo extremadamente individualista e históricamente inexperto de los viejos norteamericanos, con un desprecio relativo a todos los resortes de la vida política que no sea la pura democracia, ocasionaron hechos tan singulares como el de que Nueva York, la segunda o la primera ciudad del mundo en la realidad, no sea ni siquiera la capital del solo estado de Nueva York. Y por razones perfectamente contrarias, antidemocráticas, las del despotismo ilustrado, se ofreció el caso de los monarcas que procuraron asentar, si no la capital propiamente dicha, al menos su residencia habitual, un poco al socaire de la masa popular

ciudadana de las grandes metrópolis, el caso de los monarcas franceses poniéndose a una honesta distancia del pueblo de París, poderoso y por tanto temible (aun con todo su monarquismo secular), viviendo con frecuencia en los castillos de la Loire varios monarcas de la baja Edad Media y del Renacimiento, y creándose Luis XIV su magnífica residencia de Versalles, más de un siglo capital de la Francia, aunque tan a la vera de París, al fin y al cabo muy junto a ella.

Las ideas que quedan apuntadas, más que explicadas, con todos estos ejemplos, quisiera yo que tuvieran ustedes presente al haberse de considerar, aunque sucintamente, todo el problema histórico, integralmente nacional, que late y que se ha considerado bien poco al preguntarnos lo que pide el enunciado de esta conferencia: *De cómo Madrid es corte; De cómo España vino a tener en Madrid su capital*, más declaradamente dicho.

* * *

En algún modo podemos llamar capitales en la España antigua a las ciudades siguientes:

La primera, Tartesos, en las bocas del Guadalquivir, en la grande civilización indígena remota; después Cádiz, admirable puerto de mar en la colonización fenicia; Ampurias, igualmente puerto de mar en la colonización griega; Cartagena, fortísimo puerto y centro antiguo de minería de las más ricas del universo en la colonización cartaginesa, y en los largos siglos de nuestra tan sazónada civilización romana, Tarragona, puerto de mar, y Sevilla y Mérida, en caudalosos ríos, que alcanzaban las naves de comercio marítimo. Acusábase entonces, como siempre se acusa todavía, la mayor riqueza de las costas, de la periferia ibérica sobre el centro, sobre las mesetas de la España central; la intensificación de la vida en todos los órdenes, la que se traduce por el espontáneo acrecentamiento y la grandeza y el número de las ciudades populosas, era y fué siempre notablemente diversa entre el centro y las grandes zonas costeras.

* * *

Concretándonos a la situación de Madrid, nótese la escasa importancia en los precedentes urbanos de la civilización romana aun en la meseta central.

No fué Madrid, no hay motivo racional ninguno para localizar en Madrid, una ciudad medianamente importante de las citadas por los geógrafos e historiadores romanos.

Sin fundamento ninguno se redujo a Madrid por los eruditos del Renacimiento a una, después de todo, modesta Mantua de los carpetanos, acaso mejor situada en Villamanta (2). Lo único cierto es que la antigüedad clásica vió cer-

ca de Madrid, al otro lado de la Casa de Campo, una mansión solamente citada en los itinerarios de las vías romanas, la mansión de Miaco, y que a su alrededor, en término de uno o de otro de los Carabancheles, han sido los únicos hallazgos de antigüedades romanas; muy interesante el mosaico, algo destrozado y desdichadamente algo recompuesto, todavía conservado *in situ*, en la finca, entre Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo, que fué de la casa de Montijo, de la Emperatriz Eugenia, y que acaba de adquirir estos días una comunidad de monjas; e inmediato, bien cerca de la interesante iglesia mudéjar, que es hoy la de la capilla del cementerio de Carabanchel Bajo, fué el lugar del hallazgo de una de las más bellas esculturas de la España romana, la pequeña, pero soberbia cabeza de asno borracho, báquico, bronce de uno de los brazales de una espléndida silla del tipo de las sillas curules, antigualla, que fué de la colección del catedrático D. Antonio Vives, que él vendió a principios de este siglo, y que por cierto hace tiempo que no sabemos nadie en qué colección o museo del mundo se conserva. Yo creí que fuera la similar, pero menos bella, del museo de Besanzón, pero es de procedencia local y más antigua en el museo que la fecha del descubrimiento del asno de Madrid, éste tanto más bello cuanto que no tiene nivel entre todos los conocidos.

Madrid, y aparte los antecedentes remotísimos de las edades prehistóricas, en las históricas de la antigüedad, no ofreció una importancia muy concretamente ciudadana. Poblábase la comarca antes de la conquista romana por los celtiberos de la Carpetania y más concretamente al parecer por alguna tribu de estirpe celta, la de los manúricos, de que quedan testimonios epigráficos en lápidas, dos: de El Pardo, cuartel de Trofa, y en el Brunete. Los eruditos de la Edad Media extrema y del Renacimiento pudieron ver incorporados en puertas y murallas de Madrid hasta seis lápidas romanas, de procedencia por tanto dudosa (pudiendo ser más de los alrededores que del solar de la Villa y Corte), pero son lápidas que no localizan población histórica alguna: probablemente miliaria la que citaba a un Sertorio, seguramente sepulcrales las dos que citaban a un Domicio y las que citaban a Albinio, Cano y Valerio (3).

La vía romana que desde Segovia y Simancas bajaba a Titulcia o Aranjuez, cruzando la cordillera por el puerto de la Fuenfría (uno de los no aprovechados por la ingeniería moderna, por inadecuado, para las carreteras y ferrocarriles modernos), bajaba a la meseta, evitando puentes, por la misma divisoria de aguas, entre el río Guadarrama al Oeste y el Manzanares al Este, por tanto por Torrelodones, y por Miaco, al extremo Suroeste de la tapia de la Casa de Campo. Allí conserva el nombre el arroyo de Meaques, que es el que, atravesando la real posesión, llena su estanque grande: arrancando la modesta corriente de un cerrillo con una casa llamada de Meaques, a la vista de la carretera de Extremadura, antes del Campamento y de la dehesa de los Carabancheles. Y que el Meaques moderno es el Miaco de la antigüedad está absolutamente demostrado por el testimonio de dos o tres monumentos de principios y de fines del siglo XIII, escritos en latín, y en los cuales se llama Miaco al despoblado lugar de Meaques (4). Las relativamente escasas en el centro de España vías romanas, en estas provincias inmediatas se reducían a

dos, con una cruz en aspa, cuyo empalme era Titulcia (Aranjuez mejor que Bayona de Titulcia), en realidad entonces el centro importante en la vialidad romana del corazón de la península, como diríamos a la moderna, «la Puerta del Sol, kilómetro cero» de las carreteras de España.

La importancia de Madrid, o de una población antigua no lejana del actual asiento de Madrid en la Era Cristiana y su primer milenario, no tiene fundamento. Si lo de la Mantua Carpetana, localizando atrevida y caprichosamente el texto del geógrafo Tolomeo, fué idea que acariciaron ya eruditos del tiempo de los Reyes Católicos, como Nebrija; y si la caprichosa atribución a Madrid de ser la patria de San Dámaso, el gran papa español, arranca también de aquel tiempo, en texto de Lucio Marineo Sículo, el humanista italiano españolizado (y ello frente a las opiniones, mucho menos atrevidas, de suponer a San Dámaso natural de la portuguesa Guimaraens: dictamen de los historiadores españoles del siglo xvi más autorizados, Morales, Garibay, Illescas), fundamento absolutamente negativo tienen y arranque conocido en falsificaciones históricas todos los otros datos, como son la venida de los santos apóstoles Santiago y San Pedro, y los orígenes fantásticos de las imágenes de la Virgen de Atocha y de la Virgen de la Almudena; el martirio en Madrid de los santos mártires Anastasio, Plácido y Ginés, y la patria madrileña del papa San Melquiades; todo lo cual arranca del texto del falso cronicón de Dextro, invención del toledano padre Román de la Higuera, con el cual fué repartiendo por todas las ciudades de España timbres falsificados de nobleza eclesiástica y martirios y pontificados y otras glorias eclesiásticas, inventadas a sola base de las indefiniciones locales de los históricos martirologios antiguos. Él no inventaba, en realidad, ningún santo ni ningún martirio; solamente los dejaba localizados hábilmente para soliviantar por toda España entusiasmos locales de patria chica y acrecentar devociones cuyo origen remontaba por otra parte, a veces, a tiempos muy antiguos.

* * *

Bastante más remoto error tiene la supuesta silla episcopal de Madrid, ingerida la palabra «Madrid» en la lista de las viejas diócesis de la provincia eclesiástica cartaginesa o toledana de la época visigótica, en la traducción castellana de las mismas listas latinas (que no contienen la población y diócesis de Madrid), en la *Crónica General* de Alfonso el Sabio, es decir, en el siglo xiii; y de todas las antigüedades eclesiásticas queda exclusivamente el hallazgo sospechoso, en 1618, de la lápida de un sacerdote de los días de la conquista árabe de España, un *dominus bocatus*, en la vieja iglesia de santa María, documento epigráfico que, a conservarse y poderse reconocer auténtico, no demostraría sino la existencia de una modesta personalidad cristiana en el lado de acá del río Manzanares, en el cual no se puede negar que pudo y debió de haber caseríos en tiempos antiguos y medios, al tener que declarar

definitivamente que no hay motivo alguno sino para rechazar la idea de una ciudad medianamente importante. Es un hecho lo mucho que se ha excavado en la cimentación del caserío moderno, y es bastante lo que suelen descarnar las aguas en el arenazo de este solar de la capital de España, para no tener, como ya tenemos, autoridad para declarar los absolutamente negativos precedentes urbanos del Madrid moderno.

En realidad y estricta y solamente, y dentro de tres años más, probablemente, se podrá decir que hará mil años, tan solamente mil años, de la primera, de la más remota cita histórica localizable en Madrid. Que no es sino una modesta alusión a un pueblo fortificado, y que es bien modesta antigüedad esa de mil años si se compara con la de otras ciudades, Cádiz y Marsella, por ejemplo, que por el carácter religioso y sagrado y de conmemoración constante que tuvieron las colonizaciones en la antigüedad —fenicia la de Cádiz, griega la de Marsella— han podido celebrar hace ya mucho tiempo el históricamente fundado tercer milenario de su existencia plenamente ciudadana; Marsella singularmente lo celebró hace menos tiempo con solemnes festejos:

Madrid suena por primera vez absolutamente en la Historia en suceso del año, según la Era de Augusto o española, 969, año 931 de Cristo; todavía advirtiéndose que en los viejos códices hay alguna diferencia escasa en la precisión de esa fecha. Es el suceso del ataque y toma accidental de Madrid por el rey de León Ramiro II. Era una de aquellas empresas de razzia y algarada que muy lejos de su propia tierra se infligían mutuamente los moros y los cristianos de nuestra península. Salían de expedición con sus mesnadas, alejándose de los suyos, para sorprender las lejanas tierras del enemigo, hacerle daño y recoger botín. La frecuencia de estas algaras hacía poco menos que inhabitable una casi inmensa zona intermedia, sin poderse decir que hubiera verdaderas fronteras. El rey de León, atravesándola y cruzando la cordillera, Dios sabe por dónde, llegó a Madrid; se apoderó accidentalmente de él — en el cronicón latino, casi la sola frase *confregit muros ejus*, en la crónica romanceada *et crevanto los muros*—, y fué luego a parar a Talavera de la Reina, etc. (5).

* * *

No indican mayor antigüedad los escasos datos que del Madrid árabe nos ofrecen sus historiadores, reducidos como son exclusivamente a las citas en los diccionarios biográficos, de que es tan rica la literatura arábiga. Se citan cuatro ilustres hijos de Madrid: uno, Maslama Benaver, hombre de ciencia, matemático, astrólogo y alquimista, que murió el año 1008, y tres jurisconsultos prestigiosos: Abenozman, que murió en 986, el más antiguo de los tres, pues los dos restantes se expatriaron de Madrid, ya dominado por los cristianos; y el uno, Abulhassan, vivía en Málaga en 1138; y el otro, Benilhache, famoso cadí de Ronda, murió en 1147. El más viejo, el citado Abenozman,

pudo ser por tanto testigo, de niño, de la entrada en Madrid de las huestes leonesas de Ramiro II.

Sin ningún suceso intermedio, siglo y medio después de aquella hazaña vino a ser la primera y luego definitiva conquista de Madrid por Alfonso VI. Sobre el suceso han tratado mucho siempre los historiadores de Madrid, que, sin dato ninguno, quisieron suponer la reconquista algo anterior a la de Toledo, puesto que está más al Norte y llevados de una lógica demasiado elemental, a la vez que rechazaban las pretensiones de los segovianos de haber sido la hueste de la ciudad rival la que primero puso los pies en el recinto mural de la futura capital de España. Es que Segovia, poderosísima, rica, industrial y prepotente, cabecera de una Comunidad de Tierra que alcanzaba a casi toda la actual provincia de Madrid, y aun a parte de la actual provincia de Toledo, y envolviendo por todos sus costados la modesta Tierra de Madrid, sostenía con gran denuesto el más o menos fantástico y hazañoso hecho de sus nobles linajes en la conquista de Madrid, sosteniendo que en una de las puertas, la de Guadalajara, se conmemoraba monumentalmente la gloria de sus capitanes, lo que es probable que fuera cierto, aun con todo su aire de legendario, puesto que en el siglo XVI, a los daños y derribo del monumento madrileño, parece que hubo enérgicas y razonadas reclamaciones de los de Segovia. La mala voluntad mutua de los dos pueblos la habían acrecentado considerablemente, aun sin verdadera rivalidad posible, y dada la desproporcional importancia de la ciudad y de la villa, por el mal aconsejado titubeo constante de los reyes de Castilla, que tan pronto daban y reconocían a Segovia como a Madrid la jurisdicción, o digamos la propiedad, de la gran comarca intermedia del llamado Real de Manzanares (Alto Manzanares y Alto Guadarrama), acabando por quitarlo a la vez a los segovianos y a los madrileños, dándolo definitivamente a los Mendozas de la futura casa de los Santillanas y del Infantado. Sin el Real de Manzanares puede medirse la modesta importancia medieval del Madrid de la baja Edad Media (y recordando lo ampliamente establecidos que estaban en toda Castilla los verdaderos Municipios realengos), diciendo que el de Madrid no extendía su autoridad sino a las actuales estaciones de ferrocarril de San Fernando, Vaciamadrid, Getafe, Fuenlabrada, Alcorcón, Las Matas y Castillo de Viñuelas, en las respectivas vías férreas de Zaragoza, Tajuña, Alicante y Badajoz, Tajo, Almorox, Norte y Colmenar; es decir, un espacio reducidísimo, no ya al lado del inmenso de la Comunidad y Tierra de Segovia, sino comparado con las Comunidades y Tierras de Beleña (Guadalajara), de Pedraza, de Ayllón, etc. (6).

* * *

También es problema de Sociología la explicación histórica de la razón de ser de las poblaciones modestas, villas o ciudades; es decir, cuantas acumulen en su seno medios de vida apenas distintos que los recursos inmediatos

de los campos de su alrededor; el por qué en un punto se concentra población y no en otro, apenas se explica nunca por el capricho de una persona ni aun de una estirpe. Razones de defensa, cuando no de orden económico; a veces razones o explicaciones de un orden sentimental, pero colectivo: la tumba de un santo venerado, la imagen de gran devoción, la salud favorecida por manantiales medicinales o creídos por tales.—Si renace Alcalá de Henares de la muerta Compluto de la antigüedad clásica, se debe al sepulcro de dos niños santos, Justo y Pástor.

En la Edad Media, edad de hierro, los cerros fácilmente fortificables fueron obligados núcleos de más o menos modestas poblaciones urbanas; ellas recogían las cosechas en caso de algarada, también los ganados, y aun los labriegos de toda la comarca; y allí podrían tener centros de contratación, y mercancías resguardadas los comerciantes de ferias y mercados, a veces famosos, y singularmente favorecidos por una gran zona de influencia.

Más que ningún historiador, en éste como en otros casos, acertó el poeta; y no se puede definir el Madrid de la Edad Media mejor que como D. Nicolás Fernández de Moratín, con las tan conocidas palabras: «Madrid, castillo famoso».

* * *

El castillo famoso de los musulmanes en Madrid no se basaba en gran altura ni en peñas ingentes; pero aprovechaba adecuadamente, donde hoy el real palacio, el gran desnivel sobre el Campo del Moro y del río, al borde de la semillanura en que hoy está sentado Madrid, borde estrechado por la escotadura de la Cuesta de San Vicente, al Norte, y la más acusada de la calle de Segovia, al Sur. Por este lado, moros, judíos y cristianos mozárabes habitaban a una y otra vertiente del propio arroyo de la calle de Segovia: al amparo del castillo a un lado, por el Norte; al amparo de secundaria fortificación (ésta, junto a San Andrés) al otro lado, al Sur; la muralla, bajando y subiendo dos veces, recogía, en unidad algo facticia, las dos partes de la población: la más fuerte, al Norte. Como en tantas otras partes, los alrededores del mayor fuerte, del castillo, se llamaron con el diminutivo de honor (como ciudadela, diminutivo de ciudad, entre cristianos, *almudena* entre moros); la *almedina* (la ciudad sin diminutivo) cogería la mayor parte, la del Sur (7).

Que la importancia del Madrid árabe y de la Reconquista era modesta lo testimonian gran número de consideraciones; que fuera ya mayor, sin embargo, que la de otras villas fuertes de la comarca: una Buitrago, una Talamanca, una Uceda, una Maqueda o una Escalona, etc., no deja de señalarlo apenas algún testimonio histórico. Por ejemplo: la consideración de que en el cabildo catedral de Toledo tuvo precedencia el arcediano titular de Madrid sobre el arcediano de Talavera, población indiscutiblemente mayor y mucho más importante por su situación, fortificaciones y elementos económicos de vario orden.

El que no suene con evidencia un hecho de armas en las crónicas cuando la conquista de Madrid (aunque sí los dos intentos de Alí el Almorávide y de Yusuf el Almohade en los comienzos y los fines del siglo XII, respectivamente) tiene una explicación natural que no alcanzaban a discurrir los viejos historiadores de la corte. Es que la conquista del reino de Toledo, salvo la parte montañosa de Cuenca, la logró maravillosamente Alfonso VI por los medios que llamaremos políticos, amparados por la fuerza, apenas sin usar ésta sino para durante tres años destruir las cosechas de toda la parte meseteña del reino, sugestionando a las masas una sumisión que negociaba bien, mientras tanto, con los elementos directores; todo concebido a base de una, en lo posible, cordial conciliación de razas y de religiones, siendo recibido al fin y al cabo rey de Toledo el antiguo infante de León, que estableció en el nuevo corazón de su monarquía aquel régimen de máxima tolerancia y de plena cultura oriental y occidental, enlazadas, y sintética, que es una de las más olvidadas, pero evidentes glorias de la España medieval, y de la cual es testimonio maravillosamente vivo el conjunto monumental de la gran Toledo, todavía con sus mezquitas, sinagogas e iglesias mozárabes y cristianas de la reconquista.

Madrid, astro menor en aquella constelación, no tuvo por qué rendirse propiamente a sólo la fuerza de las armas; pues al pacto de la rendición de Toledo parece que debieron de acomodarse la casi totalidad de los fuertes y villas del reino, salvo las resistencias esporádicas y la dificultad del acomodamiento en las masas fanáticas desconcertadas por los sucesos. Como las ya citadas Maqueda, Talamanca, etc., la villa de Madrid era verdaderamente centro urbano aunque igualmente modesto, puesto que subsisten en él durante cuatro siglos las aljamas o comunidades de moros y judíos, también la mantenida (?) comunidad de los cristianos mozárabes (en Madrid, posiblemente en el viejo arrabal de San Ginés, los últimos; la morería, al Sur del Viaducto; los primeros, y por el Campillo de la Manuela, en otro arrabal, los judíos), pues tales comunidades, entre la masa mayor de los reconquistadores, acrecentando o manteniendo vida de industria y de comercio, caracterizaban tales centros urbanos, precisamente al amparo de muros, torres y castillos. El Fuero de Madrid, venerable código del Archivo Municipal, nos da admirablemente la expresión de la vida predominantemente agrícola de los dominadores, y el testimonio igualmente interesante de la vida de San Isidro, delicado, casi franciscanista, texto del diácono Juan —siglo XIII—, confirma la mismísima impresión. El monasterio de San Martín, priorato del famoso de Santo Domingo de Silos, reunía, con señorío feudal independiente del realengo de la villa, una verdadera puebla, gobernada civilmente por los priores, al Norte del arrabal de San Ginés, el que había de crecer, y probablemente ser solicitado para solares de sus casas por hidalgos, por las mismas razones que en París hubo para que al Sur del Sena se creara de abadengo el suburbio o faubourg Saint-Germain (de San Germán de los Prados), y al Norte el del priorato de San Martín de los Campos (Saint-Martin des Champs).

Con toda esta complejidad de elementos, la villa no puede decirse que

alcanzara demasiada población. Fáltannos datos concretos, salvo al final de la Edad Media, es decir, cuando progresivamente y gradualmente había cobrado cada vez más importancia. Y sin embargo, un viajero de 1466, como el conde bohemio Rozmithal, dice que Madrid, en donde visitó a Enrique IV, era «lugar no grande»; otro viajero, el alemán Munzer, a la latina Moneta-rius, 1494, que fué recibido por los Reyes Católicos en Madrid, lo declara también pueblo modesto, puesto que compara el número de habitantes (como en cada caso suele hacer siempre) con una población alemana de la Suabia, en este caso Bibrach, de la que sabemos era población bastante pequeña; y no dan impresión distinta, ni antes Juan de Mena, el poeta, ni Lucio Marineo Sículo, el ya citado humanista aficionado a Madrid. Un dato más concreto nos lo ofrece Fernando Colón, el hijo de Cristóbal Colón, que se procuró por informaciones diversas datos concretos sobre poblaciones e itinerarios de viajes por España, incluso poniendo a contribución, por cierto sin autorización real bastante, a las autoridades municipales. Según los itinerarios de D. Fernando Colón, referidos al año 1500 y tantos: es decir, de cuando ya con frecuencia vivían en Madrid los reyes o regentes del reino, la villa no tenía sino 10 ó 12.000 habitantes..., ¡cuán lejos de la importancia ciudadana que, gracias a sus puertos, y también a la fertilidad de alguna de las regiones, tenían a la sazón una Sevilla, una Valencia, una Barcelona!

* * *

Para atraer a los monarcas a visitas cada vez más frecuentes, como para atraer habitantes en general, es indiscutible que ofrecía Madrid las circunstancias de clima sano y aguas abundantes y buenas, próximas e inmediatas, en el manto cuaternario su suelo, en el extremo de los arenazos diluviales que se arrastraron de las tierras graníticas, es decir, donde acaban las aguas buenas y dulces, y donde, hacia el Sur, comienzan las aguas menos buenas. llamadas gordas, del resto de la meseta, en lo que fueron lagos terciarios en siglos lejanísimos. Aún en Madrid hay manantiales de aguas gordas, los que se aprovecharon y se aprovechan para usos secundarios: en el Retiro y Prado, por ejemplo; pero son las de Madrid y las de Carabanchel y Villaviciosa de Odón las más meridionales de las aguas puras de Castilla la Nueva (8). El arbolado dícese que era general en sus alrededores; es decir, cual hoy lo vemos todavía intacto, al regio amparo, en El Pardo y en la Casa de Campo; talado casi totalmente en el resto de los alrededores. La consiguiente abundancia de caza fué para Madrid la causa principal, el atractivo mayor para los monarcas, que en su deporte se adiestraban como hombres de guerra. No sería paradoja sentar esta tesis: que Madrid se debe a El Pardo; es decir, que Madrid, que es un castillo, era frecuentado por los monarcas por lugar próximo a los más notables cazaderos del centro de España. Véase el Libro de la Montería, testimonio del reinado de Alfonso XI; recuérdese que aún bajo los

Austrias se tenía la caza mayor en el Campo de la Tela, debajo del alcázar y junto al magnífico Puente de Segovia, ya construido para Felipe II por el arquitecto de El Escorial Juan de Herrera. Y no ya reses de rico despojo y succulento, sino osos abundaban en los alrededores, y la reina doña Isabel la Católica cazó uno junto a la ermita y fuente de San Isidro.

Por tales atractivos hubo de reconstruirse y acrecentarse el verdadero alcázar; es decir, castillo-palacio, el «castillo famoso» que era el Madrid del poeta. Pero siempre tales rocas fuertes, seguro para la vida de sus habitantes y garantía de seguridad para sus tesoros, no ofrecían las ya solicitadas comodidades de la vida cotidiana, y así se presenta en la historia de Madrid la circunstancia de que, si sabemos, naturalmente, que habitaron el alcázar monarcas como el menguado Enrique IV, muy encariñado con la fortaleza de Madrid, de otros varios reyes no dejamos de saber que vivían o que se hospedaban en otras partes del caserío madrileño: Sancho IV, en Santo Domingo; Juan II, en las casas de Luis Núñez, señor de Villafranca; y antes doña Berenguela, con su hijo San Fernando III, en la Casa Quinta de San Martín; y después los Reyes Católicos y a su muerte los regentes de Castilla, cardenal Adriano y cardenal Cisneros, en la casa-fuerte de los Lasso de Castilla, junto a San Andrés; es decir, en la ya aludida fortificación menor, al extremo Sur del recinto medieval.

* * *

La reunión de datos como estos últimos, como algunos otros que figuran en los anales de Madrid, pueden ocasionar la idea, del todo falsa, de una frecuencia en Madrid de la corte de los reyes. Conste, desde luego, que algo del todo semejante ocurre en los anales de muchas de las ciudades y villas de los reinos de Castilla, ya que los monarcas de la Edad Media vivían en constante movimiento; paraban apenas en ninguna parte, entre otras razones, por dos de muy contraria significación: la más noble, la de la vocación por el bien público, que les llevaba a extender en todas partes su celosa actividad y su prudente atención, y la menos noble, la de que al paso y estancia del rey y de la corte se debían por unos días, por ley de fuero, tributos, aportaciones y yantares que no tenía derecho la corona a solicitar y a lograr desde lejos, sino llegando a visitar las poblaciones.

Es preciso reconocer cuán acentuadamente el reino de Castilla y de León en la Edad Media fué de corte trashumante y andariega. No cabe decir casi nunca que existiera verdadera capital, ni de derecho, ni menos de hecho; al contrario de lo que ocurría en los estados de la corona de Aragón, en los cuales, con ser también muy frecuentes los traslados y viajes de los reyes, era de derecho indiscutible y era un hecho en lo fundamental la capitalidad de Zaragoza en el reino privativo de Aragón; de Barcelona, en el conjunto de los condados catalanes; de Valencia, en su reino; de Mallorca, en el suyo, y de Cáller, en Cerdeña. Burgos en Castilla, León en León, y Toledo, con

pretensiones de primado general en lo civil como en lo eclesiástico, conservaban en sí pretensiones de capitalidad; sin ellas, sin embargo, hubo reinados en que Sevilla lograba más efectiva asistencia de la corte, en realidad con notable diferencia la mayor ciudad de la gran monarquía heterogénea, que, sin embargo, tenía en el corazón de Castilla la fuerza vital de su unidad y entidad política, más bien en Castilla la Vieja, en el Duero medio. Pero repito que los reyes viajaban de continuo, hospedándose en los palacios de sus prelados, en los monasterios y en las casas y mansiones de sus nobles servidores. Y es un problema de puzle, de mosaico de elaboración histórica, el de ir formando la lista total de las estancias de la corte en todos los lugares de las monarquías españolas, labor realizada sólo respecto de dos reinados: el de Alfonso V el Magnánimo, por D. Andrés Giménez Soler, y el del emperador Carlos V, que el erudito D. Manuel de Foronda, padre del actual marqués de este título, le consiguió averiguar día por día todas sus estancias (menos diez y nueve días en toda su vida, que le completó la porfía erudita de una señora americana). Los monarcas de Castilla, y también los de Aragón y Portugal, en esa vida sin asiento fueron buscando una mayor comodidad, y supieron hallarla, para temporada de mayor descanso, en los conventos de los Jerónimos, Orden estrictamente peninsular, rica y magnífica en todas sus casas, provistas de espléndidas bodegas y toda suerte de provisiones, con excelentes cocineros, con hábitos de hospitalidad regia que fueron formando, unidos a una lealtad monárquica que también se traducía, puesto que lo podían, con préstamos secretos a los reyes de cantidades a veces muy considerables. Eran éstos, en suma, los hoteles Ritz o Palace predilectos de los reyes de España. Y bueno es recordar aquí que fué Madrid asiento de una de las casas de los Jerónimos desde Enrique IV, y donde había de haber después, al trasladarse definitivamente a donde hoy, especial mansión regia o cuarto real, precedente del futuro palacio y real sitio del Buen Retiro.

* * *

Sobre la alternativa constante de las residencias y estancias reales en los distintos lugares de la monarquía, entiendo yo que hay un modo de interpretar aproximadamente la localización céntrica del poder público dentro de la monarquía de Castilla y León, cual es desde el siglo XII hasta el siglo de Carlos V la más o menos frecuente convocatoria de las Cortes del reino en estas o en las otras regiones, en estas o en las otras comarcas, en tales o cuales ciudades o villas. Se llamaba a Cortes a los prelados y magnates del reino, a los abades de algunos monasterios, a los ricos homes, con las mayores dignidades de las Ordenes militares, y a los procuradores de las ciudades y villas de voto en cortes: desde luego de las ciudades capitales de cada uno de los llamados reinos (aunque eran partes indivisibles de la monarquía única..., Córdoba, Jaén, Murcia, Galicia, etc.), y además los procuradores de bastantes

ciudades y villas de los más estrictamente llamados reinos de Castilla y León. Madrid era una de estas villas secundarias de voto en cortes.

Pero la elección del lugar de la convocatoria de las Cortes, libérrima en el monarca, según derecho, se tenía que acomodar a las ventajas políticas especiales o accidentales, claro que procurando como una de ellas la relativa situación central del lugar elegido.

Una lista de las poblaciones que vieron reunir las Cortes es cosa bien fácil de consultar. Pero entiendo que debe interpretarse topográfica y geográficamente por el valor significativo de la asignación, marcándose como el péndulo con sus vaivenes, y con una tendencia de mayor o menor estabilidad, exponente al fin y al cabo, los números de un escrutinio, de las tendencias definitorias que no hubiera en nuestra Edad Media para elegir una verdadera capital en los estados de Castilla y León.

Un escrutinio puramente numérico, elementalmente ordenado, ya dice mucho para nuestro caso; que hasta Carlos V se reunieron siete veces en Madrid las Cortes de Castilla y León, en un total de ciento setenta y cuatro designaciones de ciudad o villa para reunir las Cortes. Las primeras Cortes de Madrid fueron en 1301, y cuarenta y siete poblaciones habían visto la reunión de Cortes en su seno antes de aquella fecha. Fernando IV designó una vez Madrid entre diez y seis designaciones de localidad; Alfonso XI, una entre veinticinco; Enrique III, dos entre once, y Juan II, dos entre treinta y siete. La proporción es algo mayor bajo Carlos V, con tres designaciones de Madrid para las Cortes en una suma de diez y seis. Las primeras Cortes de Felipe II fueron en Toledo. Las diez restantes de Felipe II ya fueron en Madrid, como cinco de seis convocadas por Felipe III, y las ocho convocadas por Felipe IV; viéndose con esta estadística cómo Felipe II es quien establece la capitalidad en Madrid.

No adelantando todavía el momento de su estudio, aún conviene decir que antes de Carlos V no se reunieron nunca las Cortes en Galicia, ni en Murcia, ni en Jaén, ni en Asturias, ni en Granada, ni en Extremadura, y sí todas en Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y León, y algunas en Sevilla y Córdoba. Véase, como tendencia a la capitalidad, el escrutinio siguiente: Treinta y ocho veces se reunieron, antes de Felipe II, en Valladolid, veintiséis en Burgos, diez y siete en Madrid, diez y seis en Toledo, diez en Sevilla, diez en Segovia, nueve en Medina del Campo, siete en León, seis en Zamora, seis en Toro, cinco en Palencia, cuatro en Carrión, tres en Avila y tres en Ocaña. Dos en cada una de las poblaciones siguientes: Sahagún, Alcalá de Henares, Soria, Guadalajara, Madrigal y Salamanca. Una sola vez en Benavente, Jerez, Almagro, Haro, Cuéllar, Palazuelos, Erena, Bubierca, Briesca, Tordesillas, Palenzuela, Bonilla, Olmedo, Córdoba, Santa María de Nieva, Santiago y La Coruña — las dos últimas, únicas en Galicia, tan excéntricas, por capricho que tan caro le costó al todavía inexperto Carlos V. — Sumando geográficamente, vemos que se reunieron dos veces en Galicia, doce veces en Andalucía, veinticuatro veces en las tres provincias del reino de León, cuarenta y una veces en Castilla la Nueva y ciento nueve veces, el

máximo, en Castilla la Vieja (muchas de estas en las provincias semileonesas semicastellanas de Valladolid y Palencia). Suman ciento noventa en total las localizaciones de las Cortes desde el año 1188, que son las primeras: por asistencia del estado llano (no antes a los concilios), hasta la abdicación de Carlos V.

* * *

En un procedimiento basado en escrutinios también, igualmente engorroso, podemos encontrar todavía otros datos, o mejor cifras, que valgan como exponentes de la mayor o menor asistencia en Madrid de la corte del rey. Los sacaremos de lo que podríamos llamar a la moderna el registro civil de la familia real.

El primer rey que muere en Madrid fué Enrique IV, en 1474, y el segundo, Felipe III, ya en 1623; después, casi todos.

La primera reina que muere en Madrid fué doña Juana la Beltraneja (la madre de la Beltraneja), esposa de Enrique IV, fallecida en 1475; la segunda y tercera ya fueron la tercera esposa de Felipe II, 1568, y la primera de Felipe IV, 1644. De infantes (mucho mayor su número que los reyes y las reinas) sólo murieron en Madrid un D. Fernando, heredero de Alfonso VIII, año 1211, y un D. Felipe, hijo de Fernando IV, en el siglo XIV, y D. Carlos, de trágica recordación, el menguado y desdichado príncipe, hijo de Felipe II, dejado morir en 1568, etc.

Nacieron en Madrid, hijos de reyes, sólo doña Juana la Beltraneja, la presunta hija de Enrique IV, en el siglo XV; ninguno de los hijos de Isabel la Católica ni de Juana la Loca; sí las dos hijas, doña María, emperatriz, y doña Juana, princesa de Portugal, de Carlos V. Y después la mayor parte de los hijos de Felipe II, sobre todo de su cuarto matrimonio, uno de los de Felipe III y los doce hijos de Felipe IV, como diez de los once de Felipe V.

En cuanto a bodas reales, la cosa es mucho más curiosa. Únicamente en la Edad Media se celebra en Madrid la confirmación de las antes celebradas bodas reales de Enrique III y doña Catalina de Lancaster, importantes porque el matrimonio había sido nulo por la impubertad del rey cuando el primer sacramento. Pero después no vuelve a ver Madrid unas bodas reales, sacramento ni solemnidad alguna, hasta, no el siglo XV, ni XVI, ni XVII, ni XVIII, sino en el siglo XIX por primera vez, con las segundas, y después las terceras y cuartas nupcias de Fernando VII. La extrañeza de esta tardía serie madrileña de nupcias regias es explicable apenas, pero siempre sorprendente. Carlos V se casó en Sevilla; Felipe II en Salamanca, en Winchester, en Guadalajara y en Segovia; Felipe III en Valencia; Felipe IV junto a Burgos y en Navalcarnero; Carlos II en Quintanilla y en Valladolid; Felipe V en Figueras y en Guadalajara; Carlos III en Portella (Italia); Luis I y Fernando VI, que se casaron todavía príncipes, en Lerma y en Badajoz, respectivamente.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Carlos IV, que se casó en Madrid siendo todavía príncipe, no era rey tampoco, por tanto.

Que Fernando VII, anteayer como quien dice, haya sido el primer rey que se casara en Madrid, tiene dos explicaciones, según los tiempos. Antes de Felipe II fué ello por la poca asistencia de la corte en Madrid. Desde Felipe II, por una prudentísima decisión de evitar conflictos de etiqueta y acrecentamiento fabuloso de los gastos de los festejos, casándose los reyes casi como de incógnito en cualquier villa o lugar de Castilla, reduciendo, eso sí, a solemnísima solemnidad la entrada en Madrid, al cabo de días, semanas o meses, de la reina nueva, que por cierto no era acompañada de su ya bien conocido esposo, sino por él esperada en el mismo palacio o alcázar de Madrid, adonde llegaba la solemnísima cabalgata. Como además nuestros reyes Austrias y Borbones se casaban sin haber visto nunca a sus prometidas, según razones de Estado e informaciones personales, y según retratos de pintores a veces demasiado cortesanos y mentirosos, las bodas lejos les permitían satisfacer su naturalísima curiosidad sin servir demasiado espontáneamente la curiosidad de los más sobre sus propias primeras emociones. ¿No sería algo así también?

* * *

¿Razones para que Madrid fuese corte? D. José María Quadrado, a cuya atención no escapó el problema, apuntó a la idea de lo que llamaremos el caso del tercero en discordia, sabiendo la disputa existente entre Toledo y Burgos.

El caso del tercero en discordia es bastante frecuente en las elecciones corporativas: cónclaves que tras de intentadas elecciones porfiadas, con dos *papables* de grandísimo prestigio, deciden la elección de un tercero antes no pensado; elecciones de presidentes de república (Francia ha ofrecido varios ejemplos), evitando los dos candidatos de mayor fuste, de casi excesiva personalidad política, eligiendo a un buen tercer señor, cuyos méritos corresponden más a la escala negativa que a la positiva, etc., etc. Quadrado apunta a la idea, y en buena parte es exacta, de que al haberse de fijar la corte de asiento, antes deambulante, tropezaban los reyes con la rivalidad en carne viva de las ciudades que se consideraban capital del reino, aunque ciertamente era como un título de carácter moral. sobre todo Toledo, con tantos títulos remotos, frente a Burgos, desde los tiempos condales y en los tiempos reales de Castilla, ostentando hasta en su escudo la letra latina que decía *Caput Castellæ*, cabeza de Castilla. Ocurría en la reunión de las Cortes del Reino, que en la primera ocasión, en la sesión regia, porfiaban terriblemente por hablar en primer lugar y en nombre de todo el Estado llano los procuradores de Burgos y de Toledo...

Conocidísima es la anécdota de Alfonso XI, como de Carlos V, etc., que sentó precedente definitivo y aceptado por todos los reyes sucesores suyos,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

solucionando el conflicto creado por estas rivalidades con la feliz invención de aquella fórmula que, puesta en su boca, entrañaba un inesperado acomodamiento: «Hable primero Burgos, que yo hablo por Toledo», es decir, que los de Burgos se salían con la suya hablando los primeros, pero los de Toledo, la imperial ciudad, se tenían a la vez por primerizos mayormente, pues el propio monarca hablaba antes y hablaba por ellos, por Toledo.

Huyendo, pues, de esas rivalidades, a las que no sería ajena León, cabeza de reino y tanto más antiguo que el de Castilla, es evidente que los reyes demostraron una preferencia que se iba acusando algo alternativamente por dos poblaciones que no eran ciudades, sino villas: Valladolid en Castilla la Vieja y Madrid en Castilla la Nueva.

El favor regio parece que debía ser y fué en verdad más agradecido en estas villas, por lo mismo que no eran altaneras ciudades como Burgos, León, Segovia y Sevilla: es ello cosa de política parecida a aquella otra franca predilección de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II por tener ministros togados y de la segunda nobleza, evitando para tales cargos a los ricos homes y grandes de España, lo contrario por cierto de lo que vendrán a hacer los monarcas sucesores suyos del siglo XVII

* * *

Esto de ser aún hoy día Madrid, al menos según lo cree equivocadamente todo el mundo, no ciudad, sino villa, merece una explicación, como entre paréntesis, sobre qué sea eso de ser villa la corte de las Españas.

Dos palabras. Villa, legalmente, con palabra más modesta que la de ciudad, no significaba menor autonomía municipal dentro del señorío regio o del señorío feudal, y casi era diferencia de puro honor (el uso de cuatro en vez de dos maceros, por ejemplo; y dos más las cabeceras de los antiguos reinos). En realidad la mayor trascendencia la ofrecía y la ofrece siempre el Derecho canónico y el Derecho civil eclesiástico o para la iglesia, que no consentían el establecimiento de cátedra episcopal, el asiento de una diócesis en pueblos villas, sino precisamente en ciudades. Por eso fué por lo que Valladolid, cuando Felipe II creó la diócesis episcopal (arzobispal desde el siglo XIX solamente), tuvo que ser previamente reconocida como ciudad, y con la satisfacción consiguiente al ver que con las antiguas cuantiosísimas rentas del abad de Valladolid o presidente de su rica Colegiata, había obispo también de Valladolid, creándosele diócesis, no por cierto extensa, con comarcas cercenadas a la jurisdicción de los obispados vecinos, en perjuicio del de Palencia sobre todo. Razones y hechos que demuestran, con la igualdad del Derecho y la fundamental identidad de los hechos, que Madrid ha tenido que dejar de ser villa e implícitamente ser tenida como verdadera ciudad cuando por Alfonso XII y León XIII, cumplimentándose el concordato de Pío IX e Isabel II, se creó la nueva diócesis episcopal de Madrid, cercenando para ello toda su provincia (y

ni más ni menos) de aquella enormidad de territorio que fuera históricamente la diócesis de Toledo, aún hoy extendida por las provincias de Guadalajara, Jaén, etc. Pasa acaso de la medida de la altiva modestia, que a veces los pueblos como los hombres se consienten, eso de seguirse llamando solamente villa la vieja villa y corte de Madrid (Bilbao también la secunda en eso), es decir, toda una gran urbe, al rozar ya del millón de sus habitantes, con todas las naturales pretensiones de urbanidad magna y de urbanismo magnificante y justificadamente pretencioso. ¡La ciudad del Metropolitano! Yo me atrevería a proponer a la consideración de ustedes la idea de que, manteniendo el tan acostumbrado y caro nombre de villa a la villa y corte que se encerraba dentro de la serie de las rondas desde Felipe II a Isabel II, hablárase ya para todo el conjunto metropolitano, para todos sus grandes ensanches, barriadas, ampliaciones y suburbios, el verdadero nombre de ciudad que legalmente se le ha discernido, dígase o no se diga, al crearse el obispado de Madrid-Alcalá en 1887... Recordaré al caso que en Londres no es la City sino sólo el núcleo tan pequeño ya (apenas habitado de 70.000 habitantes, aunque plenamente invadido de millones de ellos todos los días), del gran núcleo de la más grande ciudad del mundo, y que París en la misma Edad Media también distinguía la Cité de la Ville y de la Université, islas y derecha e izquierda del río Sena.

Y basta de digresión.

* * *

Los datos citados de las Cortes del Reino y los mentados de los nacimientos de infantes y de príncipes nos declaran alguna tendencia que se acentuaba en favor de Madrid por parte de los reyes Enrique IV, los Reyes Católicos, los cardenales regentes Adriano y Cisneros y Carlos V, pero que el suceso trascendental, en buena parte inesperado y sin bastantes precedentes, del establecimiento de la corte en Madrid corresponde a uno de los primeros años del reinado personal de Felipe II, que sabido es que en los cuatro primeros años de rey había vivido en los Países Bajos, regentando en su nombre la monarquía española su hermana doña Juana.

Isabel la Católica apreciaba a los madrileños, con haber hallado en la villa durante la guerra civil, al principio de su reinado, si leales partidarios, también enemigos; y de ella es una frase conocida, sumamente significativa, aunque en parte fuera relativamente lisonjera, que nos pinta el acrecentamiento merecido del afecto de los monarcas por los ciudadanos y el pueblo de Madrid (9).

Carlos V mostró alguna predilección por Madrid, de que participaría la emperatriz Isabel, su esposa: parece que por haber curado ésta en Madrid de unas fiebres palúdicas, unas cuartanas, contraídas en otra parte, creo recordar que en Toledo. En la primera mitad del reinado, siempre esencialmente andariego y trashumante del emperador-rey, en Madrid se recibe desde Italia prisionero a Francisco I, con resolución o señalamiento de residencia, que tuvo

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

que ser meditadísima de su rival y nuestro monarca; en Madrid nacieron las dos hijas de los emperadores (Felipe II, el hijo a quien tanto había de deber Madrid, había nacido en cambio antes en Valladolid): la fundadora generosísima de las Descalzas Reales y la no menos generosísima dotadora y en puridad fundadora del Colegio Imperial, hoy catedral e Instituto de San Isidro y la Escuela de Arquitectura (y hoy a la vez cinco o seis millones de pesetas de capital fundacional además, que aún andan regateándose en pleito el Estado, la mitra y aun los jesuitas) (10).

Para Felipe II, que tuvo en Toledo la residencia poco antes, en el traslado a Madrid no dejó de contribuir otro motivo de salud recobrada aquí, la de la reina doña Isabel de Valois, de unas viruelas.

La conducta, no precisamente comunera, sino en gran parte anticomunera y realista de la villa de Madrid (por lo menos de sus linajes más principales), en la gravísima crisis política de las Comunidades de Castilla, al principio del reinado personal de Carlos V, y en evidente contraste con la actitud fieramente castellanizante, municipalista y liberal de ciudades como la Toledo de Padilla, la Segovia de Juan Bravo, la Salamanca de Maldonado, y Burgos y Valladolid y Medina del Campo, etc., etc., debieron de ser parte para el afecto de los primeros monarcas de la casa de Austria y para la prudencia con que se acentuara disimuladamente una mayor esquivez respecto de Toledo, además centro urbano demasiado eclesiástico, y también para Burgos, además demasiado lleno del prestigio de la primera casa de la nobleza altiva (la de los condestables de Castilla), y respecto de Segovia, tan importante por su industria lanera, y respecto de otras ciudades de casi igual manifiesta o sospechada altanería.

* * *

Con tales precedentes que ahora consideramos, pero que en realidad no se ven bastante advertidos por los testimonios históricos anteriores y coetáneos al traslado, todavía debe declararse que éste fué todo lo contrario de comentado y todo lo contrario de presumido por los coetáneos como algo tan definitivo como lo que llegó a ser luego y en el transcurso de los siglos. No hay literatura sobre el suceso, ¡cosa rara!, bien a diferencia de la mucha, amplia, prosa y verso, con que cuarenta años después se acompañó en el siglo XVII el nuevo traslado, al fin efímero, de la corte de Felipe III a Valladolid, y a los cinco años el nuevo traslado de retroceso de la corte a Madrid. Solamente conozco un testimonio histórico: en dos palabras de un Tiépolo a la república de Venecia, la prudentísima potencia que, como es sabido, siempre y más aún en aquel siglo y en aquella corte tenía agentes diplomáticos de máxima sagacidad e informes diplomáticos sistemáticos, casi siempre exactísimos y clarividentes. Sólo por el testimonio de Tiépolo sabemos que no gustó en general, que no satisfizo a los más el traslado de la corte a Madrid al decidirla Felipe II.

Por cierto que este traslado se reducía, sobre el viaje de la familia real

(como uno de tantos, tan frecuentes en aquellos siglos), a una cosa casi simbólica: el transporte de los sellos, ni más ni menos que como precisamente en estos días se ha visto por la prensa, que cuando se forma un nuevo gobierno en Inglaterra, en este caso el gobierno laborista, toda la solemnidad se ha reducido a que, concurriendo a Windsor desde Londres todos los ministros, a la accidental residencia de su graciosa majestad enferma, recibieran éstos de manos del monarca los sellos previamente devueltos al mismo rey por los ministros unionistas dimisionarios. Es que en la Edad Media (y en Inglaterra se mantienen tales tradiciones) el sello para la autenticidad de todos los documentos era lo principal, por lo que el guardador del sello había de ser la persona de la máxima confianza y lealtad garantida, poderosa e independiente; aún en Inglaterra hoy, como en Italia también, hay especiales ministros guardasellos: del sello grande y del sello privado o sello de la puridad, como se decía en Castilla. En ésta era canciller de Castilla, y aún se titula así, el arzobispo de Toledo; en la Alemania del Sacro Imperio lo era el arzobispo de Maguncia, y para el Pontificado el arzobispo de Colonia, y en Roma misma, pero como simple vicescanciller, uno de los cardenales de más campanillas y emolumentos.

Los sellos que de Toledo se trasladaron a Madrid en 1561, en realidad la solemnidad única de un nuevo asiento de la corte de Madrid, que había de hacerse tan definitivo, eran los sellos de la política y de la administración, más bien que de la justicia; pues sabido es que cuando los Reyes Católicos establecieron un asiento del Tribunal regio de la Justicia (antes administrada siempre a la vera de los monarcas, donde ellos estuvieran y desde que los reyes dejaban de administrarla personalmente, según las costumbres germánicas debajo de un árbol), D. Fernando y doña Isabel localizaron por primera vez la Cancillería de Justicia, llamada Chancillería, en Ciudad Real, pero trasladándola muy pronto a Valladolid, donde ya permaneció siempre, aunque partiéndola muy luego con Granada, donde establecieron la segunda Chancillería de la gran corona, que no tuvo sino esas dos. Por lo que en realidad podríamos decir que bajo los Felipes la gran corona de Castilla tenía las instituciones de capitalidad repartidas entre Madrid, Valladolid y Granada, y todavía también Sevilla: Sevilla, asiento de la Casa de contratación, por todo lo que respecta al comercio y a buena parte de la administración de las Indias y de sus armadas.

* * *

Dicen los historiadores de Madrid, y dicen bien, que no se ha hallado nunca la real cédula de traslado de la corte a esta Villa, y que por eso se ignoran las razones que tuvo para ello el rey Felipe II. Seguramente que el monarca las hizo callar por sistema, precisamente por obviar resistencias o protestas, o acaso por no tener idea bastante definida ni menos definitiva sobre tan importante localización de la capital de Castilla, entonces además

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

capital política y militar del mundo, pues tal era de imperial el poder de la monarquía española en ambos mundos y tal era la hegemonía, del todo secundada por los Austrias del imperio, de la política del rey prudente.

Quien conozca a Felipe II bien sabe lo invariablemente cauto de su conducta, lo reservado de sus más importantes pensamientos y a la vez su tendencia al aplazamiento y su poca definición en la mayor parte de los problemas que se le iban ofreciendo; pero quien haya tenido alguna ocasión de ver las fuentes más auténticas, las documentales, para la historia de su reinado, tiene que saber además que no ha habido nunca en la tierra un monarca que para la marcha de los negocios leyera más papeles y escribiera más notas detalladas, más apostillas, más observaciones, propusiera más dudas por escrito, formulara más preguntas y con todo ello expresara sus preocupaciones de gobierno, escribiendo, escribiendo siempre, no digo más que el Tostado, sino muchísimo más que el Tostado. Eso sí, con mala letra, palabras apretadas, abreviaturas, líneas torcidas, aprovechamiento de todo blanco del papel, del memorial o del dictamen de los ministros, y hasta cruzando las rayas como en las cartas de los novios románticos. Y con todos estos hechos resulta maravilloso, mucho más maravilloso todavía, el absoluto silencio del pensamiento y de la preocupación de Felipe II ante un suceso que había de tener la trascendencia enorme de fijar una capital a Castilla, que nunca había tenido, y la de establecer con ello la capital de todas las Españas y de sus lejanas Indias y de sus Estados de Europa, constituyéndola *ipso facto* en el centro del mundo.

Todavía es más de maravillar el absoluto silencio si se le compara con los datos, que tenemos bastantes, para saber cómo Felipe II, decidido a la fundación del gran monasterio de San Lorenzo (cumplimentando la voluntad de su padre, para sepulcros, y el voto suyo personal en recuerdo de la batalla de San Quintín, y a la vez el ansia suya, todavía más personal, de crear una inmensa biblioteca e institución cultural para las ciencias escriturarias), no localizó en El Escorial, en las faldas de Abantos y sobre el pueblecillo ahora llamado de El Escorial de Abajo, su magnífica creación, sin preceder comisiones a personas doctas y prudentes que previamente recorrieron, buscando sitio adecuado, muchos y variados lugares en distintas provincias de Castilla, examinando cuidadosamente todas las ventajas e inconvenientes, y no creyendo Felipe II poderse resolver en definitiva sinó después de múltiples visitas con su personal asistencia. Tanto conocido cuidado para la localización del monasterio no dejaba de tener otro precedente en el cuidado que sabemos que hubo para facilitarle a Carlos V la elección de lugar para su retiro, también con múltiples informes y viajes previos de estudio, antes de que en lista de tres, en terna diríamos, decidiera el propio desengañado emperador la Vera de Plasencia y el monasterio de Yuste para su cenobítico retiro.

Ha de llegarse con estas sorprendentes contradicciones, —de una información tan cumplida como la de Felipe II antes de localizar El Escorial, y de una información tan nula, tan negativa, como la de Felipe II antes de localizar la capital, —a esta conclusión, convicción mía, pero muy absoluta y muy poco halagüeña para el amor propio madrileñista, que enunciaré con estas terribles

palabras: la elección de Madrid para capital no fué una elección propiamente dicha, sino tan sólo la consecuencia, acaso pensada como temporal, y en definitiva firme y perenne, de la elección de El Escorial para solar del monasterio de San Lorenzo, la octava maravilla del mundo.

Es que era ya bien habitable el antiguo alcázar de Madrid, gracias a las obras que para Carlos V le adelantara Felipe II cuando era todavía príncipe y gobernador de la monarquía, ausente el padre. Y desde el alcázar, no sólo se tenía cerca, sino a la vista la obra del Escorial.

No es la primera ni la segunda, ni acaso la tercera vez que yo evoco la torre dorada del alcázar de Madrid, construída para sí por Felipe II al ángulo Suroeste, donde ahora la que podemos llamar torre de las piezas de Gasparini en el palacio nuevo. Era más culminante y se cubría con las que ahora nos parecen tan madrileñas cubiertas de pizarra y plomo, las que nuevas en Castilla, nos las trajo precisamente Felipe II con su primero y último viaje de rey a España. Tenía muchos pisos: semisubterráneo el de las bóvedas llamadas del Tiziano, con salida a jardín de flores recogido y reservado, y en donde el joven y todavía apuesto monarca conservaba las maravillosas desnudeces de los cuadros de Tiziano, que él en persona había tenido empeño en que se pintaran para él. En uno de los pisos, en el principal, estaba su habitación de dormir, tan sana y ventilada que en reinados sucesivos fué la habitación siempre indicada para el trance del parto de la reina, nacimiento de los herederos y de los infantes. En otros pisos, cada vez más altos, la admirable, selectísima biblioteca personal y el gabinete de las curiosidades científicas, los aparatos de Física y objetos de Historia Natural. Y en lo más alto de la torre dorada, con anteojos de larga vista potentes, aquel lugar en que Felipe II, adelantándose seguramente a Velázquez en el amor por el paisaje de la sierra y de El Pardo, en lejanías, clavaba su mirada en la obra visible de El Escorial, que allí, casi hilada por hilada, podía ver crecer, la que le acuciaba para los repetidos y desde Madrid fáciles viajes: montado, en coche o al fin en silla de manos, y con parada corta, de dos jornadas si era preciso, en el parador regio que se mandó hacer en Galapagar, a la mitad de los 50 cortos kilómetros del recorrido.

¡Señoras y señores, si las cacerías de El Pardo fueron la causa de alguna mayor predilección madrileña de los monarcas de la Edad Media, si El Pardo le logró a Madrid estancias regias frecuentes, aún me atrevo a decir ahora que quien la hizo capital, como sin saberlo, fué El Escorial, y que no una real cédula, sino el catalejo de la torre dorada fué la causa de que España tuviera en definitiva por capital a Madrid, la modesta, de entonces coronada villa del oso y del madroño!

* * *

No conocidas las palabras propias y la idea personal de Felipe II, todavía me parece a mí posible llegar a su pensamiento, aunque por palabras extrañas, póstumas o trasañejas, en las cuales presumo que tiene que reconocerse la doctrina del gran maestro de nuestra política, la que fué mantenida por hombres de Estado, directos y legítimos sucesores suyos, y precisamente por aquellos por él mismo educados, cuales fueron los miembros del Consejo de Castilla, la más alta autoridad de la gran monarquía, elegidos por él en parte y mantenidos en el cargo escrupulosamente por Felipe III, su joven y santo sucesor tan lleno de respeto y de adoración para la memoria de su padre.

Entiendo, pues, yo, que la para nosotros extraña idea que se formara Felipe II de la conveniencia de un determinado lugar para residencia de la monarquía la traduce bien el texto de un dictamen del Consejo de Castilla, fecha de 1 de febrero de 1619 (veintiún años después de la muerte de Felipe II y en vida de Felipe III), por cierto una de las más notables, meditadas y siempre comentadas consultas del dicho Consejo, que era en absoluto la más alta institución de gobierno de toda la vasta monarquía, algo como lo equivalente en cuanto eficiencia y a la vez a las modernas Cortes y Gobierno y Justicia, pero relativamente poco numerosos sus miembros, un par de docenas:

«La (gente) que hay en esta corte es excesiva en número y será conveniente descargarla de mucha parte de ella mandando que la sobrante se retire a sus respectivos hogares. Y en esta diligencia no se ha de empezar por la gente común y vulgar, como se ha hecho hasta ahora; pues sería iniquidad dejar los ricos y poderosos, que son los que han de mantener a los pobres, y echar a éstos donde no tengan que trabajar para la comida. Los que deben salir de la corte son los grandes, los señores, los caballeros y gente de calidad con gran número que hay de viudas ricas y poderosas, y otras que no lo son tanto y han venido a la corte sin legítima causa o la buscaron afectada, como también muchos eclesiásticos que tienen obligación de residir en sus iglesias so color de que tienen pleitos en esta corte y que sus iglesias los envían a la defensa de ellas. Unos y otros se domicilian aquí comprando y edificando casas, con menoscabo de sus patrias, cuyos pobres se mantendrían a la sombra de los ricos si estuvieran en ellas. Pero como éstos no viven allí huyen también los pobres y se refugian a la corte buscando maneras de vivir muy ajenas de las que les competían. Restituídos los señores a sus lugares conocerán a sus vasallos, etc.... A quien tuviere justa causa para venir a la corte en solicitud de negocio preciso se le concederá licencia por el tiempo que pareciere necesario, y concluido éste se restituya a su casa y cuide de sus pobres vasallos. Respecto a los pretendientes no debiera darse licencia a ninguno para venir a la corte, sino darles los premios que según sus méritos les correspondan, y aun buscar para ellos a los que no lo soliciten o los huyan. Estaría la corte sin tanta confusión de forasteros de España y de fuera de ella, etc...»

Hasta aquí el extraordinariamente significativo texto, escrito pocos años después de la muerte del rey que estableció la corte en Madrid. Y ese texto nos declara el pensamiento, casi auténticamente filipino, de que en la corte no deben residir en general los nobles y señores de vasallos, ni tampoco otras

clases sociales; acaso tampoco gustaba el desarrollo de la riqueza y de los recursos económicos en la residencia de la corte. Y hasta los mismos solicitantes de mercedes y los afanosos de entrar o de mantenerse en el servicio del Estado quíerese que vivan lejos de tan imaginaria capital.

* * *

Presumo yo que se confirma la interpretación auténtica respecto del aislamiento de una corte de las urbes vitales y las masas humanas compactas de la monarquía tal cual lo dice el texto comentado, aquella otra serie de hechos, del todo concordantes, pero que se refieren a los «sitios reales».

Como para Madrid en el invierno y lo más en el año, quiso Felipe II el aislamiento para su real sitio de San Lorenzo del Escorial, el de los otoños; para su real sitio (mejor diría maestral sitio y de la Orden de Santiago) de San Fernando de Aranjuez durante la primavera, y para aquellos reales sitios menores, Balsaín, El Pardo, Ateca, para todos los cuales y en absoluto rigió el extraño empeño de hacer desaparecer toda casa particular en los inmediatos alrededores. Ni existió ni se consintió pueblo de El Escorial Alto (ni nada ciudadano o cortesano en El Escorial Bajo tampoco), ni pueblo de Aranjuez hasta el cambio capital en esta política que decretó en el siglo XVIII Fernando VI, y ni en Balsaín, ni en El Pardo, ni en Ateca se consintieron tampoco casas particulares. En Aranjuez llegó a más Felipe II, pues allí se encontró dos pueblos inmediatos al Este y al Oeste de su palacio maestral y real, el de Alpagés y el de Aranzueque, y Felipe II expropió primero y arrasó después todas las casas, y sólo se mantuvieron, y como ermitas, las iglesias antes parroquiales. Cuando los Felipes residían en Aranjuez, salvo los ministros y los palatinos, todos los demás, desde los embajadores de las grandes potencias hasta los buhoneros inclusive, tenían que aposentarse en Ciempozuelos o en Ocaña, y para hacer la corte caminar varias leguas todos los días montados a caballo. Y en El Pardo, los mismos monteros del rey, halconeros suyos y cazadores en general vivían lejos, en Colmenar Viejo.

Creo ver así evidente una aspiración de la corte en lo posible al máximo aislamiento. Es decir, todo lo contrario de lo que supone la Sociología o la sana política para requisito y esencia de la ciudad capital de un grande Estado.

Nótese que en Madrid, cabecera y asiento de la primera potencia naval y militar del mundo entero, no se veía, bajo los Austrias, ni que decir tiene que un solo buque, pero ni tampoco un solo soldado. La corona tenía apenas alguna guardia, casi más de etiqueta que de fuerza, en unos cuantos alabarderos diurnos y nocturnos monteros de Espinosa, todavía hoy los últimos los guardianes fieles del sueño del monarca. Unos cuantos alguacilillos, iguales que esos que ahora reciben las llaves en las plazas de toros, eran la única fuerza ciudadana y nacional, paréceme que desmedrada y algún tanto cuanto

cobarde, de que disponían las autoridades de Madrid. Y nada más. Nada de guarnición, que sólo comenzó a iniciarse, y con la guardia chamberga, bajo Carlos II, ante las amenazas de disensión civil y no nacido el peligro del pueblo, sino del bastardo del rey muerto, D. Juan de Austria (el II). El Madrid de los Austrias, cuyos Tercios tan poderosos eran en Flandes como en Italia, a veces en Alemania y en Francia, etc., no tuvo un solo cuartel: el primero fué ya bajo Felipe V, siglo XVIII, año 1720, el de los guardias de Corps, el subsistente hoy cuartel del Conde Duque. Y el segundo, cuartel también para los guardias regios, la guardia valona, fué de Fernando VI, por donde después estuvo el teatro y el pasaje de la Alhambra. Si se veían verdaderos soldados en Madrid, eran pobres veteranos, lisiados e inválidos de lejanas guerras, que arrastraban sus andrajos y su honrada espada al cinto y que mendigaban, en compensación de su heroísmo, un destinejo, cual el de recaudador de ciertas contribuciones, que logró al fin, y con trastienda de una cárcel, un cierto soldado manco en la batalla de Lepanto, llamado Miguel de Cervantes, que precisamente en Madrid había hecho sus estudios, en el estudio de la villa, y en él se habían publicado los partos más juveniles de su pluma.

* * *

No me atrevería a dar como absolutamente firme que la idea o el sentimiento de Felipe II, amigo del aislamiento, fuera la clave definitiva para interpretar sus dudosas intenciones. Tengo por seguro en cambio que Felipe II no pensó en Madrid para corte definitiva, y que desde luego no lo dijo a nadie. A haberlo dicho, a saberse, aun a saberse en el máximo secreto, una decisión suya tal había de ser tenida por trascendental para Felipe III, joven bueno, buenísimo, casi un santo, un santico al menos, cuya virtud más evidente era, sin embargo, un respeto y piadosa veneración por la memoria de su padre, a la que profesaba verdadero culto. Si Felipe III aceptó la traslación de la corte a Valladolid que le propuso y le sugestionó su ministro favorito y por ello omnipotente, el duque de Lerma, es (para mí axiomático) porque Felipe III no conocía como capítulo del testamento político de su gran padre el asentamiento definitivo en Madrid de la capital de la monarquía; en él, por débil que lo tengamos, aun por abúlico, no cabe siquiera sospechar una rectificación tan paladina; máxime cuando el traslado fué esta vez porfiada y casi escandalosamente debatido, en pie y en guardia todas las opiniones, todos los afectos y todos los intereses creados, todos los interesados, todos los patriotismos y todos sus abogados o valedores.

No hay ahora tiempo, ni tampoco precisión, de recorrer la curiosa literatura valisoletana y madrileñista que acompañó y siguió al traslado y preparó la revancha de Madrid, villa a quien sirvieron las plumas de más ingenio y los recursos de más eficacia literaria. Es este capítulo muy conocido y muy trillado.

Y no menos conocido y no menos trillado es después el elemento determinante del éxito, que no por ser vergonzoso puede silenciarse y escapar a la resultancia imparcial de la verdad histórica: Madrid recobró la corte,—ya veía en ello su vida y su porvenir,—a fuerza de dinero, a fuerza de cohecho, de cohechos, un poco como mejor postor si duda, o como más avisado gestor de sus propios intereses..., untando todas las ruedas del carro. Hubo larguezas inverosímiles, cuantiosas, para el favorito del rey, duque de Lerma; para el hijo del favorito del rey (después segundo y último favorito del monarca), el duque de Uceda; para el ministro, favorito de Lerma, D. Rodrigo (antes de tener tanto orgullo en la horca): D. Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, y para el favorito de éste, D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga...; todo esto que se sepa documentalmente.

Pero todo ello menos público (de natural) y menos paladino de su naturaleza que el ofrecimiento enorme, loco, temerario, del favor a la corona y como servidumbre en que caía la propiedad urbana de Madrid. Todas las casas de más de un piso quedaban obligadas a hospedar gratuitamente a los servidores del monarca, con 250.000 ducados, pagaderos en diez años. Las tales casas con esta servidumbre, convertida en otra cosa ya perpetua o impuesto que se llamó de aposento, fueron nidos de intrigas, de amoríos y de inmoralidad, por haberse roto el sagrado de los hogares. Hubo que cambiar el derecho de la «regalía de aposento» en todas las casas buenas o medianas de Madrid por una contribución especial, pesada y perpetua que pagaba Madrid, y claro que ninguna otra población de la península, y que subsistió nada menos que hasta el promedio del reinado de Isabel II, es decir, hasta las reformas tributarias generales de D. Alejandro Mon, implantando el sistema francés y aboliendo restos feudales y en Madrid el precio de su capitalidad, el impuesto de aposento.

El cual tuvo la extraña, pero nada sorprendente, consecuencia de pesar todo el siglo XVII y XVIII sobre las ideas y los propósitos de los propietarios y edificadores de las casas de la corte, todos los cuales se decidieron ya como a la fuerza por la más absoluta modestia en la edificación, por casas bajitas, y desde luego de un solo piso, las exentas del impuesto de aposento, las que se llamaron y las que pueden llamarse aún, pues algunas quedan, casas «a malicia», es decir, casas con la segunda intención de que quedaran exentas del gran vejamen madrileño.

Y en consecuencia, la propiedad urbana en Madrid fué excepcionalmente modesta, en realidad sin mansiones dignas la misma grandeza de España y los mismos más encopetados títulos de Castilla, con la sola excepción acaso del palacio del duque de Lerma, que estuvo en la plaza de las Cortes (después de Medinaceli llamado), y el palacio del duque de Uceda en la calle Mayor, hoy llamado, pues subsiste, Palacio de los Consejos; es decir, con la sola excepción de los partícipes en el acuerdo del traslado.

En contraposición al caserío modestamente civil y poco urbano de la nobleza, cada vez más reconcentrada en Madrid, se llenó la villa desde Felipe II —como adivinándole lo perenne de su decisión los frailes— de un número

tan grande e inesperado de conventos y colegios de frailes —y conventos de monjas— que, con ser tan relativamente escasa la población de Madrid al lado de la población de Sevilla, llegó a tener la corte de los Austrias casi tantas casas e iglesias del clero regular como las que tuvo la gran ciudad andaluza, emporio del imperio ultramarino de las Españas; desde luego dejando Madrid atrás en número de conventos aun a Valencia y Zaragoza y las otras ciudades populosas y frailunas de toda la península. Si no con magnificencia de materiales, con indiscutible entusiasmo artístico en las construcciones, lo único magnífico en la villa y corte fué la corona o diadema que le formaban tantos templos y tantos claustros, los que había de henchir luego el pincel de los grandes pintores de la escuela de Madrid, la mayor y más indiscutible de sus glorias conjuntamente con el genio del teatro clásico (mejor dicho: teatro «castizo») que inspiraba a los madrileños Lope, Tirso y Calderón. Si en el siglo XVI, y sobre todo el XVII, se ha dicho, con razón, que España era en el fondo una democracia frailuna, en nada se confirma y resplandece mejor que en su corte la importancia artística de sus conventos, a falta de palacios y aun a falta de una catedral.

La característica mezquindad de las viejas construcciones madrileñas, sobre todo las de carácter particular, llevaron al uso y al abuso de los entramados de madera, que aun hubo ingenio para aplicarlos a las grandes cúpulas de sus conventos. Dicha mezquindad y tanto de imprevisión, acaso acrecentada por la inseguridad del porvenir ciudadano de la capital, fueron causa de una de las mayores talas de montes y destrucción de bosques que conoce la Historia, las que convirtieron los alrededores de la flamante corte (y cada vez más en aquellos siglos) en lugar menos ameno, menos confortable y menos pregonable. Pero la mayor consecuencia de los errores iniciales tuvo que ser, a falta de vitalidades de orden estrictamente económico, el crecimiento demasiado moderado y parsimonioso y tan tardío del número de sus habitantes. Al punto de que llegaron a Isabel II, sin ensancharse, los límites mismos delimitados por las tapias y las puertas que se establecieron a principios del siglo XVII; sin negar que algún poco crecimiento hubo del número de habitantes, algún poco mayor relleno en las edificaciones, sobre todo en el interior de las manzanas de casas: al fin, y a pesar del impuesto de aposento, el obligado aumento del número de las casas de más de un piso alto.

De todas maneras, entrado el siglo XVIII, cuando recién creadas crecían admirablemente capitales del todo nuevas como Berlín y San Petersburgo, seguía siendo gran poblachón la villa y corte de las Españas, y eso que, gracias a la política de neutralidad de Fernando VI y a la mucho mejor administración de los recursos regios en las Indias, construyéronse por los Borbones monumentos tan grandiosos como las Salesas reales, y sobre todo, el gran Palacio nuevo que vino a sustituir a la fuerza al incendiado palacio-castillo o alcázar de los siglos anteriores; pues cosa curiosa es pensar que la capital de España no había tenido un palacio para sus reyes a poderse comparar con aquel que para sus virreyes españoles se edificara en la Nápoles del 1600, y no es caso único.

Se ha pregonado infinitas veces la gratitud que debe Madrid, entre los beneméritos Borbones del siglo XVIII, a Carlos III, que más que nadie se propuso embellecerlo y decorarlo con todo el prestigio arquitectónico de una verdadera capital. No habiéndose de extremar, sin embargo, de tal modo la ponderación del empeño, dada la riqueza de la monarquía española en su tiempo, cuando se recuerda el empeño mayor de otros monarcas de su tiempo, como por ejemplo su propio suegro Augusto III, de su herencia familiar Elector de Sajonia y por elección rey de Polonia (como ya lo había sido su padre), quien, sintiendo bien la idea política o verdaderamente sociológica de la sugestión en las multitudes de la grandiosidad arquitectónica de los monarcas, fué quien creó esa magnificencia de ciudad barroca que todavía es Dresde.

* * *

¿Faltábale a Madrid, la dócil cortesana de los Austrias y Borbones, el sentido de las responsabilidades y de los deberes populares de una verdadera capital?

Probablemente adquiere por primera vez conciencia de sus antes desconocidas e insospechadas obligaciones cuando tan acérrimamente toma partido, en nombre de toda Castilla, en favor de Felipe V y enfrente del archiduque en el difícil problema español y europeo de la guerra de Sucesión de España: cuando Madrid se jugó a una carta el porvenir de su propia capitalidad; pues seguramente si los sucesos definitivos hubieran sido adversos, el primer Carlos III, el archiduque, hubiera buscado otro asiento de menos impopularidad para él para la definitiva capitalidad en España, fuera o no fuera un acierto el cambio que ahora nos pongamos adivinar. Tras las victorias de Almansa y de Villaviciosa, por el contrario, habíase de vincular en Madrid, para Felipe V la heroicamente fiel, el amor de los Borbones y quedar indiscutible así su porvenir de capitalidad bajo el antiguo régimen.

Los grandes títulos morales, el alma histórica, el suceso eternamente sugestionador para una vinculación popularmente nacional, no lo ganó (recuérdese apenas el motín popular de Esquilache, al fin un episodio) sino en el 2 de mayo de 1808, el día de la generosa, temeraria y magnífica decisión popular, vindicando Madrid casi locamente la dignidad del poder público nacional y el sentir adivinado del pueblo entero por todos los ámbitos de la patria. El día 2 de mayo de 1808, solo el pueblo de Madrid (manolos y chisperos), hombres, mujeres y muchachos, y un solo pelotón de heroicos militares, desafiando el poder más grande que se hubiera constituido en Europa en los siglos de la Edad Moderna: el día 2 de mayo de 1808 para la historia de Madrid no es sólo una página heroica, sino en definitiva y moralmente la solucionadora del problema nacional de la capitalidad; aquella que en cien años se conmemoró como fiesta nacional, y que desnuda ya de todo reproche a la nación vecina, debe ser constantemente considerada como el timbre excelso y la real cédula

verdadera del título de verdadera capital de España en la modesta «villa y corte de Madrid» (11).

Después del grito madrileño del 2 de mayo y de la guerra toda de la Independencia, es en el siglo XIX, en el de las constantes disensiones civiles y la apelación a las armas frecuente y virtualmente permanente para la resolución del pleito constante de los partidos políticos, es Madrid para todos ellos, potentes o impotentes, la meta, y es la capital virtualmente reconocida por todos.

Ya en la misma guerra de la Independencia, como aún antes en la guerra de Sucesión (y cualesquiera que fuera la recóndita idea del archiduque sobre capitalidad), el llegar a Madrid, el tener Madrid, el asentarse en Madrid, tenía, aunque meramente simbólica acaso, fuerza de prestigio, de sugestión, para casi todo el resto de la península, que implicaba el tácito reconocimiento de la asentada realeza de la villa y corte, con no ser todavía verdadera urbe de verdadera importancia social y económica. Pero en los sucesos del siglo XIX ese carácter de intangibilidad es más explícito, con ser callado en las palabras, pero bien manifiesto en los hechos.

Como en Francia las revoluciones con sus barricadas son absolutamente las decisivas cuando, en París triunfan, y así, avanzado el siglo XIX, en París se fragua y desarrolla la revolución de julio, o la de febrero, con la creación de la monarquía de julio en 1830, y el triunfo de la segunda república de febrero de 1848, recibándose en los departamentos como naturalmente la orden del día de París y de sus barricadas, no de otro modo se presume en España que en Madrid está la clave de los sucesos políticos en nuestro siglo de las barricadas, y si se quiere más concretamente en la Puerta del Sol, frente al «Principal», como se llamaba, por su cuerpo de guardia, al edificio del Ministerio de la Gobernación. En Torrejón (1843), en Vicálvaro (1854), en el Puente de Alcolea (1868), las mismas acciones decisivas de las revoluciones españolas no fueron geográficamente sino desplazamientos del problema militar o cívico-militar en cuya estrategia se suponía siempre la consecuencia de dominar en el acto, con la ayuda de paisanaje y de guarnición, en el mismo Madrid: en la misma Puerta del Sol.

Creada así y asentada en la nación entera, y ya como axiomática (y cualesquiera que fueran sus meditados efectos) la capitalidad peninsular en la villa y corte de los Austrias y de los Borbones, el acrecentamiento de importancia que la intensificación de la vida del Estado moderno había de traer por consecuencia, con unas extraordinariamente mayores centralización y estativificación administrativas, y con la constante celebración y trascendencia casi cotidiana de la vida de las Cortes, quedaba pendiente un problema ciudadano terriblemente decisivo.

* * *

Para escasas personas perfectamente avisadas se iba a plantear, por la sola realidad, un acaso difícilísimo problema, del cual, aunque inadvertidamente por todos, había de pender en definitiva la subsistencia, junto al modesto río Manzanares, de la verdadera capital de toda España. Me refiero al problema de su bastante abastecimiento de aguas, sin el cual el porvenir era negro, imposibles los ensanches y el camino de la multiplicación del número de los habitantes. El tremendo aunque latente, casi secreto, problema es el que vino a resolverse felicísimamente cuando se vió la posibilidad técnica del abastecimiento con las aguas de la sierra, las del Lozoya por de pronto.

Nadie puede dudar de que el Madrid de principios del siglo xix, antes de todo acrecentamiento de su importancia urbana, agotaba lastimosamente todas las posibilidades de agua, mezquinamente administrada por fuerza, con toda su triste secuela de suciedad, sequedad, imposibilidad de parques y jardines, huertos, etc., etc.

Precisamente una de las mayores ventajas de la villa de Madrid para atraer a sí la corte había sido la abundancia de sus fuentes, y aun la proximidad de sus aguas subterráneas, sobre la excelente calidad de casi todas ellas.

Está Madrid situado en el punto extremo del manto de terrazo arenoso que de la sierra granítica arrastraron las aguas diluviales en período geológico anterior, pero último, antes del nuestro. Por consecuencia, es el extremo Sur (como Carabanchel y como Villaviciosa de Odón, algo más al Oeste) de las aguas buenas, de las aguas sanas, de las aguas dulces; inmediatamente más al Sur, y por todo el resto de Castilla la Nueva, ya todas las aguas son gordas, bastante menos que buenas; primero, algo calizas (potables en corta cantidad); después, peores, yesosas, y aún paran en acentuarse cada vez más al Sur sus malas condiciones con las aguas escasa o francamente salitrosas en la plena Mancha. La misma situación geográfica y por las mismas razones geológicas dieron a Madrid además una abundancia muy singular de manantiales, incluso ya los primeros de agua gorda, que a veces, por cierto, brotaban casi al lado de las últimas fuentes de agua dulce; la gorda del Espíritu Santo, por ejemplo, en la Fuente del Berro, de las dulces mejores; las gordas, las aprovechadas de antiguo en el riego de las arboledas del Retiro, Prado, etcétera. Los antiguos viajes o conducciones de agua, de constante cuidado y de constante aterramiento en sus conducciones, y el agua subterránea, pero somera, de bastantes buenos pozos, justificando la situación de una villa importante, que sin aguas mal puede vivir, llegaron a ser causa de aquella frase fanfarrona, secularmente aprovechada, y hasta por el madrileño Ruy González de Clavijo en sus conversaciones de embajador, a fines del siglo xiv, con el gran Tamborlan de Persia, de que Madrid, su pueblo, sobre construído de fuego, estaba edificado sobre el agua: —lo del fuego por el cabrilleo de las luces sobre las murallas, reflejándose en la piedra de pedernal— (12):

Madrid la Osaria | Cercada de fuego | Fundada sobre agua | (vulgar);
o | Fui sobre agua edificada | Mis muros de fuego son | Este es mi insignia
y blasón | (López de Hoyos, el maestro de Cervantes) (13).

Pues con todo eso, con todo ese acuoso timbre casi heráldico, el Madrid

corte constitucional de España, se iba muriendo de sed, y definitivamente habría de abdicar su realeza y capitalidad si no llegaban, canalizadas, aguas suficientes para un verdadero desarrollo urbano.

Yo logré en mi curso de Historia de Madrid, en una de sus conferencias, conseguir la emoción de mis oyentes comunicándoles la mía retrospectiva, en realidad la que sintieron por mí en 1840-50 aquellos dos insignes ingenieros, Rafo y Ribera, cuando en las mediciones, toma de alturas desde Madrid para arriba, camino de la sierra, veían, apuradísimos, casi constantemente negativo el problema (años antes suspirado) de la bajada y traída de las aguas del Lozoya. Dos palabras sobre esto:

Para formarse alguna idea de la secreta tremenda tragedia madrileña, que rumiaban los ingenieros Rafo y Ribera, en cuyos cálculos y mediciones latía en definitiva, a mi ver, si habría que trasladar por fuerza la capital de España, o no precisaba trasladarla a otra verdadera gran ciudad, debo recordar a ustedes, aunque por vía de ejemplo, uno históricamente comprobado, y madrileño por cierto.

Uno, que nos demuestra los errores a que tiene que acudir previamente la ciencia, no bastando otras informaciones. Es que el Rey de Castilla Juan II tuvo, por favorecer a Madrid, la magna y para su siglo atrevidísima empresa de desviar el río Jarama para que su confluencia con el río Manzanares, o mejor dicho, la del Manzanares con el Jarama, pues éste es el importante, se avanzara y se realizara como dentro del mismo Madrid: suponía coger las aguas del Jarama en el puente de Viveros (hoy el puente de la carretera de Barcelona, junto al puente de la vía de Zaragoza, poco más allá de la estación de San Fernando) y traer la corriente fácilmente, creían, a entrar en Madrid por Puerta Cerrada, aprovechándose para el cauce final la calle de Segovia, entre las dos mitades del Madrid medieval, y juntándose las aguas allí donde después Felipe II y el arquitecto Herrera construyeron el Puente de Segovia. El hecho del propósito de Juan II repito que es rigurosamente histórico, y claro que muy comentado, elegíacamente, puesto que no se llegó a realizar, por todos los historiadores de Madrid, para los cuales, y para todos, había sido gran lástima que no se hicieran los gastos y las obras, no dudando ninguno de la posibilidad técnica, ya que ella (salta a la vista, diríamos) a la vista estaba, conociendo de vista también la topografía de los alrededores del Noroeste de Madrid. Pues bien: cuando la topografía en el siglo XIX se vino a conocer y comprobar matemáticamente, el problemita resultó con un como movimiento de báscula, ya que el agua del río Jarama en el Puente de los Viveros, a ocho kilómetros de Madrid, ¡está precisamente más baja que el agua del Manzanares en el Puente de Segovia! A haberse construido, maravillosamente, milagrosamente, el canal de Juan II, no hubiera podido bajar por él ni una gota de agua, porque el desnivel hubiera sido en su gran trayecto en sentido contrario... (14).

Los ingenieros Rafo y Ribera hacían sus mediciones apuradamente (ni que decir tiene) en sentido de remontar los trabajos de campo desde Madrid hasta los posibles pantanos de la sierra. Tomaban por base del terrible pro-

blema de las bajadas de agua los pisos principales o segundos de las tres mayores alturas en el viejo Madrid, a saber: plaza de San Ildefonso, calle del Desengaño (donde hoy el rascacielos de Teléfonos) y alto de la calle de Atocha, o de la plaza del Angel, a cuyos caseríos había de servirse el agua desde los depósitos pensados de antes en Chamberí. Las mediciones iban dando una tan difícil bajada en desnivel que temblaban los ingenieros continuamente ante la temida o imaginada depresión considerable que pudieran encontrar; pues estaban al ras de toda posibilidad, en absoluto al ras de los límites de toda posibilidad. Por gran fortuna, una depresión tal (entonces no salvable por los grandes sifones de hoy día) no vino a reconocerse en el largo trayecto de los setenta kilómetros que había de tener de desarrollo el ya muy de antes discurrido o proyectado canal, cuya realización práctica ellos, ellos al fin, por encargo del Gobierno, venían a determinar como posible. Efectivamente, entre el pontón de la Oliva, el primer embalse del canal de Lozoya, inaugurado después en 1857, y el primer depósito del agua de Lozoya en Madrid, en sus setenta y siete kilómetros de trayecto, la pendiente constante no pudo ser sino la muy mínima de dos por diez mil, aparte sólo un acuse mayor siempre ligero del desnivel dentro de las obras de fábrica y en algún otro paso. Pero con una mínima tan extremadamente apurada, con agua que apenas se mueve al caminar, y tan al ras de la posibilidad, la posibilidad se reveló efectiva y positiva a los cálculos de desnivel de los ingenieros Rafo y Ribera, y eso sin aquellos recursos más modernos, entonces no aceptables, de costosos altos acueductos, o de potentísimos sifones de amplísimo calibre y de larga envergadura (15).

En realidad, pues, el problema definitivo de Madrid capital quedaba resuelto, y quedó resuelto, en cuanto a la mera posibilidad, con el canal de Lozoya, el que permitió todo un ensanche en Madrid, una reforma de sus hábitos de higiene, una vida moderna, un arbolado, y en definitiva el paso de la villa a la verdadera ciudad, y con todas sus consecuencias. No hablando por faltar tiempo de cómo se logró desde el primer momento un gran canal, que ahora tiene tan magníficos complementos: gran canal, por cierto, y no el chico que se pensaba, por aquel feliz engaño con que un ingeniero demostró la conveniencia de traer agua, sobre la precisa de abastecimiento, que por canales de riego y los canalillos convirtiera en grandes huertas todos los alrededores de Madrid. Ello no fué así; la huerta de Valencia o de Murcia no se repitió en Madrid, pero el calibre mayor del canal consintió un extraordinario e inesperado acrecentamiento de la población de Madrid, como los otros grandes y ya más confiados esperados acrecentamientos, que son y cada día serán más posibles con los embalses del Villar, Puentes Viejas, la Parra, el Vado, Pozo de los Ramos, etc., que captan o van a captar las aguas purísimas, no sólo de todo el Lozoya, sino del alto Jarama, y aun del más alejado y plenamente guadalajareño río Sorbe.

Todavía no se podía definir en 1898, por ejemplo, cuando España, tras del desastre colonial hizo examen de conciencia, hondamente preocupados sus pensadores de todos los problemas nacionales, si Madrid iba a ser a la moderna la grande, la inmensa ciudad que toda nación vitalmente necesita para su capital. Su centro de viabilidad sí la había constituido, algo más que en el mapa, en nudo de las comunicaciones: primero de las carreteras (cuya después muerta utilidad acaba de resucitar el motor de explosión), y después de los ferrocarriles de España; y en lo segundo, hasta con una centralización excesiva, puesto que apenas había, ni hay aún bastantes, vías férreas perfectas, periféricas, de circuito por las proximidades de las costas y de las fronteras terrestres, predominando en absoluto las vías, y sobre todo los trenes de carácter estrictamente radial, de centro a periferia o viceversa. Pero como el transporte, aun con tales medios, ha de ser carísimo en nuestra accidentada península, puesto que carísimas fueron las obras de sus vías, y carísima es la tracción de sus locomotoras por los enormes desniveles y obligadamente accidentados trazados de todos sus caminos, para el pensador de 1898 aún Madrid presuponía una absoluta inferioridad en el coste de la vida, por fuerza recargado, y por consecuencia la imposibilidad de una verdadera industrialización. Por eso no faltó quien —yo mismo— pensara, dolorido y apenado, que aún era momento de rectificar el mal asiento de la capital de la península, en tan difíciles condiciones de vitabilidad económica asentada.

* * *

Por fortuna, todo ha sido resuelto; todo, por lo menos, va siendo resuelto por la extraordinaria facilidad que los descubrimientos y aplicaciones industriales de la electricidad ofrecen en la vida moderna. Sin tener que traer tanto carbón a Madrid, tantísimos trenes de carbón a Madrid, la fuerza de la hulla blanca, los saltos de agua del Tajo, del Júcar, del Alberche, del Manzanares, del Jarama, etc..., y los hilos de las corrientes trifásicas, han venido a permitir la extraordinaria transformación, definitivamente en grande urbe, de la ciudad, de la vieja villa y corte de Madrid. Con decir que comenzó su industrialización no parece que se dice tanto como se va a poder decir con el tiempo; pues las posibilidades, las grandes posibilidades, son ya evidentes. Pero basta pensar que no con hulla negra, de lejana extracción y carísimo transporte, sino sólo con la hulla blanca, se ha podido discurrir y realizar la gran empresa del Metropolitano, aquella (¡alabados sean sus autores y creadores!) que con posibilidades enormes para los ensanches ha marcado algo así como la coronación imperial definitiva y perenne de aquel Madrid sólo castillo famoso para árabes y reconquistadores, de aquel Madrid sólo apeadero para las cacerías de El Pardo para los reyes deportistas de la Edad Media, y aquel Madrid retiro y atalaya, para ver sus obras de El Escorial, para Felipe II; del Madrid que apenas trataron de embellecer ciudadanamente Lerma y Carlos III,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

de aquel Madrid, en definitiva, grande poblachón, no demasiado grande poblachón, de Castilla, con demasiado aire de provinciano:—aun en los días en que desde su alcázar se gobernaba el mayor imperio del mundo, en el siglo xvii, y en que desde sus corrales brillaba el ingenio de sus dramaturgos del siglo de oro, y en que desde modestos talleres sus inmortales pintores preparaban la gloria más insigne de sus artes, con la escuela pictórica de Madrid, en la que son de non, en Madrid, en España y en el mundo, nombres como el de Velázquez, como el de Goya.

ELÍAS TORMO.

NOTAS

(1) LA PATRIA DE ISABEL LA CATÓLICA:

Es problema absolutamente resuelto, aunque pareciera otra cosa. Todos los testimonios antiguos dan la seguridad de que nació en Madrigal de las Altas Torres, siendo el texto más preciso y más concreto el extraordinariamente autorizado del físico Toledo, en un manuscrito que ya aportó Clemencín, y que se escribió por quien tanto trataba a la reina en su tiempo, aunque después de la muerte de Doña Isabel. El texto (Clemencín, *Elogio*, apéndice primero, página 57 del tomo VI de *Memorias*) dice: «Nascio la Sancta reina Católica doña Isabel, fija del rey Don Juan II e de la reina doña Isabel, su segunda mujer, en Madrigal, jueves XXII de abril, IIII horas e II tercios de hora después de mediodía, anno Dni MCCCCLI. años.»

El día siguiente, el rey su padre, Juan II, comunicó, por lo visto desde Madrid, la noticia a las ciudades principales, como a prelados, magnates, etc. El único texto subsistente de ésta que puede llamarse carta circular es el de la dirigida a la ciudad de Segovia, publicada en el siglo XVII por Colmenares en su *Historia de Segovia*, y hasta en facsímiles en el siglo XIX por Amador de los Ríos y Rada y Delgado en su *Historia de Madrid*. El texto dice así: «Yo el Rey, Embio mucho saludar a vos el Concejo, Alcaldes, Alguacil, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales e homes buenos de la ciudad de Segovia, como aquella que amo e de quien mucho fio. Fago vos saber que por la gracia de nuestro Señor, este jueves próximo pasado la Reina Doña Isabel, mi muy cara e muy amada mujer, encaesció de una Infante. Lo cual vos fago saber porque dedes muchas gracias a Dios, assi por la liberación de la dicha Reina mi mujer, como por el nascimiento de la dicha Infante. Sobre lo qual mandé ir a vos a Juan de Basto, mi Repostero de camas, levador de la presente. Al qual vos mando dedes las albricias, por quanto le yo fize merced dellas. Dada en la villa de Madrid a XXIII días de abril de LI.»

Este texto no dice dónde fué el parto de la reina Doña Isabel de Portugal, aunque se firmara la comunicación desde Madrid; pero el publicar el documento en 1637 en el libro de Colmenares en Segovia, y frente a Madrid por tanto (dada la vieja rivalidad), bastó para que los historiadores posteriores de Madrid (Méndez Silva, Ortiz de Zúñiga, Puente, Pinelo, Alvarez Baena, etc.) dieran a Madrid por patria de la gran Reina Católica, y eso a pesar de que se conocía la patria segura de la Reina Católica en Madrigal por Lucio Marineo Sículo, el humanista de su corte (y entusiasta de Madrid), noticia que repetían los grandes historiadores del siglo XVI y XVII, Garibay, Mariana y Salazar de Mendoza, todos los cuales la dicen nacida en Madrigal.

Es absolutamente convincente el silencio de los primeros historiadores de Madrid, como Gil González Dávila y Quintana, los anteriores a Colmenares, que no ponen a Doña Isabel la Católica en las listas extensas de los hijos de Madrid, aunque en ellas, como en casos tales en otras partes, se peca siempre por carta de más y no por carta de menos en todos los historiadores locales. Ello es prueba

absoluta de la grata sorpresa que el documento de Segovia hubo de ocasionar en Madrid.

La novedad absoluta de la hipótesis madrileña sólo pudo obtener beligerancia ante el argumento de si pudo o no el rey tener en Madrid noticia de un suceso tan granado como el del nacimiento de la primogénita de su segundo matrimonio, ocurrido en Madrigal un día antes. Los madrileñistas quisieron creer que la distancia considerable de 30 leguas que separaba y separa las dos villas no podía salvarse por un correo de gabinete en tan corto tiempo como el de una fecha de diferencia; pero el padre Flórez, nuestro insigne historiador crítico del siglo XVIII, dió la más absoluta prueba de tal posibilidad, diciendo que los capítulos provinciales de su orden Agustiniense, que se reunían con frecuencia en el magno convento de Madrigal para la elección de provincial, enviaban en seguida la noticia por propio, que llegaba siempre a Madrid, a San Felipe el Real, el día siguiente de la fecha de la elección. Y al argumento madrileñista de la menor probabilidad de que el rey Juan II no acudiera a la expectación del parto de su segunda mujer aún primeriza, ofreciéndose tantísimos otros ejemplos de ausencias semejantes en los reyes de Castilla, se puede ofrecer, como uno de tantos, el caso de Juan I, que al parto primero de su primera esposa doña Leonor de Aragón, hija de Pedro IV, no estaba presente, siendo en Cuéllar el trance, y tan trágico por cierto, como que murió en él la reina primeriza, en los veinticuatro años de su edad, sobreviniendo en seguida también la muerte de la recién nacida infantita heredera del reino, también Leonor de nombre. No queda, pues, sombra de duda alguna de que la especie madrileñista del nacimiento en Madrid de Doña Isabel la Católica está desprovista de todo fundamento; pero añadiendo que en este caso, a diferencia de otros, no se trata de una falsificación histórica, sino de un error de origen y de desarrollo perfectamente explicables y explicados, siendo lo único sensible que después del padre Flórez, y después de la posterior publicación por Clemencín de la noticia del físico Toledo, todavía haya habido madrileñistas recalcitrantes y escritores e historiadores (!) que mantengan la menor sombra de duda.

(2) LA CAPRICIOSA LOCALIZACIÓN EN MADRID DE LA «MANTUA CARPETANORUM» DE LA ANTIGÜEDAD:

Se basa en la interpretación de las notas literales de Tolomeo y de los mapas de las ediciones del mismo.

En cuanto a las notas literales, es decir, el señalamiento en cada población de los grados y minutos geográficos de longitud y de latitud, sabido es el inmenso número de errores que se comprueban, aun en las mismas poblaciones de mayor seguridad en su señalamiento, y en ellas y en otras por las diferencias en las copias manuscritas. Sabido es que el geógrafo de la antigüedad (siglo IV) lo que se conoció y se pudo aprovechar en los siglos del Renacimiento, desde el siglo XV, fueron copias manuscritas muy tardías, en su mayor parte de los siglos XIV y XV, a las que se acompañaban mapas. Las investigaciones y estudios practicados, aun en tiempos posteriores, parecían conducir a afirmar que estos mapas eran copia fiel de los dibujados por Hagatomedon en el siglo V. Esa opinión, sostenida por los sabios, se fué difundiendo entre los geógrafos, creyéndose que a su vez Hagatomedon los habría copiado de los originales de Tolomeo. Pero el hallazgo en un monasterio del monte Athos (en el de Vatopedi) de un manuscrito de Tolomeo más antiguo, aunque hecho hacia el año 1200 (o quizás antes), ha venido a demos-

trar que los mapas originales de aquel célebre geógrafo nos siguen siendo desconocidos, y que no pueden tomarse como copias exactas las reconstrucciones hechas en los siglos xiv y xv, ni las de los siglos posteriores, puesto que siendo diferentes en su dibujo y detalle los del monte Athos y los de los restantes manuscritos aún menos antiguos, no se puede afirmar cuáles son los que corresponden a los primeros mapas hechos por Tolomeo, ni hay razón para preferir los primeros a los segundos ni los segundos a los primeros. En el mapa más antiguo, el del monte Athos, Mantua está más al Este considerablemente que Caraca (¿acaso Guadalajara?), y Caraca más al Este considerablemente que *Complutum* (Alcalá de Henares), y *Complutum* más al Este, naturalmente, que *Toletum* (Toledo). Pero ni esto tiene valor, ni menos los mapas y los textos, aún menos antiguos, que se publicaron en los primeros siglos del Renacimiento, en uno de los cuales textos (y no en los otros impresos) se añadió a la *Mantua Carpetanorum* la palabra *visaria*, que los madrileñistas antiguos creyeron errata, leyéndola *ursaria*, y ello bastó (!) para suponer la palabra *ursaria* del Madrid de la antigüedad, por haberla de relacionar con el oso y el madroño del auténtico escudo de Madrid, el de los primeros tiempos en que hubo escudos (siglos xii y xiii). Conste que ningún manuscrito de Ptolomeo, en sus palabras en griego, usa otras letras que las correspondientes a Mantua, sin sombra de *visaria* ninguna. Pero ello bastó para el empeño de afianzar en Madrid la ciudadana hidalguía romana de una Mantua en el país de los carpitanos o carpentanos, a la cual traer las leyendas eruditas, más o menos falsas, de la Mantua italiana en la Galia cisalpina; éste es el origen de las opiniones de Nebrija y Marineo Sículo en los albores madrileños y castellanos del Renacimiento. Y no hay más.

Por razón etimológica, y dada la vaguedad de las cifras manuscritas e impresas de los grados y minutos geográficos por la inseguridad de las copias (Mantua, 11° 40'), se ha pretendido reducir o localizar la por los historiadores la desconocida Mantua y sólo por Tolomeo citada, a Villamanta, a 42 kilómetros de carretera al W. (mejor WSW.) de Madrid, y también a Talamanca, a 48 kilómetros de carretera al N. (mejor NNE.) de Madrid. Ni una ni otra reducciones son seguras; pero al menos bastante más probablemente hipotéticas que la tan negativa de Madrid, ya que Villamanta, aparte lo etimológico (tan franco), tiene un interesante número de lápidas romanas, aunque ninguna tampoco dé la seguridad en la localización, y ya que Talamanca, también aparte del sabor etimológico (ya más dudoso), fué población todavía importante bajo los árabes, muchísimo más importante que el Madrid de aquel tiempo, a juzgar por el número de sus hijos ilustres en los Diccionarios biográficos árabes.

Insegura en definitiva toda localización de la Mantua en el país de los carpitanos; lo ya absolutamente seguro es que todo resto romano de Madrid y de sus alrededores, de lugar de hallazgo conocido, corresponde a la derecha del río Manzanares, entre Meaques y los Carabancheles, y allí no estaba Mantua, sino Miaco, puesto que Miaco, y no Mantua, se cita en los itinerarios de las vías romanas. Las lápidas romanas que hubo en los muros de Madrid se acarrearían, como los demás sillares, de los puntos más o menos próximos, teniéndose que recordar que Meaques, Butarque, Carabanchel..., era todo Tierra y término municipal de Madrid, y que en la Edad Media la villa o ciudad fortificada era en todo país la garantía de vida y de riqueza en las guerras y trastornos para las personas, ganados y aun cosechas de toda la comarca, interesados todos los habitantes del campo en la fortaleza de las fortificaciones.

(3) ANTIGÜEDADES DE HALLAZGOS DEL SIGLO XIX, CORRESPONDIENTES (?) AL MADRID ROMANO:

Depositados en el Museo Arqueológico Nacional fueron algunos restos romanos, que Rotondo aseguraba que procedían del derribo del cubo de la Almudena y de trozos de la muralla. A saber: un hermes, cacharrería romana, algo de parteluz visigótico acaso de ventana geminada, etc. Pero con Rotondo (según particulares informaciones que tomé de los Sres. Mérida y Vives, al caso, el 29 de enero de 1922, cuando yo daba mis conferencias históricas de Madrid) nunca se pudo ni se puede tener seguridad en la información de la procedencia de las antigüedades que él acopiaba, gran defecto que hace tan baldías las cosas suyas, que se incorporaron después en el Museo Municipal. Al efecto me decían los señores Mérida, vivo, y Vives, ya difunto, que, respecto de tales o cuales piezas prehistóricas, él decía ingenua y llanamente que procedían de San Isidro, cosas que positiva y comprobadamente se sabían halladas en Vallecas.

Intenté con persona de su familia saber si tenía él y tuvo o tenía ésta apuntes más concretos y menos inseguros que las informaciones orales del Sr. Rotondo, pero no logré que se me diera idea siquiera de la existencia de tales notas.

El derribo a que se refería Rotondo en el último decenio, o no sé si el penúltimo del siglo xix, es el del cubo y muralla que cualquier lector puede fácilmente ver en el fotograbado de la página 79 de la *Castilla la Nueva* de Quadrado y la Fuente en la edición Cortezo. Claro es que en las construcciones militares de Madrid, a la izquierda del Manzanares, se pudieron aprovechar como cascote y piedras de construcción muchas que procedieran de la derecha del Manzanares, Meaques y los Carabancheles, asiento más indiscutible de las ruinas romanas de los alrededores de Madrid.

Los fragmentos, muy decorados, de capiteles de la colección Rotondo, creídos visigóticos, pueden clasificarse, según el Sr. Gómez Moreno (conversación del 19 de marzo de 1922, y después de volverlos a ver), como árabes de estilo, moriscos en Madrid, claro está: del siglo xii, o acaso posterior pero en arte muy viejo, a lo menos en cuanto a modelo árabe, y que anda cerca de otros detalles de Santa María la Blanca; por tanto, de fines del siglo xii o principios del xiii. Uno de los dos fragmentos, en yeso, es menos característico e importante; pero será de lo mismo.

(4) «MIACUM», IGUAL MEAQUES:

Que *Miacum* es el moderno Meaques lo demuestra, sin sombra alguna de duda, un documento de 1308 y otro de 1297, textos de concreta definición topográfica, y también el Becerro de Beneficios.

(5) LA PALABRA MADRID:

Es desechable del todo la etimología del *mageritum* y la fantasía histórica consiguiente de los historiadores madrileños. Tengo, en cambio, por probable la idea que me dió el ya difunto catedrático Sr. Cejador. Según conversación con el Sr. Cejador (el 19 de marzo de 1922), Madrid viene de *matrix*, en realidad *matriz* en castellano, creyéndose no puede ser sino eso a lo latino, en relación,

según él, con la madre del río, o de varias aguas, o cosa así. Aludía a un Madrid (nombre local) cerca de Oña, donde él vivió cuando era jesuita, y a que hay otro Madrid (nombre de barriada) cerca del pueblo de Berceo (provincia de Logroño), donde precisamente nació Gonzalo de Berceo, nuestro gran poeta del cantar de clerecía, el mismo que por tal razón, aun llamándose de apellido Berceo, se decía nacido en Madrid. Para mí, sin haberlo comprobado bastante en Oña ni en Berceo, en las tres localidades el nombre igual podría explicarse, sobre todo, por las abundancias de las aguas. Pero tengo que recordar aquí que para los arabistas del claustro universitario, los insignes Ribera y Asín, a quienes luego llevé la opinión de Cejador, la palabra latina *matrix* no pudo pasar a ser la palabra árabe *maschrit*, cuando son *maschrities* en todos los textos los hijos árabes de Madrid, a juzgar por los Diccionarios biográficos de la literatura árabe española. (Conversación del 19 de marzo de 1922.)

(6) LA TIERRA DE MADRID:

Sólo una comparación con la extensión de las Comunidades y Tierra de pueblos hoy tan insignificantes como Beleña (Guadalajara), Pedraza o Ayllón (Segovia), puede dar la idea de la modestia de la Tierra de Madrid, nunca comparable con la inmensa Comunidad y Tierra de Segovia.

La Tierra de Madrid comprendía los pueblos siguientes, agrupados en tres sexmos. Sexmo de Vallecas: Vallecas, Vicálvaro, Ambrós, Coslada, Rivas, Vaciamadrid, Velilla, Rejas, Canillas, Canillejas, Hortaleza, Chamartín, Fuencarral, San Sebastián y Fuente el Fresno. Sexmo de Villaverde: Villaverde, Xetafe, Fuenlabrada, Torrejón de la Calzada, Casarrubuelos, Humanejos y Perales. Sexmo de Aravaca: Aravaca, Húmera, Pozuelo de Aravaca, Las Rozas, Maxalahonda, Boadilla, Alcorcón, Leganés, Carabanchel de Arriba y Carabanchel de Abajo.

Sin estos lugares votaban además, eso sí, en las Cortes los procuradores de Madrid por los siguientes: Torrejón de Velasco, Alcobendas, San Agustín, Pedrezuela, Parla, Polvoranca, Mejorada, Barajas, La Alameda, Cubas, Griñón (¿ex madrileños todos?), Odón, Brunete, Quixorna, Sacedón, Serranillos, Moraleja la Mayor, Denmedio, La Cabrera, Casarrubios del Monte, Las Ventas de Cabezaretamosa, Valmojado, Villamanta (¿segovianos todos?), Maqueda, Pastrana, Fuentelaencina, etc.

Estos datos, de González Dávila, y salvo lo del voto en Cortes, representación de pura fórmula (y creo inexacto lo de Maqueda, Pastrana, etc.), permiten considerar la antigua tierra de Madrid: cuyos límites son entre El Pardo (y Colmenar Viejo fuera) al Norte, y al Sur, hasta Humanejos (y Parla fuera), con el islote, algo separado, de Torrejón de la Calzada. En realidad, un contorno pequeño y casi totalmente envuelto por la Comunidad y Tierra de Segovia por casi todos los rumbos. El Real de Manzanares, tan disputado por las vituperables veleidades de los monarcas, entre Madrid y Segovia, era más bien de Segovia.

La Tierra de Madrid no suponía, en absoluto, al menos, que todo fuera un solo señorío y realengo municipal tenido y administrado por la villa. Por lo menos en el Archivo de Madrid constan frecuentes separaciones, no siempre definitivas, de varios pueblos por merced dados por el rey a caballeros o damas en señorío o tenencia feudal. Casos como el de Rejas, 1242; isla de Jarama, 1327; Pinto, 1332; Torrejón de Velasco, 1348; Cubas y Griñón, 1445; Alcobendas, Barajas y Cobena, 1379, etc.

En mi cursillo de Historia de Madrid de 1922 proyecté un mapa, en el que marqué, como pude, en colores sobre el propio cristal de la diapositiva la extensión de la tierra de Madrid, los casos dudosos, además las cesiones y otras notas esporádicas.

(7) EL MADRID ÁRABE: ALMEDINA Y ALMUDENA:

Almudena, para los arabistas modernos, no viene de almuḍīn, y tienen absoluta razón, más que en ningún punto en el Madrid mismo. Almudena, como almuḍaina (que es igual), es un diminutivo o comparativo de una parte fortificada en relación con otra, que es la medina, la ciudad, la población fortificada: por tanto, en la misma relación que en las lenguas cristianas de la Edad Media y Moderna las palabras del todo paralelas de ciudadela y de ciudad. En unos y otros países el diminutivo es tal diminutivo, no en relación a la importancia de las fortificaciones, sino en relación a la importancia de la parte correspondiente de población cercada: la fortificación más fuerte cercando la parte más chica de población; es decir, que la ciudadela es lo más fuerte y lo más pequeño, como la almudena o almuḍaina.

En Madrid la almudena eran los alrededores inmediatos del alcázar o «castillo famoso», con murallas particulares, de las cuales fué el más famoso resto el cubo de la Almudena, o sea el lugar del hallazgo legendario de la Virgen de la Almudena; es decir, donde su imagen pétreo, copia de la vestida patrona de Madrid, se ha vuelto a colocar (por la ya difunta reina Doña María Cristina), en la hornacina severamente labrada en el gran muro de ladrillo en la Cuesta de la Vega.

El resto del Madrid medieval, que marcaban la Puerta de Guadalajara, Puerta Cerrada, Puerta de Moros, etc., se había de llamar la almedina; es decir, la ciudad, puesto que era población fortificada. Ella, como Daroca todavía (aunque mucho menos extensa y menos fuerte la medina de Madrid), comprendía las dos vertientes contrapuestas, por entre las cuales pasa hondo el acusado barranco de la calle de Segovia. La principal fortificación de la mitad meridional de ese mayor recinto estaba junto a San Andrés, con gran torre en la mansión de los Lassos de Castilla, los que cuidarían de la puerta correspondiente, y que fué, por cierto, la residencia frecuente en Madrid de los Reyes Católicos y de los regentes cardenales Cisneros y Adriano.

Sobre la importancia mayor o menor del Madrid árabe, a falta de datos más concretos, valga la impresión sintética de arabistas tan ilustres como los catedráticos Ribera y Asín, y tan versados en la lectura y cuidadoso aprovechamiento de todos los textos árabes, singularmente su espléndida literatura de Diccionarios biográficos, una de las mayores pasiones en las viejas informaciones de la literatura árabe. Y según la resultante de tantas lecturas, población hoy tan modesta como Talamanca suena mucho más que Madrid en lo árabe, y por el número de sus ilustres hijos árabes, en la literatura biográfica. Y desde luego, en aquellos siglos es mucho más importante, pero muchísimo más que Madrid, la población de Guadalajara, y en general las de tierra de Guadalajara y la serranía de Cuenca, en comparación con las poblaciones de más acá. (Conversaciones con los señores Ribera y Asín de 4 de febrero de 1922.)

No sé si decir, conformándome con la opinión del catedrático y mi maestro D. Rafael Ureña, especializado en tantos puntos de la historia jurídica de la Edad Media, que en el Madrid medieval (ya refiriéndose al de dominación cristiana)

tuvieron los judíos mayor importancia que los moros. Decía D. Francisco Fernández y González que los manolos (los del Avapiés y barrios próximos, los contrapuestos a los chisperos del Barquillo y Maravillas en los tiempos de Goya y don Ramón de la Cruz) eran en realidad Manueles, y remanente de la raza hebrea que por allí creía él que poblaba un barrio de Madrid. Conste que esto último se localizaría bien mal; pues el Avapiés quedaba positivamente fuera y bastante lejos del Madrid murado de la Edad Media, y las juderías no podían vivir tan desamparadas y como en pleno campo.

Un punto muy concreto. En la población medieval de Madrid, dentro del recinto, o en él, suenan dos nombres: Narigües y Gaona, que por si podían interpretarse en árabe consulté con los Sres. Asín y Ribera, los cuales no atisbaron siquiera relación alguna entre estas palabras y el árabe.

(8) LAS AGUAS DE MADRID:

En el texto queda explicada la condición de los manantiales que tanto abundan en Madrid y las partes inmediatas al Norte de su viejo casco. Sobre la abundancia de tales manantiales hay bastante literatura, impresa y documental. No precisándose citarlos aquí todos, desde luego los más importantes eran, y por su orden, el Bajo Abroñigal, el Alto Abroñigal, la Castellana, la Alcubilla, Amaniel, Pajaritos, San Dámaso, Caño Gordo, Once Caños, Berro, del Rey, San Bernardino, Montaña del Príncipe Pío, Ermita de San Isidro, Hospital General, Salesas Viejas, Descalzas Reales, etc. (pues se forma esta lista casi de memoria). Ya son aguas gordas las del Prado de San Jerónimo, la esquina del Viejo Pósito (por donde hoy la calle de Olózaga ?), por San Millán y por el Salitre, y los Caños Viejos de la calle de Segovia. En la Moncloa y Florida se contaban diez y seis viajes distintos de aguas, a saber: de Puente de Hierro, de las Damas, Grande o del estanque grande, de los Barbos, de los Huertezuelos, del Medio, de la Pila, de la Moncloa, del Pocillo, del Botánico, de la China, del Pecado Mortal, de Belén, de la Junquera, de San Bernardino (?) y de San Antonio. La procedencia de los más importantes antiguos viajes, claro está que algo alejada del casco de Madrid, no lo está mucho; por cerca del Puente del Arroyo, en el barranco, el Bajo Abroñigal; algo más arriba el Alto Abroñigal, es decir, no lejos de la Prosperidad; el viaje de la Castellana fórmasse con varios manantiales confluentes, como una V, de los cuales el más septentrional no está sino al Oeste de Chamartín; el viaje de la Alcubilla y Real tiene su manantial entre Fuencarral y Chamartín, etc. Es moderno el viaje, ya más lejano, de la Fuente de la Reina, como a mitad de distancia entre El Pardo y Madrid, el que viene por el camino de El Pardo y se eleva a máquina en la Montaña del Príncipe Pío; pero este último se captó y trajo a Madrid después de emprendidas pero mucho antes de que fueran acabadas las obras del canal de Lozoya: es decir, en los años en que se sentía más angustiosa la sed ciudadana de Madrid, que es cuando se labraron también pozos artesianos, como el del pasaje de Matheu, entre las calles de Espoz y Mina y de la Victoria. Las aguas de los más viejos pozos ordinarios se calificaban por algunos historiadores de admirables, y eran excelentes muchas, y famosas algunas, y muy concurridas del vecindario. Por lo demás, sabido es, pero ya se va olvidando, la profesión de los aguadores de Madrid, verdadero ejército de varios miles de gallegos o asturianos, cuya profesión era subir a las casas en cubas el agua de las fuentes y de los pozos.

(9) LA OPINIÓN DE ISABEL LA CATÓLICA SOBRE MADRID:

Nos es conocida por texto del escritor madrileño, sí, pero verídico, Fernández de Oviedo, en sus *Quincuagenas*. Es el siguiente: «el oficial y artesano de Madrid y oficios mecánicos vivían tan como hombres de bien que se podrían comparar a los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas, y los escuderos y ciudadanos eran semejantes a honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid, a los señores y grandes de Castilla».

Esta lisonjera, que creo verídica, frase de Isabel la Católica, reina cuya sobriedad en las alabanzas parece que formaba parte de su carácter, es elocuentemente indicadora de uno de los atractivos que Madrid tuvo para los reyes de Castilla: con buenas aguas y con saludable clima, gente honrada y bien educada.

(10) LAS FUNDACIONES DE LA EMPERATRIZ MARÍA Y LA PRINCESA DOÑA JUANA:

Las dos hermanas de Felipe II, madrileñas ambas de nacimiento, hicieron mucho por Madrid con sus fundaciones respectivas y su residencia de viudas en la villa (la de doña Juana, cuando dejó la gobernación del reino, a la vuelta de Felipe II de Flandes). De las fundaciones de doña Juana he hablado en libro especial, las Descalzas Reales: suyo el Hospital adjunto de la Misericordia.

De la fundación de doña María, la emperatriz, vine a decir en otro libro: «La emperatriz María, hermana mayor de Felipe II, al morir en 1603 recogida en las Descalzas Reales de Madrid, junto a su hija pequeña, monja, dejó desde sus testamentos de 1581 y 1594 cantidades grandes (hoy mismo restan, en lo de enseñanza, cosa de cuatro millones de pesetas capitalizadas) para el acrecentamiento del Colegio de la Compañía de Jesús. Ello lo hizo con miras a influir culturalmente en la misma Alemania católica, ardiente enemiga como fué doña María del avance protestante. La Compañía tuvo que esperar algunos años a que fueran muriendo los numerosísimos archiduques usufructuarios, pues la emperatriz dejó larga progenie de hijos e hijas. Pero pronto pudo disponer de grandes cantidades (aparte de las del capital, cuyas rentas habían de bastar para el espléndido sostenimiento de las cátedras y de los colegiales) y con aquéllas construyó el subsistente edificio del Colegio, hoy Instituto de San Isidro, Biblioteca de la Universidad, Escuela de Arquitectura y Escuela de Artes y Oficios, y la iglesia, que es la magna en Madrid, hoy provisionalmente, catedral de San Isidro. Tuvo, eso sí, la Compañía pleitos, resueltos por un laudo arbitral en 1609.»

Conozco circunstanciadamente algo de los nuevos y porfiados pleitos actuales, complicadísimos, entre la Mitra y el Estado (y ansiando ser los jesuitas terceros en la discordia) para, supuesto el mantenimiento de la muy modificada fundación de la emperatriz, usufructuar la cantidad dicha de unos cuatro millones de pesetas en que se puede calcular lo que monta hoy el resto del capital, con pérdidas considerables, pero también con acumulaciones de rentas (las no perdidas con los negociadores), en 3.884.472,82 pesetas se cifraban hace unos años. El curioso puede ver la sentencia del Tribunal Supremo de 21 de febrero de 1910 (*Gaceta de Madrid* del 13 de junio) y la de 14 de marzo de 1922. No recuerdo publicadas varias

de las reales órdenes. Si una de 10 de febrero de 1922, clasificando la fundación como benéfico docente; otra de 16 de octubre de 1923, de competencia entre Hacienda e Instrucción pública... Y muchas más (1 mayo 1922, 24 enero 1924, 7 febrero 1924...). El Obispado, a base de especial real decreto de 13 de abril de 1886, inició su actuación, recién creada la diócesis, en 1887, y ya ha recibido cantidades considerables en papel de la Deuda y en metálico, pero como patrono de lo fundacional cultural particular y con exigencia legal de que haga planes de reorganización de los estudios que ha de aprobar el Estado. Una publicación oficial de todos los textos y antecedentes y de todas las sentencias y reales órdenes, creo que estaría más indicada que no el consabido silenciar lo que no hay por qué ocultar.

Y también estaría indicado, indicadísimo, que las madrileñas princesa doña Juana y la emperatriz Doña María no fueron olvidadas en Madrid, que tanto les debió y les debe... ¡Infinitamente más, por supuesto, que a los titulares de largas calles y aun de amplias granvías!

(11) EL ESCUDO DE MADRID:

El escudo actual de Madrid y desde el siglo XIX, tiene un complemento, con una corona en lo bajo (en punta), en un mantelado (que dicen) en campo de oro..., recordando bien legítimamente el trágico trance del 2 de mayo, enriquecimiento heráldico que deriva de la concesión del título de heroica a la villa-corte, otorgada por Fernando VII en decreto de Valencia de 4 de mayo de 1814.

De esa manera se vino a completar el escudo, que con sus tres cuarteles y su franja o bordura es un curioso mosaico de historia y de falsificación histórica a la vez, de lo auténtico y lo fantástico, de lo sólidamente establecido secularmente, y lo adventicio, hijo de las sabias tonterías del Renacimiento.

El escudo primitivo, el único verdadero (pues se refiere a los tiempos de la milicia concejil en las guerras de la reconquista), es exclusivamente el escudo sobre plata del oso y el madroño (pintados serían, y son todavía, de sus colores naturales el árbol, su fruto, el suelo y la fiera), seguramente que por haber en la tierra de Madrid abundancia de osos y de arboledas. La prueba histórica más lejana la da el relato de la batalla de las Navas de Tolosa, donde hubo alguna confusión entre la enseña de los de Madrid, el oso (y el árbol), y los del señor de Vizcaya, lobos (y árbol). Se decía, por lo demás (al menos en el siglo XVI), que en disputas y pleitos entre el Cabildo municipal y el de clérigos de las parroquias de la villa sobre aprovechamientos en los montes comunales, que por haberse resuelto que al pueblo correspondiera el arbolado y a los clérigos sólo derechos en los pastos, se vino en usar el escudo con la consecuente diferencia de que el oso municipal se pintara empinado a un árbol, y el oso de los eclesiásticos a cuatro patas, baja la cabeza, paciando la hierba. Si eso fuera exacto, y para justificar el empinamiento de la bestia, el árbol dejaría de ser un árbol cualquiera, para haberlo de pintar madroño y con sus frutos de su color rojo (o gules), que gusta tanto a los osos, aunque yo no sé que abundaran los madroños tanto en Madrid (apenas si he visto ninguno nunca), cuando tan extraordinariamente abundan en otras partes: por ejemplo a los lindes de las dos provincias de Ciudad Real y Badajoz, donde hay verdaderos bosques del árbol que los antiguos llamaron unedo (*arbutus unedo* en los botánicos), por no deberse comer sino un o solo a no quererse embriagar:

una «sabia» y terrible exageración. Ignoro la fecha en que el «árbol» pasó a ser precisamente un madroño.

También ignoro cuándo el sencillo escudo —siempre fueron sencillos los escudos cuando eran verdad, es decir, cuando se usaban en las guerras, repitiéndose sus colores y sus figuras en estandartes, en los escudos, en las camisolas exteriores o cotas «de armas» y en los caparazones o gualdrapas de los corceles de los capitanes— se complicó por primera vez, añadiéndose una franja o bordura de azul (de azul de cielo) con estrellas de plata, precisamente con siete estrellas, y ni más ni menos de siete. Pero sí sé la explicación, y la adivino con toda seguridad como cosa de los comienzos del Renacimiento.

Las tales siete estrellas son las siete de la constelación más conocida del cielo, que en la península vulgarmente se llama solo «el carro», pero que la erudición del Renacimiento, a base de la astronomía de la antigüedad griega, hizo llamar «la osa mayor», imponiendo en definitiva tal nombre resucitado. Y siendo cosa ya de pedantes conocida, los renacentistas madrileños (¿Nebrija? ¿Marineo...? ¿Quién...?, no Hoyos), uno de ellos al menos, un día feliz para él cayó en la cuenta de una idea, de una ideica, de una combinacioncilla algo sorprendente: que la villa del oso, que él (quien sea) tradujo por «ursaria» u «osaria», si se relacionaba con la bella y llamativa constelación del alto septentrion del firmamento podía ofrecer un equívoco delicioso, a base de la identificación de la «osa mayor» erudita con el «carro» popular, supuesto que carro puede traducirse por el latín *carpentum*. Y cosa hecha: Madrid había de ser la Mantua, la ciudad de Mantua de Tolomeo, situada en la tierra de los carpetanos o «carpentanos», y podía llamarse indistintamente a lo erudito, *Mantua Carpentanorum* o «Ursaria» u «Osaria». Así se comunicó al erudito extranjero que al editar la Geografía de Ptolomeo la llamó, por errata de imprenta, «Visaria...» Y he aquí cómo vino a complicarse el escudo de Madrid con su primera complicación, rodeando su único cuartel o campo del oso y el madroño con la franja o bordura de las siete estrellas, que claro está que habían de perder al alinearlas en el contorno toda su típica, natural y respectiva colocación en los mapas celestes y en el firmamento, cuando ofrecen o diseñan cuatro la caja y tres la vara de una carreta o carretilla sin rueda.

Algo peor fué la segunda elucubración erudita, la que llevó a complicar (apenas oficialmente, sino tardíamente) el escudo municipal de Madrid, que por mera erudición se fué haciendo doble, o sea partido, dejando a la mitad siniestra (a derecha del que lo mira) el viejo y auténtico oso y madroño, y a diestra (a izquierda del que lo mira) un dragón, un dragón alado, como volando, sobre campo de azur.

Es que, como lo cuenta, testigo presencial, López de Hoyos, el maestro de Cervantes (y lo cuenta en los días mismos del hallazgo), se descubrió, bajo capas de revoque, entre los sillares de Puerta Cerrada, precisamente en junio de 1569, al ensanchar la verdadera puerta aquella de la muralla, una piedra berroqueña que tenía un que no sabemos fuera relieve o, mejor, grabado «labrado (dice él) un espantable y fiero dragón», que con mayor probabilidad sería (piensa un gran arqueólogo amigo mío) un grabado en ondas, como los otros de las pictografías de los prehistoristas, tan conocidos. Hoyos lo publicó en grabado como serpiente de hasta catorce (o siete dobles) ondulaciones, con forma natural de culebra o culebrón; por tanto, ensanchando de cabeza a centro y estrechando de centro a cola, y acusando la cabezota, ¡y hasta sacándole la lengüecilla!; pero será todo esto fantasía del humanista y del dibujante, y el ondulado acaso el único

dato utilizable. Serpiente se dibujó, pero «dragón» la llamó Hoyos, y al creerlo símbolo militar del emperador (*sic*) Epaminondas, lo diputó como prueba de la colonización griega en Madrid, supuesto que lo diputaba como enseña de los griegos. Otros lo declararon siglos después cosa de los caldeos o qué sé yo que más, y bastó tal sillar viejo (si es que no fué una falsificación) para ennoblecer a Madrid en aquella época de porfías de antigüedad nobiliaria y para declararla urbe más antigua que la misma urbe del orbe: Roma.

El animalucho hizo fortuna: se le pintó por Palomino en uno de los techos de la Casa de la Villa siglo y medio después, y no sé cómo se fué incorporando al escudo municipal, subrepticamente acaso, y en el cual es testimonio vivo de fantásticas elucubraciones y de falsedades y errores históricos. ¡Lo único que no se hizo fué conservar el sillar o pedrusco! No llegaré a decir que su pérdida lo hace más sospechoso de falso, porque otras pérdidas tales son frecuentes, aunque lamentables; por ejemplo, las de lápidas romanas; pero al fin la pérdida está más sospechada, por tratarse de Madrid y de «timbre» al que tanto valor se le quiso y se le vino a dar.

Olvidé decir que la corona real en el escudo de la villa y corte tiene origen conocido y anécdota auténtica y bien legítima. Lo otorgó Carlos V en las Cortes de Valladolid de 1534, único premio personal que quiso el procurador de Madrid cuando el monarca repartía mercedes más positivas y más personales a los demás procuradores de las otras ciudades y villas de voto en Cortes, que se habían allanado a las angustiosas necesidades de dinero del gran monarca con más o menos dificultad.

Si Madrid siguiera el ejemplo de las ciudades todas de Alemania y de otros países de hacer pintar sus tranvías (ya suyos parte de ellos, los de las vías municipalizadas en plena propiedad) con los colores heráldicos de su escudo, ¿qué colores debería poner?, ¿cuáles dar a sus maceros...?

Pues a pesar de las complicaciones de su escudo, hijas de las tonterías históricas dos, hija del heroísmo del 2 de mayo de 1808 la del cuartel mantelado, la contestación a la pregunta había de ser ésta: colores blanco y verde, o blanco y pardo; es decir, los colores del verdadero, principal y auténtico y secular escudo de Madrid; el del oso (morado) y el madroño (verde), en campo «de plata» (blanco): el escudo de Madrid en la batalla de las Navas de Tolosa.

¡Ah!, y nada del «morado», por ser el «morado» de Castilla; que ya se sabe bien que ni hay tal Castilla ni tal morado; pues Castilla es un castillo de oro en campo de gules (rojo), y el tal morado fué solo, y solo en el siglo xvii, el color de la ropilla de unos soldados, los «morados», del que fué regimiento después de Castilla, y aún es hoy, sin nada morado, el regimiento inmemorial del Rey, número 1, de la infantería en el ejército español.

(12) MINERALES DEL TERCIARIO: PEDERNAL O SÍLEX:

El pedernal se presenta con bastante abundancia, sobre todo en Vicálvaro y Vallecas; en los Alcatueñas, cerca de Parla, y muy general, en el pequeño cerro de los Angeles, cerca de Getafe. Su color es generalmente ahumado claro, y aun a veces pasa al blanco de leche. Se usaba en el empedrado de las calles y en la construcción de tapias y edificios, especialmente en los cimientos de éstos. Tenía más empleo antes de ahora en Madrid, y en París está sucediendo al revés, por las excelentes propiedades de que goza como piedra de mampostería. En Vallecas,

en el siglo XVIII, hubo una fábrica de piedras de chispa, que fué preciso abandonar porque no se juzgaron de buena calidad. El pedernal beneficiable ha de tener su agua de cantera. En las grandes masas expuestas a la acción de los agentes exteriores, como las Peñuelas de Vicálvaro, no hay herramienta que les entre.

Algún oyente de mi cursillo de Historia de Madrid de 1922 me quiso objetar, en conversación particular, poniendo en duda, no lo de lo legendario de los reflejos de fuego, sino el mismo dato histórico de la abundancia del pedernal en las construcciones fuertes del Madrid medieval, y hube de replicarle con la evidencia de que, aparte de varios derribos ya hoy no frecuentes, ofrece el más antiguo, y si se quiere el peor de los adoquinados de Madrid, el de morrillos, de piedra tan dura y resistente, de fractura en general concoidea. Y por cierto que otro amigo mío se quejaba hace pocos días, patriótica, pero injustamente, de la opinión de un periodista extranjero sobre la existencia de tal adoquinado y de las quejas por causa del mismo de algunos diplomáticos en la reunión madrileña de la Sociedad de las Naciones, y repliqué yo, señalándole tan sólo en la máxima proximidad al palacio del Senado, la calle del Reloj, aunque algo escondida, visitada por los automóviles diplomáticos, y la misma plaza de San Marcial o de España, cerca también, y con ser ésta tan principal, sobre todo en los momentos en que ya enlaza la magna Cuesta de San Vicente y la serie de Avenidas de la Gran Vía.

Frente al pedernal, con los morrillos, tan crueles para el tránsito rodado y el tránsito mismo de peatones, pero tan sólido y posiblemente resistente a los siglos, vino después malhadadamente el adoquinado de granito, particularmente el de grano mediano del Berrocal de Cerceda, a 10 kilómetros al Norte de Collado Villalba. Sabido es que la descomposición química del granito por las aguas deshace, si están expuestas a ellas, y a la larga, las piedras de granito convirtiéndolas en arenas. Este es el caso de la inmensa mayoría de las calles de Madrid, en que los adoquines, al desmoronarse parcialmente en sus bordes desde que las mangas de riego suplen con tanto exceso las escasas lluvias, destruyen su encaje y la relativa horizontalidad de los pavimentos, con abundancia de polvo, por ser éstos los más violentamente lavados y locamente barridos a fuerza de agua entre los suelos de las ciudades del mundo. Los nuevos adoquinados, mediante la intervención y las cantidades del presupuesto del Estado, no son ya de granito, felizmente, sino basálticos.

Volviendo al material de construcciones, y volviendo a ello por referirse todo a la raigambre de la población de Madrid y por sus consecuencias históricas y sociológicas, conviene recordar que el Madrid de los Austrias y de los Borbones del antiguo régimen edificó su caserío, y aun sus templos, y ya va dicho en el texto del discurso, con cantidades enormes del entramado en madera, tan característico. Fué la causa que coadyuvó, con las cocinas y los hogares de calefacción elemental, a la destrucción de todo el monte alto de la tierra de Madrid, y aun de pueblos extraños al mismo, como ya se adelanta en las palabras del discurso. Malo todo ladrillo de esta Castilla, en cuyas tierras no se ve la arcilla, el problema de la edificación madrileña, faltando arranque y recursos para la construcción granítica, se tuvo que resolver con los entramados de madera, armazones totales en los edificios, que se iban rellenando con los materiales de construcción pétreos o del mal ladrillo, que es bastante próximo al adobe, a pesar de su cocción. Ni dejó de ser causa tanto maderamen (aunque no a la vista, como en los países septentrionales) de la invasión de fauna parasitaria, poco higiénica, en las casas del viejo Madrid.

(13) MADRID DE FUEGO Y SOBRE AGUAS:

Hoyos, el maestro de Cervantes, expresa la idea con los tres versos siguientes:

«Fuí sobre aguas edificada,
Mis muros de fuego son,
Este es mi insignia y blasón.»

También se conoce este otro texto:

«Madrid, la osaria,
Cercada de fuego,
Fundada sobre agua.»

En lo del agua véase lo dicho sobre los viejos viajes, manantiales y pozos, éstos de aguas seguramente corrientes o manantiales. Lo del fuego se refiere a los reflejos del pedernal a los rayos del sol, seguramente. El pedernal, según D. Casiano de Prado, se presenta con bastante abundancia.

(14) JUAN II Y LAS AGUAS DEL JARAMA A MADRID:

El hecho de sus proyectos está demostrado por texto del siglo xvi del madrileño Fernández de Oviedo, al caso, historiador fidedigno. Ello según el texto de *Las Quincuagenas*, poético y en prosa:

«Mas un defecto notado
Lo padecen sus vecinos,
A causa de los molinos
De la pequeña ribera.
Si el rey Don Johan te viviera
Con Xarama se excusara,
Y esa falta te sanara,
Aunque no es tan bastante
Que no seas abundante
De todo lo necesario, etc.»

«... Una ribera o río que se dice Xarama (de donde son aquellos toros tan famosos de bravos) pasa a tres e a dos leguas o menos de Madrid. E el rey Don Johan II de tal nombre quería traerle a aquella villa, y era muy posible, porque, nivelado, supo que se podría hacer, si no que el buen deseo del rey no se efectuó, e por eso dice el texto: «Si el rey don Johan te viviera». Y fué notorio que aquel buen príncipe estaba muy puesto en traer aquella ribera o río desde la puente que llaman de Viveros, por donde pasa, que es en la mitad del camino que hay desde Madrid a Alcalá de Henares. E avía de venir guiada aquella agua a dar al pie de la torre de la iglesia de San Pedro de Madrid, e de allí a los pilares, para salir por entre las huertas del Pozacho que dizen, a dar en el río de Madrid, encima de la puente que llaman Segoviana, lo cual, para los que saben e han visto la traza, parece cosa muy posible.»

Es bien curioso ver que los historiadores modernos de Madrid, D. José Amador de los Ríos y D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, en su imponente, monumental, extensísima y lujosísima *Historia de Madrid*, escrita tan bellamente, pero tan excesivamente considerada con alguno de los errores tradicionales, al comentar esta vez las ideas de Juan II y ponerle algunos inconvenientes, no cayeran en la cuenta de que hacía años que las nivelaciones habían demostrado la absoluta imposibilidad de que bajara el agua desde el puente de los Viveros del Jarama al puente de Segovia del Manzanares, en realidad más alto éste que aquél.

(15) LA NIVELACIÓN Y EL PROBLEMA ESENCIAL DEL CANAL DE LOZOYA:

Sobre este punto, desarrollado en el discurso, aunque no tanto como en mi cursillo de 1922, es fundamental la Memoria redactada por los repetidamente citados ingenieros Rafo y Ribera. Éste, según información del Sr. Prieto Vives en conversación del 26 de febrero de 1922, fué el principal autor, el verdadero hombre del Lozoya, y después el principal realizador de la gran obra, técnico de mucho más valer, según se cree, que el mismo más famoso ingeniero D. Lucio del Valle que logró elevarse a la principal gloria en la ingeniería española de su tiempo, entre otros méritos indiscutibles, por ser D. Lucio un hombre de carácter para lograr imponerse a los políticos. «Ribera —añadía el Sr. Prieto Vives—, con proyectar lo de las acequias de riego (los canalillos) e imaginarnos una huerta de Madrid rival de las de Levante, engañándose, o no engañándose en esto sino engañando a las gentes noblemente, salvó a Madrid; pues su porfía hizo que en vez de una conducción de caudal mezquino en el proyecto del Lozoya, se construyera éste para la capacidad que ha permitido acudir al gran desarrollo de Madrid en la última mitad del siglo XIX.»

La nivelación de los Sres. Rafo y Ribera comenzó por ser apurada y escrupulosa en todo el viejo casco e inmediatos alrededores de Madrid, y el plano, con curvas a nivel de cinco en cinco metros, detalladísimo; se siguió con las mediciones topográficas de las alturas, remontando desde el punto en que se discurría el fin del canal hasta el punto de arranque del mismo. El desnivel en tales trabajos planimétricos vino a resultar tan escaso, como que el de las aguas proyectado era de 1 por 5.000, salvo en túneles y alcantarillas, en que era de 1 por 1.500 (para con mayor velocidad dar en estos pasos igual volumen en menos módulo). La inmensa e inesperada suerte de la planimetría fué no haber hallado, en los setenta a setenta y seis kilómetros del futuro trazado, una depresión absoluta del terreno, salvo sólo y cortas en los cruces de ríos y barrancos

He oído contar recientemente, aunque dicho sea con el escrúpulo de la verdad histórica como suceso que no tengo comprobado, que al brillar en la historia del canal de Lozoya tanto y tan bien la gloria de los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, entonces tan prestigiosos los de España ante el mundo, no dejó de aminorarse extraordinariamente el éxito por el hecho de no haber ellos escuchado, sin duda por rivalidades de Cuerpo a Cuerpo, la opinión del también ilustre y aun insigne ingeniero de Minas D. Casiano de Prado, que les había anunciado que el pantano, el primer pantano del Lozoya, el del pontón de la Oliva, dejaría escapar el agua precisamente por haberse de aprovechar un terreno calizo, raro en la parte de la sierra. No sé si es conseja, que a los postres del gran banquete con que allá, junto al primer pantano, se celebraba la terminación de la obra, llevaron los guardas la terrible noticia de que el agua que lo llenaba se estaba escapando a chorros por las invisibles oquedades.

En mi cursillo de Historia de Madrid de 1922, por otras informaciones, tan fundamentales las suyas en el estudio geográfico de Madrid, base del histórico, tuve que dedicar un particular homenaje también a D. Casiano de Prado, incluso presentando en la pantalla la proyección de un viejo retrato fotográfico que muestra a tan extraño y sabio personaje con la inmensa chistera encasquetada, ofreciendo nota iconográfica tan típica que todavía recuerdo la gran satisfacción del auditorio al conocerle *de vista*.

VARIEDADES

Nota sobre Mariano Luis de Urquijo

El siglo XVIII representa un esfuerzo grande en favor de la cultura. Este aspecto, que tiene como índice representativo al P. Feijóo, no fué universalmente aceptado. Cada problema del espíritu o de la sensibilidad levantaba una agria polémica. Lo tradicional contra lo nuevo: en torno de estos dos puntos capitales ha de girar el ritmo espiritual de España. El teatro jugó un papel importante. Conocido es de todos las vicisitudes de esta lucha entre dos estéticas contrapuestas. A remover las pasiones, a llamar la atención sobre el espectáculo del teatro realizado según viejas y desgastadas plantillas, lanzóse D. Mariano Luis de Urquijo. Tradujo a Voltaire en la tragedia *La muerte de César* (1). Los críticos del momento consideraron como mediana la versión; sin embargo, Meléndez Valdés gustaba de ella:

•De Volter y de Milton los primores
con sus aguas gustando
y en *La muerte del César* las bellezas
de los dos apurando. •

No era ciertamente un traductor adocenado. Sus primeros años universitarios los pasó en Salamanca, junto al poeta de las an creónticas, que le sirvió de guía en el mundo de las letras (2). Mas lo que produjo indignación —enconada y

(1) *La muerte de César: tragedia francesa de Mr. de Voltaire: traducida en verso castellano y acompañada de un discurso del traductor sobre el estado actual de nuestros teatros y necesidad de su reforma, por D. Mariano Luis de Urquijo.* Madrid, por D. Blas Román, MDCCXCI.

(2) En la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, 1774, se conserva un soneto laudatorio de Meléndez Valdés dedicado a Urquijo:

•Al Excmo. Sor. D. Mariano Luis de Urquijo, mi antiguo y fino amigo, haviendole nombrado el Rey Caballero del insigne orden del Toison de Oro.

La lira de marfil que tierno un día
Pulsar, Musas, osé con diestra mano
Quando de Olea en el florido llano
Joven Lusindo suspirar me oía.
A templadme volved; la amistad mía
Hoy el timbre celebra soberano
conque su cuello resplandece ufano
Merced a un rey de buenos alegría.
Rasgos de luz el vellocino de oro
Despide, ornado el generoso pecho,
De alta prudencia y pundonor morada.
Veló la Envidia con amargo lloro;
Pero el nombre feliz a su despecho
Crece, suave a la bóveda estrellada.

[osé] M[eléndez] V[aldés]. •

violenta— no fué el hecho de haber traducido a Voltaire, sino el de haber escrito un ensayo sobre el estado del teatro español. Hablar duramente del teatro al gusto de aquellos días era exponerse a la censura. La polémica fué agria, se quiso llevar ante la Inquisición a su autor (1), lo impidió Floridablanca; los cómicos, por su parte, se lanzaron furiosos contra él, exigiendo un castigo ejemplar para aquella petulancia inconcebible de zaraundear a los Cornellas y compañía. Ya Cotarelo hizo alusión a esta querrela de los cómicos contra Urquijo (2). A consecuencia de este estado de cosas aparecieron varios folletos refutando las ideas de Urquijo; merece citarse, entre ellos, el *Discurso confutativo a quello del signor Mariano de Urquijo, sopra lo stato attuale dei teatri spagnouli e necessità di loro reforma*. Madrid, 1792.

Los cómicos no cejaron, y en noviembre de 1791 Felipe Ferrer, representante de las compañías de teatros residentes en Madrid, presentó al Ayuntamiento un escrito, que publicamos, solicitando la intervención de éste. D. Alejandro Vallejo, procurador síndico general, informa en 5 de diciembre de 1791 que se amplíen los datos para resolver en justicia el asunto. Por último, en 28 de febrero de 1792 los comisarios de comedias, D. Juan Francisco Albó y Heguero y el conde de la Vega del Pozo, en un pedantesco dictamen, declaran, después de condenar las ideas de Urquijo como anárquicas y desentonadas, que los cómicos pueden ejercer, de haber delito, sus derechos ante los tribunales ordinarios.

Las vicisitudes de este libro tienen un cierto interés para poner de relieve el ambiente, agrio, duro e intransigente, de una gran parte del público madrileño, precisamente en los días que Leandro Fernández de Moratín estrenaba su deliciosa *Comedia nueva o El Café*. Además no olvidemos que este Urquijo joven —acometedor y revolucionario crítico— habría de reformar en su época de ministro los teatros, dándoles una mayor amplitud para su pleno desarrollo estético.

«Expediente que se forma a virtud de representación de las dos Compañías cómicas de esta Villa en solicitud de que Madrid se sirva coadyubar la Instancia que meditan hacer sobre que se recoja y prohíba el libro tragedia francesa titulado La Muerte de Cesar. (3)

»Señor:

»Los Autores, Damas y Galanes, con los demas individuos de las Compañías Cómicas en esta Corte, llegan a L. R. P. de V. M. si llenos de el honor de repetirse a ellos con tanto júbilo, como veneración y respeto, con el dolor tambien de mirarse precisados a molestar su soberana atención aunque no desconfiados de que se dignará dispensarles la que creen exige su clamor, y dictar el oportuno remedio, o tal vez castigo, contra la causa de que se ven impelidos para este recurso que les parece interesa a la Nación y Magistrados; con que está dicho que aun a V. M. en cuio desdoro cede quanto mancilla a estos.

»Quantos vieron hasta ahora la conducta de los que exponen en los Teatros, a cuia erección fue coetanea la asistencia de los Jueces, otros tantos aplaudieron la modestia, la honestidad, la aplicación y el buen zelo de que a porfia se invisten

(1) Antonio Beraza, *Elogio de D. Mariano Luis de Urquijo, ministro secretario de Estado de España*. París, L. E. Herhan, 1820.

(2) Cotarelo Mori, *Estudios sobre la Historia del arte escénico en España. II.—María del Rosario Fernández «La Tirana»*, Madrid, 1897, pág. 236.

(3) Archivo de Villa, sig.^a 2-478-3.

los individuos de ambos sexos, con el plausible, si mui devido objeto, de instruir, deleitar y mover a la virtud, manifestando lo detestable del vicio.

»Son, es verdad, algunos, los Dramas en que se copilaron los hechos heroicos de casi un siglo, y otros en que inspirados sus Autores, mas presto que de objetos serios, de los del chiste y el gracejo, introduxeron en lugar de una Persona patetica y circunspecta, un juglar; pero seguro tambien que aun en estos se reconoce la sana Moral, y con no poco nervio en los mas de ellos, como si fuese del intento o inspección de los que exponen, demostrarian, disertando sobre no pocas de estas piezas, y de un modo ageno de el que hoi abunda en algunos, aquellos que anteponiendo cuestiones de nombre de las de utilidad, y lo retórico del dialecto a el fondo de lo que dicen, si lo hacen con aquel distan y mucho de este, geminando sus discursos sobre la falta que echan de ver en los Dramas de aquellas unidades de tiempo, lugar y accion, que dicen deve intervenir en ellos contra la opinión de otros que llevan ser menos violento persuadirse la figuración de aquellas, que a la de que un lugar cierto y determinado a que saben que concurren y unas Personas que conocen, sean ya aquellos Heroes, y ya aquellos campos, capitales y Palacios que aparentan, y que la duracion de tres horas de acción choque con la referencia de una Epoca, cuando hai quien trasladada muchas a su memoria, leyendo en menos tiempo siglos enteros de historia.

»Se han estendido, Señor, los exponentes a esta insinuación, si al parecer agena de su interese, mui propia de él; por el grande que asiste a la Nación en rebatir estas censuras de otras que sino debieron a ella la invencion de esta preciosa arte, si los modos de imitarla en que dice preferencia a muchas, que el pretexto o mas cierto estudioso medio de haver compuesto una que otra pieza con las unidades, quieren usurpar la gloria, como si fuese capaz de hacerlo la circunstancia de añadir alguna a lo inventado, la qual fué facil en todos tiempos, si no en alguno la abundancia de las ideas con que ilustraron nuestros poetas a los estraños.

»Sin embargo se conjuraron no pocos de estos contra la España y convirtiendo el loor a que aun ellos mismos la conocian acrehedora, en la detraccion continua y mordaz intentaron privarla de aquella gloria, y la que tambien consiguió antes que otros Reynos en no pocos preciosos ramos de la literatura, como solidamente han demostrado mas de dos Españoles celosos, que mirando con dolor la calumniosa censura de los Extranjeros, los convencieron, si no les hicieron callar.

»Tiene no obstante, poco de estraño, si mucho de doloroso, que ya tenazes o ya obstinados aquellos continuen su critica mordaz o detracción de la España, y sus no pocos eruditos y Literatos; mas que los hijos de ella, los que nacieron con la feliz suerte de poder llegar al templo de Apolo sin otra fatiga que la leccion de aquellos preciosos thesoros de erudición, aquellas obras de la aplicacion, el estudio y el discurso; que si no agotaron las ciencias y artes todos, dexaron si a la posteridad reglas ciertas por donde tirar mas largas lineas en ellas y estos ya con la traslación de los volumenes debidos a la Grecia y el Lacio unicas Naciones que se la anticiparon y ya con las notorias ilustraciones a ellas; no como quiera la intenten privar de esta gloria si, que afectando u ostentando conocimiento de la literatura de aquellos, hija en muchas partes de los continuos plagios de nuestras obras, tan excesivos en mas de una que ni vestigios de ellas no dexó el ambicioso deseo, y objeto de usurparnos aquella satisfacción; que los hijos repiten de ella coadyuben su detraccion atropellando la venerable ancianidad con la sana y solida moral, vasta erudicion, abundante doctrina y clara lógica que dexaron y de que se alexan hoi no pocos reduciendo todo su estudio a una pequeña y mal coordinada poliantea, que puede llamarse mas bien pedanteria, pasa de sensible a intorable.

»No quieren los exponentes que estas frases de su dolor y precisa defensa, se crean efectos de otra causa que aquel, excitado del ultrage que se les hace y a su Nacion, a esta Nacion en cuio loor basta atender a la Religión, la Justicia, el Zelo, y el conjunto en fin de todas las virtudes theologales y cardinales que dichosamente miran en su cabeza, en V. M. dicen, en quien con razon los emulan otros Reynos.

»Desean que solo vuestra Real y Soberana penetración y Justicia superior seguramente a quanto puede explicar la frase mas hyperbolica se digne dictar lo oportuno contra la ofensa y agravio que el traductor de la tragedia titulada *La*

muerte del Cesar, compuesta en el idioma Frances por Mr. Boltaire les causa y al Reyno todo en la advertencia y discurso con que la ha presentado, zaheriendo las conductas christianas de las que exponen nada incompatibles con su ejercicio, el buen desempeño de este, y lo que les acrecenta el dolor mas allá de lo decible, la iustrucción de la Nación, el celo de sus Magistrados y... lo que no es posible en fin que dexé de penetrar vuestra Real y soberana inteligencia, vista la critica de no pocas clausulas del Libroto de que hablan y acompañan a esta humilde deprecación.

»En el prologo o advertencia de el dirigido sin duda a disculparse su Autor de los defectos que es seguro conoció en la traduccion, intentando persuadir la empresa de la mayor atencion y cuidado, dice es verdad, que a qualquiera que note alguno de aquellos respondera con la enmienda advirtiendoselos bajo las reglas de la moderación y critica; mas tambien lo es, que olvidado el mismo de estas, o ignorandolas acaso, porque no es lo mismo pronunciar una voz que saber su energia y fondo, añade, que lo hará con el desprecio a cualquiera pedante, que sin entenderlo se meta a ridiculizarlo, *gente que sobra en la Nación*, y he aquí Señor, una de aquellas clausulas, que aunque cortas denigran mui largamente a todo un Reyno, ofreciendo sentimiento a la Nación: a los estrangeros un apoyo para infamarla siempre, alegando estos datos de la osada ignorancia, como irrefragables pruebas de su envidia; y a los juiciosos y prudentes si eruditos y sabios patricios, aquellos que inspirados del axioma de la razon, *o calla o di algo util* y adornados de los preciosos respetos de la prudencia cuio apreciable anteojo atrahe a un punto de vista mental lo pasado, presente y futuro, conociendo que ostentar erudicion con repetir lo primero, aunque se desfigure el dialecto, no sale de un plagio molesto y adelantarle exige una meditacion, un fondo y una fecundidad superior a la que engrie a no pocos juvenes que llenos de vanidad y por haber leído y acaso no entendido, unas que otras obras superficiales, y en que concurre mas que la solidez la estudiosa retórica, imán que aleja de lo util a los incautos, contienen las aguas de no pocas producciones de obras incomparablemente mas utiles que estas de la pedanteria, en los Diques de sus prudentes pechos: a estos dicen, Señor, de que es cierto que abunda nuestra Nación un dolor acerbo, e implacable, aun mas que por la injuria, que esta la desprecia o remite facilmente el sabio, por el orgullo, por la ignorancia, por la osadia, hija de esta, con que colocandose algunos que apenas pudieron llegar a los umbrales del apreciable templo de la ciencia ni haver visto quanto menos fondeado, no ya a los Heroes de él si a los que unicamente llegaron y no sin desvelos a afinar con su canzel: colocandose dicen, en el solio o tabernaculo de aquel, así osan dictar censuras, como si catedraticos de todos sus compatriotas los hubiesen penetrado y fondeado: porque si bien es cierto, conocen que aún los mismos Estrangeros, los que tanto interesan, o a lo menos intentan usurparnos, la gloria de la Literatura, graduaran de conocida pedanteria estas clausulas, que prueban mas presto que la iustrucción, que con ellas quiere afectar su Autor, la ligereza de este nacida de no haverse acercado a beber el dulce nectar de la apreciable doctrina que en todas materias recopilaron y dieron nuestros autores antiguos, o no haber tenido el suficiente discurso para su inteligencia; así bien lo es que les aflige esta nota o motivo para ello en los estraños; y tanto, mas, quanto continuando en el que llama discurso otros no pocos denuestos a la Nación los Magistrados, Autores de Dramas, y executores de ellos, sin aquellas que el propio llamó reglas de la moderación y critica con que choca, repugnando a los principios de la buena Moral y charidad, la especifica expresion de los sujetos, todo ello ofrece apoyo, a aquella, es decir a nuestra nota por parte de los Estraños.

»Han dicho, Señor, que el Autor de este librito, hombre que quando presenta este discurso dirigido a la reforma de nuestros teatros de que dice que háy necesidad, se viene con una obra de ingenio ageno mas travieso que arreglado, y la qual inspira mas presto que otra cosa, un espíritu de anarquia: ofende en ella esto es en el prologo o discurso que la acompaña, a la Nación sus Magistrados, no pocos individuos actuales de aquella y a los que exponen. Ymporta poco haverlo dicho sino lo acreditan; y para excusarlo, dignese vuestra Real atencion prestarla un corto rato a las clausulas periodos, u oraciones, que a mas de la expuesta y constante en lo que llama advertencia y su parrafo final, pone de manifiesto esta verdad.

»*Ofende a la Nacion* en la pagina 48 donde continua el argumento propuesto

en las anteriores de que no tenemos Drama alguno perfecto, y si al contrario abundamos de piezas que bajo el nombre de sainetes y tonadillas nos representan en lugar del chiste y la gracia la lascivia y máximas depravadas, trata de ignorantes e iníquos a sus autores asegurando que en vez de darnos exemplo de buena moral, nos presenta la fe conyugal violada, la autoridad publica dañada, la mayor vigilancia del Padre frustrada, consentido el adulterio, de bulto el lenocismo, y en una palabra todo vicio y maldad, y si bien dice en el parrafo y pagina siguiente que se horrorizan de ellas aun los Cortesanos, asi bien gradua a estos corrompidos, aplaudidores del vicio y acostumbrados a que resuenen en sus oídos las torpes palabras; de que se ve que aunque despues expresa, que detestan semejantes composiciones lo hace por mas encarecer aquella injuria a la Nación, pues que es cierto que el aplauso al vicio y constumbre a la audiencia de palabras torpes que injuriosamente les atribuye, supone bien meditado el sentido de este período, que le tienen de otra causa, por que de no, no añadiría que detestan aquella y se horrorizan de ella y no es esta sólo la injuria a la Nación. En el parrafo de la pagina 83 que principia *pero si* dice que no estableciendose el medio de la reforma que insinua en algunos otros anteriores mirandose la execucion de ello con el abandono que hasta ahora, y continuando los teatros con el desorden que siempre tubieron, sirviendo mas presto que de escuela de las costumbres, de la ignorancia, la seducción, el mal exemplo, y la lascivia, nos daran y con razon los Estrangeros la nota de Hotentotes de la Europa, y en el de la 85 que dá principio con las voces: *cosa est aña* dice y cree la cortedad de los que exponen, que no sin satira que tenemos mucho cuidado en observar las plantas y animales, y ninguno de las Escuelas publicas de nuestras acciones morales: que hace muchos siglos que existe nuestra Nacion y ni un minuto que hayamos pensado en la Moral y vea Señor vuestra Real penetracion demostrado el mas sensible denuestro, la más execrable injuria, y el mas punible convicio a toda ella en concreto.

»Y no se diga Señor que quando este joven (lo es el Autor D. Mariano Luis de Urquijo) habla de la causa de que abundasen los malos Dramas en el Reyno, dice, como es asi en el parrafo *sabian*, de la pagina 22, que fue la conocida preocupacion de creer sus Autores apoyados de los de las compañías, que el Pueblo tenia un depurado gusto, atribucion que llama falsa e iniqua en el parrafo y pagina siguiente, corroborando serlo en el inmediato tambien en que cita para su apoyo a nuestro Heroe Cervantes, si bien equivocando el lugar, y tal vez porque no se vea que si es cierta la critica, que en efecto hizo este ingenioso hombre, digno objeto de la emulacion, la executó baxo las reglas de la moderacion y caridad, que tanto distan del estilo suio, que es lo que mas principalmente influye a la necesidad de recoger este libro porque ni esta atribución a los Autores y Actores, ni la conclusión que en la pagina 55, al medio de ella, deduce en favor de la Nacion, diciendo con que tenemos que el publico no es tan ignorante que dexen de gustarles los dramas puros y arreglados al Arte; enerva las injurias que le hace en los lugares citados, y antes si prueba la impostura de ellas con antimonia de unas y otras, y acrecentan el mérito a quitar todo motivo a que detrahigan los Extrangeros, quienes solamente citaran lo que llena sus ideas. Es decir aquellas causas denigrativas.

»*Ofende a los Magistrados.* En las mismas clausulas resplandece esta verdad, considerando que siendo de su inspección la reforma, disipacion y aun castigo, quando no de la falta de las llamadas reglas del arte en estas composiciones, si de la mala moral y vicios que dice abundan en ellas, nunca puede prescindirse de la injuria de aquellos por inacción, es indolencia que virtualmente se atribuye, y les es tanto mas imputable quanto constante su facultad a corregirlas de modo que lo menos que aquí resulta en culpa de aquellos, cuio desdoro, nunca es honorifico a sus soberanos, es que jamas se inspiraron del justo celo de la Justicia la qual dice un sabio de otro caracter, dignidad literatura zelo y Religión, que alguno de quantos cita esta obra se cifra en no disimular quanto menos permitir cosa opuesta a la bondad moral y Christiana, no descansar hasta disipar y castigar lo que se oponga a estas virtudes; mas no paran en esto las injuriosas censuras al gobierno.

»En la página 23 y ultimas quatro lineas, del uno de los parrafos citados antes, se lee con el mayor dolor las clausulas siguientes: «El gobierno no veló bastante sobre un objeto tan importante y vinieron a ser nuestros teatros los corrup-

tores de las constumbres.» En la 70 «pero nos dolemos al ver que está puesto en sus manos un asunto tan serio que así cada día ira en maior decadencia, y mas siendo este un mal tan antiguo en España, y que se ha mirado con tanto abandono». En la 84 y siguiente el parrafo que dice «Apenas se puede creer que una Nación culta, despues de tanto tiempo tenga una cosa tan importante, tan informe. No hai Escuelas para los Actores: No hay Colegios donde se les enseñe un Arte de los mas dificultosos, y observen la Naturaleza estudiando al hombre con dignidad. No hay premios para los verdaderos poetas sino acaso el desprecio por la ignorancia. No hay... Pero ¿que nos cansamos? Todo parece obra de la casualidad y de la aventura. Por todas partes se estan viendo utiles establecimientos y nuestros teatros ¡que rubor al confesarlo! estan distantes de la perfección». Y ultimamente en el parrafo final pagina 87 declara con la mayor acrimonia, contra el gobierno tambien, pues no puede dirigirse, ni se dirige en efecto a otro objeto la osadia de asegurar en él, despues de haber asentado los medios que propone para el fin de la reforma, que es mas difícil conseguir, o ver executado el proyecto para ella, no porque sea quimerico, sino porque sirve de poco el zelo (este se le atribuye así bien entendido el sentido de todo este y otros parrafos) en medio de la indolencia ni la sabiduria encadenada por la ignorancia frases repiten, que si mal encadenadas se dirigen bien claramente al gobierno porque teniendo este solo la factura de hacer realizar el que llama proyecto, dudar de su execución y atribuir la falta de esta a la indolencia es tanto en buena lógica, como hacerla característica de los Ministros de aquél.

»*Ofende a los Autores de los Dramas conocidos.* Para su prueba basta reconocer el parrafo que en la página 22 de este libelo, mas bien que libro, principia —*Sabian*—. El que en la pagina 42 da principio con la admiración—*Pero que poco instruidos*—. Y el que en la inmediata 43 principia así mismo con la voz *concluyamos* donde se vé que tratando de preocupados, no ya solamente a los compositores antiguos de Dramas, si a los modernos a quien todos señala por sus nombres propios contra las reglas de la moderación y critica christiana y caritativa que detestan semejante modo de hacerla soltando la rienda al convicio no solamente los trata de ridiculos pedantes, si ignorantes o idiotas hasta el ultimo extremo.

»Demostrada Señor la injuria que como han dicho al principio causa a la Nación, sus Magistrados y Autores de las composiciones, pasan a hacerlo, de la que así mismo infiere a los que exponen contra quienes sin duda se ensangreto la pluma y estos aparecen a la vista en la pagina 44 donde asegura «que en nuestros teatros se observan bastantes obscenidades». En la pagina 22 donde asienta sin rebozo «que con aquellos hombres que sin otro principio ni ciencia que la tenacidad y la ignorancia se han creído en todos tiempos arbitros de los teatros y juzgando desagradables otras composiciones que las acomodadas a sus ideas, como estas eran perversas elegian piezas iguales». En la pagina 46, donde afirmando que se representan frecuentemente piezas inútiles y mal executadas, dice «que proviene tanto de los autores de ellas quanto de sus actores quienes solo saben executar lo malo estropeando si alguna pieza buena llega a sus manos». En la pagina 47 donde dice que solo «representan aquellos la lascivia, la deshonestidad y unas perversas y depravadas máximas que causan enorme estrago y fiera llaga en el corazon de los Expectadores». Y en la 66 ignorante sin duda de que no sale al Publico pieza alguna sin preceder cuatro censuras del Juez Eclesiastico y Real con otros dos sugetos de probidad e instrucción en la sana moral y el Arte, asienta «que está fiada su critica a aquellos o sus Autores, los quales dice son gente sin instrucción ni sinderisis». En la 67 donde repitiendo esta impostura y declamando contra el efecto de ella, reitera que son los que exponen «gente estúpida a quien se les conoce en el teatro que ignoran hasta el leer» donde continuando sus injurias mas allá de lo creible añade que nunca representarán Dramas alguno bueno porque «las ideas de estos han de ser precisamente opuestas a las de unos hombres de comun y baxa extracción» clausula Señor que no hay dolor que baste a consentirla mirando en ella atropellado su honor y Religión. Y en la 78 donde por deducción de los bienes que dice reportaria el Publico o Estado y Nación de executarse el proyecto que propone, asegura que uno de ellos seria el de «no verse a las Actrices en los Bastidores mientras durase la representación como hoy estan y acabada esta por entre el telen dando mal exemplo al espectador con

sus lascivos e indecentes gestos, y quitando toda la ilusión». Y pues esto supone que lo executan así, y aun en el caso de que pudiese ser o fuese cierto, es una injuria de la mayor gravedad, atendido el estado conyugal de no pocas de aquellas, el qual la eleva a la clase de la mayor la virtual increpación al Magistrado, que diariamente preside y permanece hasta que sale el Pueblo todo del coliseo; Díguese Señor V. M. de considerar quanto es el veneno que se vierte en este si corto, punible libro o libelo, quanta la justicia con que claman los exponentes quienes temen pueda inducir a otras mil fatales consecuencias, ya por lo menos conforme de algunas proposiciones, de el a mas de las dichas, y ya por las que creen tambien excitativas a la Anarquia.

»Estas se reconocen en las paginas 54, 69, 72 y 84 al ver que después de exponer, o sea decir en la primera que el teatro con las circunstancias que supone faltan en él son objetos que merecen la atención de un sabio y juicioso gobierno, exclama que *«como se permite representar unas piezas las mas perniciosas y de peor exemplo que los romances de los valentones?»* Que en la segunda y después de haber supuesto. si falsamente que el derecho de censurar y elegir los Dramas se le ha arrogado los que exponen y que estos dicen que no executan otros porque no hai quien se los lleve finaliza deduciendo la conclusión de que es *demasiada imprudencia* (así dice) *«mentir tan a las barbas de un pueblo pero mas extraño si cave que este calle y lo sufra sin saber porque»*. Que en la tercera donde igualmente impugna a los Actores el falso exceso de abandonar el teatro, y no guardar el debido decoro al Pueblo, increpa a este porque sufre, añadiendo que *«es una imprudencia que solo aquí* (adverbio de lugar relativo al Reyno o a lo menos la Corte) *podria pasar teniendo un derecho tan legitimo a vindicar»* y adelantando que ha llegado la osadía a pretender se prohiba censurarse sus faltas por escrito, frase, que si parece dirigida a los que exponen lo es al gobierno y vuestro Consejo Real de Castilla que con arreglo a lo que V. M. se dignó resolver en Agosto del año pasado de 88, mandó que no se incluyesen en los papeles periodicos cosa que desacreditase a las personas los teatros ni la instrucción Nacional. Y ultimamente que en la quarta, la 84, usa tomandose la voz general del Pueblo la exclamacion que dice *«¿Como permitirnos pues que reinen en ellos* (es relativo a los teatro) *los mas detestables vicios? Como un desorden de tanta consideración?»*

»Queda insinuado que hay tambien otras proposiciones menos conformes y su demostración no exige otra fatiga que la lección de los parrafos 2.^o pagina 2.^a y quarto al final pagina 4 en donde estan los dos siguientes: «La debilidad de los hombres es la que hace necesarias estas ciencias (va hablando de la elocuencia y poesia) por no moverle la simple virtud: consideraciones por las que deve causar no poca admiracion que las Naciones cultas no hayan tomado con mas empeño el procurarse buenos teatros y formar de este modo una Escuela para el pueblo, en la qual mejor que en ninguna otra se pueda cumplir el precepto de Horacio de juntar lo util con lo deleitable.» Porque la primera creen los que exponen que encierra un veneno acrehedor a inspeccion mas alta que la suya, y que si no tanto la segunda puede inducir a error mui facilmente aquel comparativo de la particula *que* y el adverbio de modo *mejor* que es con respeto a lo que dexan dicho en principio que se remiten a la innerrable censura de vuestra soberana proteccion.

»Estas pues, son a lo menos inductivas de error. Conocidamente injurias a la Nación, sus Magistrados, Autores de los Dramas y lo exponentes las que con respecto a cada uno han criticado por el orden de ellas. Y subversivas de el derecho del Pueblo, lo que igualmente han analizado, manifestando lo reprehensible de todas. Y pues no es justo que se toleren en un Reyno, de tanta justicia, instruccion y probidad, y si al contrario debido que se haga entender a todo el la devida moderacion, con que aun en el caso de ser util la reforma de este y otro ramo, se deben exponer los defectos o avisos que la exijan y al Autor que así uso de este el desagrado con que se mira, recogiendo en pena de su exceso el libro, sin olvidar la de que dé a los que ha ofendido aquella satisfaccion que la elevada soberana penetracion de V. M. estime correspondiente para su correccion y escarmiento con exemplo para otros, en esta atencion:

»Suplican reverentemente postrados a V. R. P. que en vista de lo expuesto constante todo de el libro que lo motiva y acompañan a esta humilde deprecacion se digne mandar que se recojan los exemplares todos que el se hubiesen impreso, dictando para satisfaccion devida a la Nacion, sus tribunales, Jueces literatos y

los suplicantes lo que mas bien fuese del soberano y siempre acertado quanto justificado agrado de V. M. cuja preciosa vida prospere el cielo los muchos años que la felicidad de sus Reynos exige y desean estos sus mas humildes vasallos.»

MARÍA DEL PILAR LAMARQUE.

Archivo de Hacienda de Pontevedra.



Don Manuel de León Marchante

«Este nombre es ejemplo de cómo pasan las reputaciones con las épocas. Pocos escritores del siglo xvii, en su último tercio, gozaron del general aplauso tanto como éste, y sin embargo, hoy es punto menos que desconocido y del todo no leído. Paréceme, que tan injustos fueron sus contemporáneos ensalzando con exceso su mérito, como lo somos nosotros relegándole a silencio absoluto.

Por los años de 1620 al 1627, nació en Pastrana a la vida común y en Alcalá de Henares, florecientísima Universidad, para las letras. Allí cursó la Filosofía, cuya borla de maestro ostentaba, y después la Teología, que no acabó. «A nadie es dado beberse todo un golfo», dice sentenciosamente el autor de una breve noticia biográfica incluida al frente de sus obras. Como en la portada de estas se advierte, fué Comisario del Santo Oficio, capellán del rey y del colegio de Manriques de Alcalá, y por último Racionero de la Magistral insigne de aquella ciudad.

Murió en 1680 y se le enterró en el mencionado templo, en una punta del crucero, hacia la puerta del claustro. Sobre su sepulcro se escribió el siguiente epitafio que yo he buscado repetida e inútilmente:

VIATOR, SISTE GRADUM.
MR. EMANUEL DE LEON,
A CAMOENIS, COMP. F. RE
SACRIFICIUM INQUISITIONIS
VINDICE FESTINA RAPIT ATRAPOS
IDIBUS OCTOBRIS AN. DOM. MDCLXXX.
PROCIUS MANIBUS
PORTIONARIJ HUIUS SANCTÆ ECCLESIAE
SACRAS QUOTANIS PERSOLVUNT IN EREIAS
PROFICUS FORTUNATISSIMI INGENIJ,
COLLEGÆ
FATALE HOC VIVÆ PIETATIS MOMUM.^{UM}
MOERENTES. D.
LEGE, ET LUGE.

Puede decirse que la verdadera patria de Marchante, o Merchante como también se le llama, fué Alcalá de Henares. Allí hizo sus estudios y alcanzó la alta investidura del magisterio, entre sus numerosos y perspicuos ingenios brilló gran-

demente, allí vivió y murió y en la Magistral, como hemos dicho, se guardan sus cenizas. Sobre asuntos alcaláinos versan la mayor parte de sus producciones. Por eso Portilla, historiador de aquella ciudad, le coloca en el número de los hijos adoptivos de ésta más privilegiados, unido su nombre al de Nebrija y otros hombres eminentes que de otras partes pasaron a establecerse a las orillas del celebrado Henares. *Sal nativa del parnaso* le llama a este propósito el referido cronista complutense.

Próximo a morir nuestro paisano y pensando que algunos de sus versos no convenían ni se ajustaban muy exactamente a la gravedad de su sagrado ministerio, repitió la acción de otros escritores, por sí mismos o por mano ajena, llevada a cabo con singular entereza. Dispuso, en efecto, y así lo encargó al religioso que consoló sus últimos instantes, que se recogiesen y quemasen todas sus producciones. Para cumplir el mandato de un moribundo hizo bien el obediente religioso en apresurarse a dar al fuego dichos escritos, porque de lo contrario, seguramente que de esta suerte les hubieran librado los amigos y admiradores del maestro León, más cuidadosos de deleitarse con los rasgos de su festivo ingenio, que de satisfacer escrúpulos casi póstumos.

Aun así, y a pesar de que en vida del autor se estamparon pocos de ellos, eran tantas las copias de mano que corrían, que no fué empresa imposible la de recoger la mayor parte y formar los tomos de la colección publicada muchos años después. No obstante, el erudito y entendido Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera en su precioso *Catálogo Bibliográfico del Teatro antiguo español* (pág. 212), sospecha que entre estos escritos pudo publicarse algo propio de D. Melchor Fernández de León, con quien suele confundírsele.

Pudiéramos decir sobre esto, que no serían muchas estas obras ajenas atribuidas a Merchante: 1.º, porque Fernández de León es posterior a él; 2.º, porque el estilo, profusión de equívocos y hasta sal excesiva del primero se notan bien, aun a primera vista; 3.º, porque su misma fama distinguiría lo bastante sus escritos para no ser confundidos; 4.º, porque la mayor parte de los asuntos expresan circunstancias de localidad, profesión, cargo, país, época, etc., íntimamente relacionadas con nuestro escritor, y de casi todas se sabe con toda certeza que son suyas.

Lo que debió suceder es precisamente lo contrario, que otros menos felices talentos se engalanasen con sus versos. Sucedióle de cierto lo que a Quevedo, con quien tantas analogías ofrece, que se le atribuyeron muchos dichos y agudezas más o menos felices, a que se quiso hacer valer y correr autorizándolas con su nombre. Sospéchalo así D. Lucas Constantino Ortiz de Zugasti, uno de los aprobantes del tomo I de sus obras.

El maestro León Marchante fué fecundísimo poeta, como lo prueban las muchas poesías que de él se han salvado, y el haber escrito en extraordinaria variedad de metros todo género de asuntos, desde el epigrama hasta la comedia. Asistió a certámenes y justas poéticas entonces muy en boga, y en algunas de ellas obtuvo premios en competencia con los más insignes escritores de su tiempo; en todas recibió aplausos. En el certamen celebrado por la Universidad complutense en honor del recién nacido príncipe Próspero (6 de febrero de 1657), desempeñó el cargo de segundo secretario y en el libro que se imprimió dió a luz algunas composiciones.

Honró los principios de algunos libros de su época con versos laudatorios de sus autores, como *El porqué de la Música*, del maestro Llorente, curioso tratado

impreso en Alcalá en 1672, versos que acaban con este singular concepto propio del carácter de León:

«Que lo que la envidia muerde,
»Es que sabe más bien.»

Escribió algunas comedias en unión del jesuita D. Diego Calleja, a quien profesó grande amistad; fueron: *La Virgen de la Salceda*, *Las dos estrellas de Francia*, *Los dos mejores hermanos*, *San Justo y Pástor*.

En el cuerpo de sus obras se dijo que la comedia *No hay amar como fingir*, estaba compuesta con dicho P. Calleja, pero en el índice se deshace este error.

Por cierto que el *Zurriago*, papel o libelo atribuido generalmente a Quevedo y por Valladares, que lo publicó en el tomo I de su *Semanario erudito* a Salazar, y que está dirigido contra el P. Calleja, a quien no nombra, dice lo siguiente sobre la confraternidad literaria de ambos autores:

«Sirvió (el jesuita) algún tiempo de peón en las obras que hacia el maestro D. Manuel de León, a quien suministraba materiales para la fábrica de aquellos entremeses a lo divino que hicieron de mancomún, confirmándolos con el nombre de comedias: llamando al uno, etc ». Añade que las gracias y chanzonetas pertenecen al maestro León.

Ciertamente que ofrecen escasísimo mérito literario las obras cómicas de este autor. Su argumento es detestable, su desarrollo poco feliz. Se introducen en ellas personajes ridículos e innobles y se emplea un lenguaje y unas chanzonetas impropias del asunto. Era tal la poderosa inclinación de León a lo festivo y humorístico, que no podía tratar en serio los más sagrados asuntos. ¿Quiérese prueba de ello? Pues la primera escena de *Las dos estrellas de Francia* lleva el siguiente epígrafe: «Salen D. Juan de Mata de Clérigo y Mortero de Gorrón.» En *San Justo y Pastor*, alternan con los dos niños mártires, Tizon, gracioso primero, y Peregil, gracioso segundo.

Léanse ahora algunos conceptos tomados al acaso de sus poesías sagradas:

«Viendo que está Dios desnudo
Hizo en Belén el Alcalde
Para vestir la verdad
Llamar los siguientes sastres.»

Acuden, en efecto, todos los sastres de las cercanías de Alcalá. Hablando del nacimiento de Dios:

«En la noche más elada
del erizado Diciembre
Echando un cuerpo de Cristo
Llegó a Belén un valiente.»

que es nuestro Señor.

En unas poesías dedicadas a San Juan Bautista:

«La vida quiero contar
(Porque a los oyentes quadre
Esta fiesta singular)
De aquel que supo danzar
Desde el vientre de su madre.»

De San José:

«Escuchen todos la vida
De aquel carpintero santo,
Que rogando a Dios estaba
Siempre con el mazo dando.»
.....

El hacer postigos fué
Lo que le traxo alcanzado,
Pues para cumplir andaba
Por puertas algunos ratos.

Y estos conceptos no son los más irrespetuosos.

Algunas de sus poesías se imprimieron sueltas, como son la mayor parte de sus obras dramáticas y la famosa *Relacion de los toros de Meco*. Unas y otras son muy raras y de las primeras no creo que el diligentísimo Barrera haya visto ejemplar alguno. De la segunda he visto dos ediciones distintas, impresas sin lugar ni año.

El mérito característico de Marchante consiste en su espontaneidad y chiste. Lo festivo era nativo en él como en Quevedo, a quien quizá se propuso imitar, y con el que puede competir algún tanto en lo chispeante del concepto y en la fecundidad de los equívocos. Tenía sin igual gracejo en la mayor parte de los casos, aunque extremaba esta propiedad hasta degenerar a veces en lo chocarrero y extraño. Pero más veces fué acertado y gracioso que extravagante, y casi siempre es saludísimo. La lengua en él era eminentemente epigramática: en ocasiones también la manejaba con sencillez y naturalidad. Las menos se manifiesta poeta lírico. Dióse mucho a lo conceptuoso, como que era el humor dominante en los escritores de su época.

Veamos ahora sus obras:

Relacion de la fiesta de toros, que corrió la villa de Meco a 7 de junio de este presente año, y de la guerra, que tubo con los de Alcalá de Enares, en que se da larga quenta de la canela, y azucar piedra que se repartió, y la grande cosecha que hubo de palos y pederadas. Conpuesto por un Poeta hijo de la piedra vendese la relacion de la canela a dos quartos el pliego porque no se dan palos de ualde.

Ya he dicho que hay diferentes impresiones de este papel, como lo prueban diferentes testimonios. El es quizá el primer ensayo público de nuestro autor, o al menos, el trabajo que más fama le dió. Son varias las citas y referencias de él que he visto en libros contemporáneos.

A él se refiere uno de los aprobantes de la colección de las obras de Marchante cuando dice: «En sus más vulgares coplas, entren las de las Lunadas fieras de Meco, etc.» Su biógrafo cuenta que estando en la lonja de San Sebastián de Madrid el insigne Calderón de la Barca, pasó un ciego vendiendo dichas coplas, y el gran dramaturgo le compró hasta dos docenas que llevaba, diciendo: «Son más dignas de las mejores librerías que para abandonadas para los ciegos.» El mismo biógrafo añade que se han hecho de ellas multitud de ediciones.

La relacion refiere muy graciosamente una de tantas peleas como entónces provocaban en los pueblos comarcanos la osadía de los estudiantes alcalaínos y su desenfadada manera de tratar a hombres y mujeres.

Obras Poéticas Posthumas, que a diversos assumptos escribió el Maestro Don Manuel de Leon Marchante, Comissario del Santo Oficio de la Inquisición, Capellan de su Magestad, y del Noble Colegio de Caballeros Manriques de la Universidad de Alcalá, Racionero de la Santa Iglesia Magistral de San Justo y Pastos de dicha ciudad. Divididas en tres classes, Sagradas, Humanas y Cómicas. Vease el prologo al lector. Dalas a luz un su aficionado, y las dedica al Muy Ilustre Señor Don Luis de Salazar y Castro, Comendador de Zorita, Cavallero Procurador General del Orden de Calatrava, del Consejo de su Magestad.... Con privilegio. En Madrid: Por Don Gabriel del Barrio, Impresor de la Real Capilla de su Magestad. A costa de Fernando Monge, Mercader de Libros. Vendese etc. Año MDCCXXII. (Portada con orla).

Dedicatoria del editor.—Aprobación del Doctor D. Diego Lucas Jiménez. Licencia del Ordinario a 23 de julio de 1721.—Aprobación del Doctor D. Lucas Constantino Gil de Zugasti.—Suma del privilegio.—Erratas.—Suma de la tasa. Prólogo del coleccionador.—Texto.—Índice.

Consta la obra de tres tomos en 4.º; el 1.º tiene 12 hojas de principios, 468 páginas de texto y 2 hojas de índice. El 2.º impreso en la misma casa en 1733, 9 hojas de principios, el retrato, grabado malamente en madera, del autor, 384 páginas de texto y 4 de índice.

Acerca del 3.º conviene saber que el eruditísimo Sr. Barrera, en su *Catálogo del Teatro antiguo*, dice que empezó a imprimirse, pero que no llegó a ver la luz. Se equivocó el diligente bibliógrafo. Yo he visto un ejemplar que carece de principios y de portada (quizá no la tuvo nunca y se destinaba para unirse al tomo 2.º), con el retrato del autor al frente y cuya primera página lleva el siguiente encabezamiento:

Obras Poeticas Posthumas del Maestro Don Manuel de Leon Marchante. Classe segunda, que contiene todos los assumptos humanos, que se han podido adquirir.

Este ejemplar del tomo 3.º, si así es permitido llamarlo, llega sólo hasta la página 184 en que se interrumpe violentamente la impresión sin acabar la mogiganga de la *Manzana*. ¿Consiste en que es un ejemplar incompleto o que se acabó la impresión de dicha página y de tal manera? Me inclino a creer lo último y que con los pliegos ya impresos se formó este tomo 3.º Me confirma más en esta opinión el carecer de principios, pues sabido es que casi siempre los principios de los libros se imprimían acabado el texto.

Este tomo, continuación o lo que sea contiene además de diferentes poesías, recogidas sin duda a última hora y en virtud de esquisitas diligencias, las obras dramáticas siguientes:

Loa para la compañía de Caballero que empezó un temporada de representaciones en Alcalá. Son los personajes los actores de dicha compañía, cuyos nombres se mencionan.

El paseo del rio de noche, entremés; *El Alcalde de Mayrena*, ídem; *El rey de los tiburones*, ídem; *Las tres manías, y visita de los presos*, ídem; *El astrólogo y los sacristanes*, ídem; *La vidriera*, mogiganga; *Los Reales Sitos*, ídem; *Los motes*, ídem; *La manzana*, ídem.

Casi todas estas obras se representaron ante los Reyes: doy aquí su noticia detallada porque el Sr. Barrera (a quien forzoso es citar a cada paso cuando se trata de escritores dramáticos) no cita de ellas más que *Los motes*, cuyo autógrafo vió en la Biblioteca del Duque de Osuna y *La Manzana*, incluida en la coleccion titulada *Floresta de entremeses*, Madrid, 1691.

Las demás poesías que comprenden las obras póstumas pertenecen a todos los géneros y están escritas en variedad de metros. Unas son villancicos, canciones, décimas, seguidillas, odas o redondillas de asunto sagrado; otras romances, sonetos, décimas, etc., sobre la muerte de una vieja, a un predicador a quien le dieron una almendrada mal hecha, a la profesion de una monja, en alabanza de un libro, en elogio de un Doctor y así por el estilo. Es decir, que para él no hubo asunto vedado, aunque el tono de sus escritos rara vez deja de ser festivo. Es de notar que el tomo primero contiene poesías sagradas y profanas, incluyendo las dramáticas y el 2.º sólo sagradas.

Entremés famoso del Abad del Campillo, por D. Manuel de Leon Marchante. Publicóse en la coleccion titulada *Ociosidad entretenida* de entremeses, jácaras, etcétera, Madrid, 1668.

Loa de Planetas y de signos, de D. Manuel de Leon Marchante. Incluida en el *Vergel de entremeses*, Zaragoza, 1675.

Entremés famoso del Refugio de los Poetas, de D. Manuel de Leon Marchante. Impreso en una coleccion que posee mi ilustre amigo el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra.

Mogiganga de la Manzana, de D. Manuel de Leon. En la *Floresta de entremeses*, Madrid, 1691 y en los *Entremeses varios*, Zaragoza, imprenta de Dormer.

Entremés, El Gato y la Montera, de D. Manuel de Leon Marchante. Publicado en la *Arcadia de entremeses*, Pamplona, 1700.

Alguna otra composicion pudiera atribuir a este distinguido alcarreño, pero esto es cuanto a ciencia cierta puedo decir de él.

JUAN CATALINA GARCÍA.

(De la *Crónica de la Exposición provincial de Guadalajara*, núm 5 (16 de octubre de 1876), págs. 37-39).



Juguetes alemanes del siglo XVIII en Madrid

Entre las numerosas cuentas de gastos extraordinarios del príncipe de Asturias D. Carlos, luego D. Carlos IV, que conserva el Archivo general de la Real Casa (1) aparece una nota y cuenta de cuatro cajones de juguetes de Alemania, para niños, que se remitieron el 14 de febrero de 1784 al Real Sitio de El Pardo, para la servidumbre de sus altezas las serenísimas señoras infantas.

(1) Príncipe D. Carlos. Número 47.

En ella aparecen una cacería grande de *mobimiento* completa, en 250 reales; una caja con todo género de frutas, en 92; dos máquinas chicas, a ocho pesos cada una, que ascendían en junto a 240 reales; otra muy grande con sonantes, en 880; un gato, en 26; un perro grande que ladraba, en 46; dos camellos grandes de movimiento con sus figuras, a 62 reales cada uno, en 124; un monte con figuras de movimiento, en 244; un coche fino grande con sus caballos, en 480; un armamento con sus resortes, de artillería, en 330; un elefante grande con su dosel de terciopelo, y figuras vestidas, *todo a lo natural*, en 662; un carro completo de campaña lleno de menudencias, en 158, y otro carro mayor cargado de todo género de muebles, en 224.

Montaban, además, los cuatro cajones, a 10 reales cada uno, en 40 reales, y por encerado para cubrirlos y cuerdas, en 36, dando un total importe la cuenta de 3.832 reales.

Firmaba la cuenta en Madrid, a 24 de marzo de 1784, Pedro Schrepp, mercader que vivía en la Casa de los Alemanes de la calle de la Montera.

El duque de Uceda decretaba en 30 del mismo mes y año, en El Pardo, que se remitiese la anterior cuenta a la Contaduría del Príncipe para que se librase su líquido importe sobre los reales alimentos de su alteza, lo cual tuvo efecto en 2 de abril siguiente.

R. DE AGUIRRE.

RESEÑAS

MANRIQUE, JORGE.—*Cancionero*. Prólogo, edición y vocabulario por Augusto Cortina Aravena. (*Clásicos Castellanos*, 94.) Ediciones de *La Lectura*. Madrid, 1929, 269 págs.

La empresa de ordenar y editar —edición crítica— las poesías todas de Jorge Manrique, casi la sola de analizar el contenido de las coplas, es titánica y requiere un cúmulo de conocimientos, una voluntad de trabajo y el manejo de tales elementos críticos, que a quien se haya sentido dotado de ese don sobrenatural y haya puesto manos en la obra hay que admirarlo y alabarlo: si acertó, por la grandeza de su obra, grande como pocas en la investigación literaria; si fracasó, por el heroísmo de que se siente capaz y por los frutos que habrá que esperar de su pluma y de sus arrestos en el porvenir, cuando la fortuna le sea más propicia y los medios se le rindan con más facilidad. En el primer caso, la figura del investigador feliz se agiganta hasta las proporciones del coloso a quien las generaciones veneran y miran de abajo arriba, con respeto; en el segundo, con la admiración que inspira el héroe que sucumbe víctima de su arrojo: se quemará la casa que quiso salvar, se hundirá el mundo que intentó sostener, se perderá la gran batalla que se libró y para la cual encendió a las multitudes con el fuego de su ejemplo; pero la figura del héroe, el recuerdo de la hazaña, eternizada en el mármol, será siempre consuelo ante las lamentaciones de las pérdidas.

¿En cuál de estas dos categorías se ha colocado el Sr. Cortina Aravena, que ha sido el encargado de realizar la edición del *Cancionero* de Manrique, y ha redactado el prólogo, puesto las notas y seleccionado y explicado el vocabulario?

Veámoslo:

Consta el prólogo de tres largos capítulos, dedicados, el primero, a la genealogía de los Manrique primeramente, y luego a las hazañas del maestro de Santiago, D. Rodrigo, padre de Jorge; a la vida y hechos militares de Jorge, e segundo; y en el tercero analiza el prologuista las coplas: contenido, difusión, valor estético y fuentes probables. Sigue luego en el tomo, tras una somera confesión del criterio seguido, la bibliografía —extensa y nutrida: a), manuscritos; b), glosas, ediciones, traducciones y algunas imitaciones—, y a continuación se insertan las poesías de Jorge Manrique —la edición crítica, anotada por Cortina Aravena—, que acaba con las coplas, y cierra el tomo el vocabulario de las palabras que creyó el editor merecedoras de explicaciones histórico-filológicas en las notas del texto.

Analicemos, pues, por partes y ordenadamente.

Se sigue paso a paso en el capítulo primero, como lo había hecho Menéndez y Pelayo (*Antología de poetas líricos castellanos*, tomo VI), a Salazar y Castro en la *Historia genealógica de la casa de Lara* (vol. II), y a los cronistas coetá-

neos, A. F. del Pulgar, A. de Palencia y Enríquez del Castillo, y la *Crónica de Don Juan II*. Ni una noticia nueva, ni un dato producto de investigación original en lo tocante a Rodrigo Manrique, salvo el apuntar la sospecha de que no es el primer conde de Paredes D. Rodrigo, sino su hijo y sucesor D. Pedro, el autor de las coplas —salvo la primera—, que aparecen en el *Cancionero* de Castillo como del conde de Paredes. «Una investigación minuciosa me ha informado —dice— de que la canción que comienza: *Grandes albricias te pido...* es de Rodrigo; pero las dos series de coplas enderezadas contra Juan Poeta son de Pedro Manrique, primogénito de Rodrigo y tío de Jorge... Queda, por tanto, descubierto un nuevo poeta perteneciente a esta familia.» La argumentación en que funda su sospecha, productora de la solemne afirmación final, es floja. Aunque en el *Cancionero* manuscrito, número 3.758 de la Biblioteca Nacional, figure la aclaración de que el conde de Paredes se llamaba D. Pedro Manrique, no hay que olvidar que pudo haber confusión en el anotador anónimo, muy posterior al hecho que pretende aclarar. Habría que profundizar en el tema y llegar a una conclusión más razonada —todo lo «minuciosa» que haya sido la verificada— y segura sobre el extremo, para aventurarse a dar como de Pedro lo que puede ser de Rodrigo, y donde el *Cancionero* lo atribuye todo a la misma persona.

En el capítulo segundo, dedicado a Jorge Manrique, sigue el autor paso a paso a Menéndez Pelayo en la obra y lugar citado más arriba —laudable sometimiento al maestro de investigadores y críticos literarios; maestro y guía más de cerca de los que quieran editar todas las composiciones de Jorge Manrique, puesto que da en nota (*Antología*, VI, páginas CX-CXIV) la lista de ellas y de los sitios en que se encuentran—; glosa a Menéndez Pelayo y le copia o extracta en más de un lugar. Por eso parece más injusta alguna que otra frase agresiva para nuestro polígrafo, que si tuvo defectos, si se pueden encontrar deficiencias —más que errores— en sus obras, todavía concretamente, en el estudio de Jorge Manrique, no ha sido superado y ha sido, en cambio, seguido. Acaba señalando el concepto unilateral que se tiene vulgarmente del poeta: «Suele considerarse a Manrique como un personaje noblemente melancólico, autor de ciertas célebres coplas, que se vienen repitiendo de modo fragmentario, y de un conjunto de composiciones insignificantes; pero es el caso que estas composiciones insignificantes reflejan buena parte de la vida espiritual y son casi toda la obra del poeta.» ¡Cuánto pierde Manrique con esta afirmación, y cómo decrecerá la estimación de la gente hacia él el día que llegue este convencimiento a vulgarizarse! En cambio para el público a quien se destina la presente edición crítica, público de investigadores o de dedicados a estudios literarios, nada nuevo se les dice: todos conocían ya la producción total del poeta «guerrillero»; todos han leído a Menéndez Pelayo, que señala bien claramente la distinción y destaca el caso de las coplas; caso único —dice— en nuestra producción literaria; momento feliz de inspiración que salva un nombre, pero no redime una obra mediocre, adocenada e incolora dentro de la lírica sujeta a molde, de tópicos y frases hechas, de asuntos prefijados, de la segunda mitad del siglo xv.

El estudio que hace Cortina Aravena de las «Coplas a la muerte de su padre»—tercer capítulo del prólogo— es un extracto de lo dicho por Menéndez Pelayo, pero sin la visión certera y amplia que caracteriza a éste, si exceptuamos el pretendido «plan a que obedece la obra», plan que en el estudio actual se reduce a la descripción de la marcha del poeta a través de la historia hasta encuadrar la figura de su padre, el condestable, en su época. En cuanto a las fuentes concluye,

como Menéndez Pelayo, defendiendo que el origen inmediato de las coplas es el *Planto de las virtudes e poesías* y las *Coplas para el señor Diego Arias de Avila*, obras de Gómez Manrique, tío del poeta.

En cambio ni una palabra de las dos coplas encontradas en el pecho a Jorge Manrique a su muerte, ni de la continuación por Rodrigo Osorio, que se insertan en la edición del *Cancionero general de Sevilla*, 1535; ni una línea para justificar la ausencia de ellas en el texto editado, ni una razón en pro o en contra de su autenticidad, ni una alusión al hecho.

Está hecha la edición siguiendo como base de ella dos textos: el *Cancionero general*, en sus dos ediciones, de Valencia, 1511, y Toledo, 1520 (la segunda para las variantes) en lo que se refiere a las obras menores de Jorge Manrique. Las coplas están editadas según la lectura del *Cancionero* de Ramón de Llavía (Zaragoza, Hurus, 1490) y anotadas las «variantes ofrecidas por las coplas que ingirió Diego Barahona en sus glosas [sin l. de e.], 1512» (*sic*. Volveré sobre esta fecha).

En cuanto a las poesías menores, todos hubieran agradecido más que una reimpresión del *Cancionero* de los *Bibliófilos Españoles*, el que hubiese señalado variantes, no de otro *Cancionero* impreso, sino de los diversos manuscritos —de alguno o algunos, por lo menos, conocidos— que contienen obras de Jorge; esa reimpresión, escrupulosa también y cuidada, está aún hoy al alcance de todas las manos con el *Cancionero del siglo XV*, recopilado por Foulché-Delbosc en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. Sin embargo, pudo el editor considerar más útil su procedimiento, o por suponer defectuosa la edición del *Cancionero del siglo XV*, o por creer más auténtica la lectura de 1511; pero no cabe duda de que lo que hoy hace falta —supuesta la conveniencia de una edición de esta clase— es la revisión de la lectura impresa a la luz de los manuscritos, que deben ser para algo más que para una pelada enumeración de ellos.

Donde ya no se puede admitir esa interpretación personal es en lo referente a las coplas. ¿Por qué se elige precisamente como base de la edición la del *Cancionero* de Llavía? Esta es la cuarta impresa, por lo menos, en orden de antigüedad, y nada autoriza a suponer que sea la más fidedigna; hay actualmente tres manuscritos de las coplas estimables y dignos, si no ya de ser editados, por lo menos sí de que se tengan en cuenta: el *Cancionero* existente en el British Museum, Egerton 939; el de la Biblioteca de El Escorial, III, K. 7, y el de Castañeda, que estuvo en poder del difunto marqués de Laurencín, quien lo vendió a un librero anticuario y en manos de éste se perdió la pista del tomo. También merecen ser tenidos en cuenta para las variantes las ediciones impresas de las coplas, anteriores al *Cancionero* de Llavía. Hago esta afirmación porque, o no tiene razón de ser una edición actual, o tienen que poderse comparar, por lo menos —debía de ser superior—, con la edición de Foulché-Delbosc, publicada dos veces, una en francés, las explicaciones y notas —Macon, Protat Hermanos, sin año, y la otra en castellano —Madrid, imprenta de Fortanet, librería de Victoriano Suárez, 1912—, y Foulché utiliza no sólo el *Cancionero* Llavía, sino las ediciones anteriores y varios manuscritos, entre ellos el de Londres y el perdido de Castañeda, para sus variantes, teniendo además en cuenta la *Glosa famosísima* de Alonso de Cervantes (Lisboa, 1501), de donde procede la de Barahona, y de cuya edición citada hay un ejemplar en el British Museum y otro estaba en la aventada biblioteca Laurencín, y se puede considerar, hoy por hoy, por circunstancialmente perdido, por la negativa del librero comprador de esta

biblioteca a dar el nombre del bibliófico (?) a quien han ido a parar éste y los otros libros valiosos de Laurencín, entre ellos el *Cancionero* de Castañeda (1).

Bien es verdad que el Sr. Cortina Aravena no disfrutó estas magníficas ediciones. Y fundo esta afirmación en que la cita que de ellas hace en la bibliografía del tomo presente está hecha de oídas. Supone editada en Barcelona la primera —«Barcelona: Macon, Porta-Hermanos» (*sic*)—, y de la segunda dice que no tiene lugar de edición, cuando constan muy bien en su colofón el impresor y el editor citados por mí más arriba. El texto de Barahona que le sirve para las variantes tampoco lo conoce; las glosas de Barahona han llegado a nosotros por una sola edición (1541) y un solo ejemplar (el de Huntington, que lo publicó en facsímil en 1902. New-York, por Archer M. Huntington). El Sr. Cortina describe una edición que no existe de 1512, y otra de 1541; de una manera tan vaga las dos citas, que bien se observa que no ha tenido en la mano los tomos correspondientes, y cita además del mismo modo inconcreto la edición facsimilar de 1902. ¿De dónde procede el error de Cortina sobre esa pretendida edición de 1512? Muy sencillo: En las bibliografías, cuando se recoge la edición de 1541 describiendo el ejemplar de Huntington, se suele citar la fecha tal y como está allí, con numeración romana: M. D. xli; el Sr. Cortina —error explicable, aunque imperdonable, tratándose de texto que juega papel tan principal en su edición de las coplas— leyó doce en esa última parte de la fecha, interpretando la *l* como una *i* más y no como lo que es, *l* = cincuenta. Luego ha oído hablar de la edición de 1541 y lo anota, pero sin seguridad (2).

La misma vaguedad de cita se nota en toda la bibliografía —copiosa, por cierto— que figura en el apartado correspondiente; muchas de las notas bibliográficas están tomadas de Menéndez Pelayo, y como nuestro humanista no tenía la preocupación de concretar sus citas en notas, aparecen aquí del mismo modo imprecisas. Sirva de ejemplo la del conde de Puygmaire, que aparece así [Traducción francesa de algunas coplas de «Elegía»]: «por T. J. Boudet, conde de Puygmaire, año 1873». ¿En qué lugar?, cabe preguntar. Es en la obra conocidísima *La cour littéraire de Don Juan II, roi de Castille*. París, A. Franck, 1873, dos volúmenes.

Una última observación respecto al texto y vocabulario: la numeración correlativa del principio al fin, y no por páginas, de los versos todos origina confusión en las citas y molestias graves, a cambio de proporcionar un dato infantil: el número total de versos de Manrique.

Es defectuosa la explicación de muchas de las palabras (3); es pueril la de

(1) Utiliza Foulché-Delbosc los siguientes textos: A, *Cancionero* de Iñigo de Mendoza, 1482; B, Idem de id., 1485; C, Ms. III K-7 de El Escorial (*Cancionero del siglo XV*); D, *Cancionero* de Ramón de Llavia; E, *Cancionero* de Castañeda (consultado en la biblioteca del marqués de Laurencín), y F, la *Glosa famosísima*, del Lic. Alonso de Cervantes, Lisboa, 1501, ejemplar del British Museum. En la segunda edición, 1912, Foulché-Delbosc tiene en cuenta, además de estos textos, el siguiente: G, el manuscrito del siglo xv del British Museum, Egerton 939.

(2) El mismo error de interpretación figura en el *catálogo* del librero P. Vindel, 1928, reimpreso en 1929.

(3) Estrena (V. 63) no significa *dádica*, sino *comienzo*; «cobra» (V. 382: la tristeza que me cobra) no significa aquí *adquirir*, *lograr*, sino *coger*, *embargar*; «cativo» (V. 439: «Y en hallándome cativo y alegre de tal prisión») nunca significó *malo*, *desdichado*; ahí, como siempre, significó *cautivo*. De los textos que se insertan para apoyar el primer valor resulta precisamente lo contrario; pero la última de las citas de *La Celestina*, I, 102 («Cada uno destos *cativa* y mezqu-

otras muchas, reducida a veces al mero análisis gramatical para principiantes de los vocablos, lo cual, en una edición crítica y erudita, puesto que no hay que suponer que el autor pensara en la necesidad de tales análisis, dada la categoría de los lectores, no se ve qué objeto tengan (1); queda, finalmente, sin explicación alguna otro número regular de palabras que, siguiendo un criterio racional, deberían estar aclaradas (2).

¿En cuál de las dos categorías de beneméritos de la investigación habrá que catalogar, a tenor de lo dicho al principio de esta nota, al autor de la edición del *Cancionero* de Jorge Manrique? Yo, sin titúbeo alguno, le catalogaría en la segunda, en la de los héroes sacrificados estérilmente ante el altar de una diosa —la erudición— que exige muchos sacrificios, grandes conocimientos, santa paciencia benedictina, espíritu de trabajo y estoica resignación que se conforme con sus desvíos, sin perder los ánimos para nuevas y más sagradas empresas histórico-literarias. Y esta última condición creo que le sobra al Sr. Cortina Aravena.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.



GARCÍA SANCHIZ, FEDERICO.—*El viaje a España*. Libro para todos, y especialmente para viajeros y lectores hispanoamericanos. Andalucía y Extremadura. Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1929; 340 págs. + 2 hojas.

Dos peligros extraordinarios —luego del sin fin de los ordinarios peligros— traen o llevan consigo los libros llamados de viajes: la ineficacia impresionable y descriptiva del viajero y la erudición «baedekeriana», tan tentadora para quienes escriben de viajes desde «alrededor de su cuarto».

No todas las retinas se orientan y revelan en sentidos que puedan emocionar después a sentidos ajenos. Casi ninguna pluma acierta a escribir en toda su fuerza, enjundia y colorido, la exterior efervescencia de paisajes, costumbres, maravillas y ritmos de siempre, del pasado y del presente. Basta un preciso objetivo —léase cultura precisa— para enfocar debidamente. Pero la nota característica, la necesaria graduación, el retoque del encanto final se da en el laboratorio..., en el que son indispensables la sensibilidad más absoluta atemperada a la gracia más escueta.

namente procuran su interesse»), es impropio: ese *cativo* no procede de *captivus* latino, sino de *caveo*, *cautus*; *cativamente*, en este *pasaje*, procede de *cauto*, *receloso*, *solapado*, y nunca se puede comparar con *cautivo*, de *captivus*. «Librado» (V. 906: «es de los más mal librados») no es *expedido*, *comedido*, *otorgado*, como explica la nota; tenemos ahí la misma frase hecha actual de *bien librado* y *mal librado*, *afortunado* o *desgraciado*, etc., etc.

(1) V. 91: *Subiecto*, p. p. irreg. de sujetar, sujeto (del latino *subjectus*); *cava*, f., cueva u hoyo (del lat. *cava*); *sendas*, adj. fem., una para cada uno; V. 409: *Noramala*, adv. de m., enhoramala; V. 425: *artero*, mañoso, astuto. Hoy se toma siempre en mal sentido, etc., etc.

(2) *Desamar* (V. 151), *defensar* (V. 154), *fustes*, del verbo *ser* (V. 57 y 354), *escusación* (V. 231), *agros* (V. 475, *cruces*), *sentido* (V. 513, *suelo*), *reguardando* (V. 514, *mirando*), *enamorada* (V. 520, *amor*) y muchas otras.

De estos pocos buenos fotógrafos y excelentes expresionadores, Federico García Sanchiz. Ha viajado mucho nuestro viajero... Logró un *nuevo descubrimiento de Canarias*. Hizo acopio de sol en un Marruecos cosmopolita de mil y una sensaciones [Vid. *Color*]. Se trajo las más verídicas y sensacionales referencias y sucedidos de Sanghai [Vid. *La ciudad milagrosa*]. Pero estos viajes anteriores eran «puramente» de ameno esparcimiento; la papeleta bibliográfica no tiene razón de estar en revistas de erudición.

Este *Viaje a España*, que ahora inicia bajo los mejores auspicios, se nos llega con un empaque de libro que sabe por qué tenerlo. Infulas de buena ley. Doctos resabios no exagerados. Exigencia justa, en suma, de la papeleta bibliográfica en las revistas llamadas de erudición.

Admitido el criterio hispanoamericanista de su libro, ha sabido escoger García Sanchiz, con indudable criterio, la primera etapa de la excursión nacional. Andalucía .. ¡Ese puerto de Palos, por el que se llega a América en naos o en hidroplanos!... Sí; García Sanchiz sabe que ese punto, desde el que salimos a descubrir, a conquistar, puede ser el señuelo para que vengan a descubrirnos, a conquistarnos. Y luego, claro, el itinerario obligado, y alguna vez hasta los obligados adjetivos y metáforas: Cádiz, modelo de ciudad americana del Pacífico; el oro caliente, la sangre aurina de Jerez; Sevilla..., una maravilla que es una torre —torre árabe era, torre mudéjar ahora..., por el copete, no en el estilo, por supuesto, sino en eso de la cristianización de lo árabe—, otra maravilla que es una explosión de barroquismo, y otra que es el sol omeya del patio de los Naranjos... Y así sucesivamente. Con agrado mucho en conjunto la obra de García Sanchiz, se precia y aprecia más en muchos de sus detalles. La erudición es concreta... ¡y exacta! en las partes —véase una *Meditación en el Archivo de Indias* o *Cristóbal Colón* en Córdoba—, buenamente comprobadas; el estilo es la perfecta orfebrería, el linaje previsto de la realización; la emoción se gradúa desde los epígrafe, un poco románticamente evocados..., con un a'go de armonía de «suite» española, lenta y apianada. No estábamos, no, acostumbrados a escritores viajeros de envergadura tal; desde el docto oasis de las revistas «profesionales» —al decir—, se miraba con desdén la vaga literatura descriptiva. García Sanchiz se jactará de la rectificación; su *Viaje a España* trae la clara procedencia de las más puras disciplinas; debe incluirse con una nota sencilla, eso sí, entre las notas más o menos sencillas de una revista de erudición, sin que asuste a nadie ni extrañe a nadie, cuando menos.

S. DE R.



BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO.—*Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Tomo V. Barcelona, Salvat, editores, 1929, 528 págs., 4.º.

Cada tomo de esta monumental historia constituye en cierto modo una obra aparte, no sólo por ser una etapa distinta y con personalidad propia en la evolución de nuestro pueblo, sino por su diversidad de fuentes informativas y materiales de trabajo. Bien merece, pues, una reseña separada.

Sobre el carácter general del libro del Sr. Ballesteros Beretta, sus méritos relevantes y el lugar privilegiado que de hecho le corresponde en la bibliografía hispánica, traté ya en esta Revista (1).

Sólo me corresponde aquí ceñirme a un comentario respecto a este tomo V.

Conságrase íntegramente a los Borbones españoles del siglo XVIII, y al imperio español de Indias, al que, como en volúmenes anteriores, dedica un extenso capítulo final. Pero todo eso es examinado en su aspecto estrictamente político. La civilización española e hispanoamericana de ese período (tan importante y bien conocida ya, como lo revela el magno libro de Desdévise du Dezert) será seguramente objeto especial de otro volumen entero, quizás llamado segunda parte de este tomo V, a la manera que el llamado tomo IV, de los Austrias, fué desglosado en dos partes, formando en realidad dos tomos.

Serán, pues, de hecho siete grandes volúmenes los que el autor dedique a la historia española hasta el fin de los tiempos modernos, y es de suponer que llegará hasta el fin, consagrando otro par de tomos a la edad contemporánea, singularmente a nuestro siglo XIX, jamás tratado aún en su plenitud; pues ni D. Rafael Altamira, tan conocedor de él, absorbido por otras tareas, acaba de hacer la historia contemporánea que esperamos hace años; ni el Sr. Zabala Lera, en su notable manual sobre *Los Borbones*, llevó más allá de 1833 el estudio de nuestra vida y organización internas.

Por lo publicado ya de la *Historia* de Ballesteros, veo confirmada la observación que hice al empezar aquélla a publicarse, respecto a la necesidad de rectificar su primitivo plan, que pretendía reducir a cortos límites el desarrollo de los tiempos modernos. Hubiera sido lamentable desproporción, en que no podía incurrir persona de la cultura, ponderación y perspectivas históricas del autor. A éste sus investigaciones y al editor el éxito de la obra, les ha hecho ir ensanchando, duplicando quizás, el primitivo marco en que pretendían encuadrarla. Mucho gana con ello la historiografía española.

El tomo que motiva estas líneas es en todo hermano de los anteriores: igual superabundancia informativa, iguales serenidad y objetivismo en el comentario; la propia riqueza en presentación e ilustraciones.

Más de 500 grabados y 45 grandes láminas, en negro o en color, esmaltan el volumen, siendo cada una de estas figuras un documento histórico de absoluta autenticidad, y nunca cuadros de fantasía como los que ilustraban las anteriores historias.

Para formar ese enorme *stock* único, ha puesto a contribución el autor archivos, bibliotecas, museos, colecciones de retratos, estampas de época y toda suerte de objetos antiguos, así nacionales como extranjeros, así públicos como privados. De ese modo se ofrecen a nuestra contemplación toda clase de personajes: soberanos, reinas, príncipes e infantes de fuera y dentro de España, ya individualmente, ya en grupo —las familias de Felipe V y de Carlos IV en los cuadros de Van Loo y Goya, respectivamente—; caudillos de mar y tierra, estadistas, ministros, consejeros, virreyes, embajadores, allegados reales, como el célebre músico Farinelli, damas de historia, desde la princesa de los Ursinos a Teresa Cabarrús; escenas interesantes sorprendidas por lápices de la época, fiestas palatinas, recep-

(1) En el número de octubre de 1927, págs. 500-502, hice referencia a esta obra, y de modo especial a su tomo IV, dedicado a la Casa de Austria.

ciones, proclamaciones o renunciaciones de príncipes, bodas y entierros, motines, como los de Esquilache y Aranjuez, bailes o conciertos íntimos, tan abundantes en aquel siglo de melómanos. De igual modo se nos hace conocer las firmas, trajes, armas, muebles y objetos de toda índole que usaron los personajes, las habitaciones y casas que habitaron, los lugares que los vieron nacer o fueron teatro de sus hechos, facsímiles de las cartas que escribieron, navíos que los llevaron por la mar, reproducciones de sus escudos y trofeos; sitios de combates y demás hechos célebres, planos, mapas, ciudades, calles, palacios, iglesias, jardines, puertos, montes, murallas, castillos, panoramas americanos; en suma, cuanto pueda ayudar a que conozcamos plásticamente en España, Europa e Indias la vida de aquel siglo galante y reformador.

El arsenal bibliográfico acopiado en el volumen es imponente, reuniéndose en varios centenares de notas al fin de cada capítulo, acompañadas de una bibliografía suplementaria en el mismo lugar, más una bibliografía adicional al fin del tomo. En conjunto, son miles de obras apiladas y clasificadas por primera vez; no sólo libros y folletos, sino artículos de revista y hasta reseñas críticas de publicaciones. Además, en el texto, al frente de cada personaje o suceso de importancia, aparece un concienzudo estudio de su historiografía.

El relato ofrece novedades, como la extensión dada a la parte americana, y el incluirse con buen acierto la historia de españoles célebres que han vivido fuera de su país. Tal es el caso de los españoles en la Revolución francesa, punto en que el autor sigue las huellas de Miguel de los Santos Oliver, evocando las dramáticas figuras del abate Marchena, Teresa Cabarrús, Andrés María Guzmán, Hevia, Martínez Ballesteros y otros, que abrazaron en Francia la causa de los revolucionarios, y cuyas andanzas están exhumando ahora el colaborador de esta Revista Sr. Núñez de Arenas y algunos otros eruditos.

Nuestro siglo XVIII, es época de grandes influencias extranjeras en España, desde sus orígenes con la europea guerra de Sucesión, que decide sobre la suerte de nuestra monarquía, hasta su término, en que la Revolución francesa de 1789 sacude profundamente aquí los espíritus, trastorna las relaciones políticas, y acaba —con su derivación Bonaparte— por arrollar la dinastía y poner en desesperado trance la independencia del país. Por ese exotismo, que impregna la época, haciéndonos satélites primero de la borbónica corte de Versalles y después de la napoleónica de Fontainebleau, sin contar el influjo italiano —Isabel de Farnesio, Alberoni, Tanucci, Esquilache, Farinelli y *tutti quanti*—, y por el plan general de la obra, estudia este tomo las grandes corrientes políticas de Europa y los principales soberanos y estadistas de otros países, antes de narrar en cada caso la historia del nuestro, que traba convenientemente con las ajenas historias. De suerte que, en cada momento, el lector asiste al proceso de la política mundial, visto desde nuestra patria y en ella centralizado.

La exposición es siempre clara y sencilla, recogiendo en todo momento las últimas y más autorizadas investigaciones; el tono es sereno, el juicio imparcial y ecuánime, sin estridencias de frase o concepto. Acepta el autor las rectificaciones consagradas, pero no se aferra irreflexivamente a novedades caprichosas y de fundamento escaso, como la arbitraria reivindicación de Godoy y la reina María Luisa, emprendida con mejor intención que fortuna por D. Juan Pérez de Guzmán.

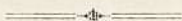
De aquellos personajes, así como del príncipe Fernando, luego Fernando VII, y de su camarilla, trata la obra con certera visión, reflejando fielmente hechos y tipos, aunque suavizando un tanto la figura tradicional de María Luisa. Las notas

fuertes e *intimistas* del marqués de Villa Urrutia, no tientan al Sr. Ballesteros. Este sortea esos escollos, los de *temas batalla*, como la expulsión de los jesuitas o la invasión napoleónica, sin perder su imperturbabilidad ni salirse de la severa pauta de los hechos.

Diestramente traza también en pocas palabras el retrato moral de cada personaje, español o extranjero, que en la acción histórica interviene, y ésta no aparece recargada con documentos, citas, detalles minuciosos de operaciones guerreras o trámites diplomáticos, ni ningún otro aporte de erudición —con ser tan enorme y abrumadora la acumulada en sus notas y adiciones—, sino que corre suelta y desembarazadamente sin hacerse fatigosa. Quizás el presente volumen acuse en tal menester un progreso sobre alguno anterior de la misma obra.

En suma, este tomo de la *Historia de España*, única en su género, que está componiendo el doctísimo académico y profesor de la Universidad Central, ocupa, sin decaer en valor científico ni plástico, un puesto señalado en la serie que tanta notoriedad ha granjeado justamente al Sr. Ballesteros Beretta. Esperamos con fruición el término de la obra.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.



ZABALA Y LERA, PÍO.—*El marqués de Argensón y el pacto de familia de 1743*. Madrid, Editorial Voluntad, 1928; 250 págs. + una hoja [índice], con seis láminas, 8.º

Una península de discordias, Italia; una dinastía reinante, la Borbónica, y una cultura naciente, el enciclopedismo, llevan a la diplomacia de la centuria diez y ocho la suspicacia, la ineficacia y la insidia más absorbentes. Hasta Luis XIV y Federico II con grandes trazos se afirman o rompen las conveniencias y las disconformidades internacionales. Quien tenga alguna duda de la calificación antecedente la perderá después de la lectura de la última monografía del catedrático de la Central D. Pío Zabala y Lera, *El marqués de Argensón y el pacto de familia de 1743*.

Ninguna figura del retablillo internacional menos simpática que esta de Renato Luis Voyer, marqués de Argensón. Y no se atribuya a su prurito antiespañol. Se perdonan los grandes odios por las cualidades sobresalientes; se oscurecen las amoralidades con los deslumbres del genio; no se estiman en su justa ponderación las torpezas si van jalonadas con aciertos sociales, o sencillamente sentimentales. Richelieu, Wilde y Felipe IV pueden servir de ejemplos. Pero... Los Argensón —los Voyer, por bien citar—, desde el siglo xvi —Renato Voyer, conde de Argensón—, hasta el siglo xix —Carlos Marcos Renato—, no dan a la política, a las letras o al «dandismo» de la Francia sino ciertas notas de vulgaridad, un «gris» insoportable y antipático... D. Pío Zabala, habilísimo reconstructor de la Historia, el más serio y sutil biógrafo de los Borbones, nos presenta a este Argensón con pinceladas netas, procurándole un relieve de que carecía. Aludiendo a su camaradería con Voltaire en el colegio de Luis el Grande, a su afán inmoderado de cultura, cierta independencia espiritual, pretende el Sr. Zabala añadir matices a la opa-

cidad del ministro francés: «Más hombre de gabinete que de mundo, más reflexivo que brillante, más filósofo que cortesano, quiso traducir en fórmulas prácticas los resultados de su estudio, y a la desproporción entre sus concepciones teóricas, apasionadas no pocas veces, y el medio político y social en que habían de tomar cuerpo se debieron sin dada los fracasos que hubo de sufrir, y aun las reiteradas contradicciones de su conducta.» Pero a lo largo y a lo profundo de su monografía, en lo que se lee y en lo que se reticencia y sobreentiende, el mismo autor deja lánguidas sus afirmaciones anteriores. Ni talento, ni alteza moral, ni siquiera esas trampillas, trapicheos y trapatuestas ingeniosas y apicaradas de la diplomática demostró el camarada de Arouet en los años en que desempeñó la Secretaría de Asuntos Extranjeros —1744-1747—. Se nos argüirá que en perfilar y pulir estos nombres y estos hechos secundarios de la Historia están el mejor mérito y la dificultad mejor soslayada de los historiadores. Desde este punto no podemos menos de admirar una vez más al catedrático de la Central. Con una figura anodina, la del biografiado, y varias ya otras veces tratadas con singular maestría, Isabel de Farnesio, Felipe V, el infante Don Felipe, Carlos Manuel de Cerdeña..., ha dejado en su precisión más admirable uno de los momentos culminantes del primer Borbón español: el pacto de Fontainebleau, de 1743 —segundo pacto de familia—, entre los monarcas español y francés. El pacto y sus consecuencias.

Don Pío Zabala, en la introducción de su monografía, plantea, certero, los temas a desarrollar. ¿Qué intenciones traía y quién era Argensón? ¿Qué ideas profesaba en orden a la política internacional que Francia había de desmadejar? ¿Qué grado de estimación le unía a la España «todavía» de la Casa de Austria? Y son palabras suyas: «Procuraremos dar documentada respuesta a las anteriores preguntas, y para ello tratemos de sistematizar nuestro trabajo, distribuyendo su contenido en los cuatro capítulos siguientes:

I. El marqués de Argensón.—Análisis de su personalidad.—Primeros datos de su ministerio.

II. El Tratado de Turín de 1745.

III. Embajada extraordinaria del duque de Huéscar.

IV. Estado de relaciones entre Francia y España al ocupar el trono Fernando VI.»

Renato Luis Voyer, marqués de Argensón, de juventud sopesada, de espíritu timorato, exciso del enciclopedismo, al investirse, al cabo, tras apremiantes «duendismos de camarilla», la codiciada Secretaría de Negocios Extranjeros (18 de noviembre de 1744), se notó «flúido» del ánimo antiespañol de Richelieu y de Mazarino. El «por qué» y el «cómo» son misterios del arcano diplomático.

En el decurso de las centurias diez y siete y diez y ocho fué inherente al interés internacional galo el prurito de la incordialidad para todo lo español. El marqués de Argensón no pudo soslayar este desmán, y si cayó en él de lleno y de bruces. Para desarrollar su política borbónica —borbónica de «allá»— se encontró con un obstáculo de consideración: el pacto de Fontainebleau, por el cual, «si Francia obtenía de España el codicioso apoyo contra María Teresa y sus aliados, obligábase en cambio a coadyuvar a la obra de establecer al hijo de Isabel de Farnesio en la Lombardía y de reivindicar territorios que en estricto derecho debieron vivir siempre bajo la soberanía española».

No fué nunca pensamiento de Argensón abatir a la Casa de Austria en una de sus ramas para favorecerla en la otra. Sin habilidad, con picardía lega, a espaldas de España, concertó con el común enemigo, Carlos Manuel de Cerdeña, el

tratado de Turín —1745—. Francia, a expensas de su arbitrariedad, no iba a sopor-
tar auges ajenos, posibilidades igualatorias. ¿Sirvió al provecho, ya que no a la
honra de su patria, el marqués de Argensón con esta deslealtad? Las interroga-
ciones históricas las cierra la posteridad. La obra internacional de Renato Luis
Voyer, salvo en el Ministère des Affaires Etrangères, permanecía esquinada, in-
apetecida, oscura. Esta monografía del profesor español la proyecta cierto inte-
rés, precisamente monográfico; es decir, sin categoría para una obra de conjunto.

En *El marqués de Argensón y el pacto de familia de 1743*, D. Pío Zabala y
Lera logra —lograda la perspectiva— unos cuantos retratos sencillamente admi-
rables. Luis XV, el abate Vauréal —embajador en Madrid, tamiz espeso de una
política turbia—, el general Mallebois, Isabel de Farnesio.... son, con trozos conci-
sos y apretados, presentados y vivificados en toda su significación. Al marqués, no
sabemos si para tundirle mejor, le rodea de conmiseración y de suposiciones. Al
cabo de la monografía le epitafia: «Su desgracia como ministro no influyó en su
felicidad como particular. Viviendo apaciblemente, unas veces en París y en el
campo otras, dedicó su tiempo a la lectura y al trato frecuente con personas del
más alto rango espiritual... Su magnífica biblioteca, conocida posteriormente con
la denominación de Biblioteca del Arsenal, constituye el mejor testimonio de lo
que fué aquel hombre, si culto e inteligentísimo como pensador, infortunado como
gobernante y nulo como diplomático.»

Nosotros creemos que la gran desgracia de Renato Luis Voyer fué el ocupar
planos superiores a sus posibilidades. Le sonrió siempre la fortuna... Fué siempre
afortunado, hasta para encontrar, al cabo de los años, un comentarista de la talla
excepcional de D. Pío Zabala y Lera.

S. DE R.



ALVAREZ GATO, JUAN. — *Obras completas...* Editadas con notas y una
introducción por Jenaro Artiles Rodríguez. Los Clásicos Olvidados
(Nueva Biblioteca de Autores Españoles). Madrid, 1928, L + 216 págs.

De los poetas españoles del siglo xv y más concretamente de su segunda mi-
tad, ninguno ha tenido, como Alvarez Gato, la suerte de ser editado tres veces
distintas en los últimos treinta años. El ilustre académico de la Española D. Emi-
lio Cotarelo y Mori dió a la estampa en el año 1901 el *Cancionero inédito de Juan
Alvarez Gato, poeta madrileño del siglo XV*. Foulche-Delbosc hizo una segunda
edición de las composiciones de este poeta, al publicar en el año 1912 el *Cancio-
nero del siglo XV* en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. La última edi-
ción y la más importante es la hecha por el joven e ilustre investigador Sr. Artiles,
que forma el tomo IV de la colección de *Clásicos Olvidados*, patrocinada por la
Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

La presente edición está hecha sobre el manuscrito existente en la Real Aca-
demia de la Historia, que es el único conocido de las obras del poeta madrileño,
ya que — como indica el Sr. Artiles — el *Cancionero* de Castañeda y el de la Bi-

bliblioteca de Palacio sólo contienen una poesía suya el primero y dos el segundo. Además van aquí, por el orden en que aparecen en el manuscrito, las composiciones en verso y en prosa, añadiendo las coplas que vieron la luz en el *Cancionero general* de Castillo, de 1511, y la añadida en la edición de Toledo de 1527. Las poesías están divididas en tres partes, según su carácter predominante: primero las amorosas, después las morales y políticas y, por último, las religiosas. En la primera sección y al frente de todas están incluidas, con muy buen acuerdo, las poesías de amor que figuran en el *Cancionero* de Castillo, y que corresponden a la juventud del poeta, rectificando así el orden seguido por Cotarelo y Foulche-Delbosc, que las imprimían al final, después de los versos de carácter religioso en que Alvarez Gato vertió su inspiración en los postreros años de su vida. Todo esto contribuye a que sea esta edición la más perfecta que hasta hoy se ha hecho de las poesías de Juan Alvarez Gato.

Por lo que respecta a la vida y muerte de Alvarez Gato, el esmerado trabajo crítico con que el Sr. Artilles ilustra esta edición es de la mayor importancia. Las pocas noticias fidedignas que se tenían de la vida de este lírico habían dado ocasión a que se formularan diversas conjeturas respecto a la fecha de su nacimiento y muerte. Ticknor lanzó la fecha de 1495 como la de su fallecimiento, afirmación que fué admitida como buena por nuestros historiadores literarios, si bien Menéndez Pelayo sólo indicó ese año como último en que se tenía noticias de su existencia. Y ya en posesión de este dato convenido era necesario fijar la fecha de su nacimiento, y se indicó como tal el año 1430; después de esto se le hizo servir a Don Juan II, a Enrique IV y a los Reyes Católicos en el departamento de Estado; pero ningún documento existe que pruebe la autenticidad de esta afirmación lanzada por Ticknor. En este error se ha continuado hasta que D. Jenaro Artilles, Archivero municipal de Madrid, encontró el codicilo otorgado por Alvarez Gato en el monasterio del Parral, de Segovia, en 8 de julio de 1509. Por este documento y las noticias recogidas en torno al mismo —y que no dan lugar a dudas— el Sr. Artilles señala la muerte de Alvarez Gato en el mes de diciembre de 1509 o en los primeros días de enero de 1510. Sus investigaciones le llevan, por otra parte, a fijar de 1440 a 1450 el nacimiento de Alvarez Gato, apoyado naturalmente en las noticias documentales que ha tenido la suerte de ser el primero en conocer y divulgar, y no en 1430 como caprichosamente se había consignado y por rutina se venía repitiendo.

En el menester generoso de rebuscar brasas dormidas entre el polvo de los archivos y de reconstruir vidas que se quebraron de crecer y aunar ocupa su actividad juvenil, su inteligencia viva, el notable erudito Sr. Artilles Rodríguez. La fortuna le acompaña totalmente en su primera obra de investigación literaria, completando la biografía de Alvarez Gato y apadrinando la mejor edición que se ha hecho de las composiciones de este poeta del siglo xv, de tal modo que cuantos en lo porvenir echen sobre sus hombros la enorme empresa de historiar la literatura española no podrán dejar de su mano las noticias inéditas que sobre Alvarez Gato contiene su eruditísimo estudio.

FERNANDO GONZÁLEZ.



DANVILA, ALFONSO. — *El Congreso de Utrecht*. Madrid, Espasa-Calpe, 1929, dos vols. De la serie *Las luchas fratricidas en España* (1).

El Congreso de Utrecht es el octavo episodio de la serie histórico-novelesca que Alfonso Danvila está escribiendo sobre la llamada *Guerra de Sucesión*, donde Austrias y Borbones se disputaron el trono español a principios del siglo XVIII.

Lo novelesco y lo histórico predominan alternativamente en esta colección. *El Congreso de Utrecht*, que por su título creímos un estudio novelado de las negociaciones y trámites del tratado famoso — término de la guerra y de nuestra soberanía en Europa —, es de lo menos histórico y más novelesco que esta colección ofrece. De aquella trascendental asamblea, propiamente no se habla, ni aparecen en escena sus negociadores ni el lugar de su acción. Sólo hay alusiones recogidas por tal o cual personaje respecto al cansancio de las potencias beligerantes, al término virtual de la lucha, a las secretas inteligencias de Inglaterra para ponerla fin, arrancando las posesiones europeas del patrimonio tradicional de los monarcas españoles, como prenda de transacción para asegurar a Felipe V en el trono de San Fernando (y a los esfuerzos de aquél; sostenido por su animosa mujer la reina María Luisa, y por la camarera mayor, princesa de los Ursinos, *ninfa Egeria* del real matrimonio), para impedir la desmembración, y mantener la ya vacilante ayuda de su abuelo Luis XIV. No es, pues, adecuado el título para una obra cuyo contenido no le justifica, y quizás hubiera convenido más a alguno de los episodios que anuncia el autor como remate de su obra. Son estos dos más: *El triunfo de las Ises* y *Aún hay Pirineos*; y es seguro que en alguno de ellos habrá de abordarse plenamente el desarrollo y fin del célebre tratado, que echó las bases del equilibrio europeo durante un siglo (hasta que le rompieron en el XIX las campañas de Bonaparte).

La elaboración de una paz tan trascendente como la firmada en Utrecht; la vida agitada y cosmopolita de la ciudad holandesa, que a tal suceso debe su celebridad; las siluetas de los signatarios e inspiradores del tratado famoso; la gente que los rodeaba y el ambiente que los envolvía; todo esto es materia novelable de un alto valor histórico y de las mayores posibilidades literarias, que un escritor del fuste, de la flexibilidad y la agudeza de Danvila, familiarizado por su educación diplomática con ambientes y tipos exóticos, no puede desaprovechar, perdiendo la ocasión para uno de los mejores volúmenes, y chasqueando al público, que con vivo interés y simpatía sigue esta notable colección.

Dentro de la historia estricta y documentada, hizo el marqués de Villa Urrutia un estudio del Congreso de Viena de 1815 — el *pendant* diplomático del Congreso de Utrecht, restablecedor de su obra un siglo más tarde —, que tiene el colorido y el interés de una novela. ¿Qué no podrá hacer el Sr. Danvila con aquella análoga asamblea, uniendo a la información investigativa, en que es tan docto, el libre vuelo de una imaginación rica, y fértil que nadie coarta al novelador?

Este *Congreso de Utrecht* — que ya no podrá llamarse así — es el que esperamos del talento y el arte de Alfonso Danvila.

(1) En el número XXI de esta REVISTA, página 107 y siguientes, hice referencia a esta serie en general, y en particular a su episodio *El archiduque en Madrid*, inmediatamente anterior a la obra que motiva estas líneas.

Pero volvamos al episodio de aquel nombre. Aunque no contenga la materia histórica que su título promete, es innegable su valor como pintura de época. Los prejuicios de la aristocracia histórica; la pugna entre la tradición política foral de los tiempos austriacos, resto de la Edad Media, y el borbonismo unitario y cesarista de tipo francés, agitando los espíritus en los países de la corona de Aragón, heridos en su autonomía tradicional, y manifestando su antagonismo hasta en el seno de las familias en forma de disensiones matrimoniales; el cansancio general de pueblos e individuos por trece años de estéril batallar y de aguantar a extranjeros de todos los países, afiliados a una u otra bandera, explotando a nuestro país, menospreciando a los españoles y tratándonos como a tierra conquistada: tal es son los estados políticos del alma nacional, que Danvila, maestro en el arte difícil de mover muchedumbres, evoca hábilmente.

No menos certera es su descripción de costumbres, fiestas, indumentaria, usos y creencias: la vida acompasada y monótona del hogar, la semiclausura femenina, sin más válvula de expansión que las devociones, encubridoras a veces —como en tiempo de las comedias de *capa y espada*—, bajo el misterio de un manto, de la aventura y la liviandad; el aspecto de los salones; las riquezas suntuarias de la moda, impuesta ya desde París para elegantes de ambos sexos; los festejos populares, ingenuos y rudos, en glorificación del caudillo vencedor de un día; la herencia del supersticioso siglo xvii, manifestada en prodigios, temores a duendes, fe en la astrología y en los almanaques para predecir el curso de los grandes acontecimientos; todo ello basado en una copiosa bibliografía de época, que el autor sabe espiar y utilizar con fortuna.

Al través de este libro, como de los anteriores de la serie, se refleja bien la transición entre una sociedad castiza y bravía, que muere con la dinastía austriaca, y el mundo nuevo más refinado, pero extranjero y superpuesto, que triunfa, al menos en la superficie social, con el advenimiento de los Borbones. La orgullosa hijodalga aragonesa *Doña Tambora*, añorando los perdidos fueros medievales, y el empacado duque de los Cameros, abarrotado de pergaminos, y dispuesto a recluirse en su retiro andaluz como protesta contra la preterición de la rancia nobleza histórica, pueden presentar, aunque en caricatura, la sociedad que se va. El bailío *D. Artal de Luna*, ligero, frívolo, atildado, mundano, entrometido, elegante, señorial, erudito, ávido de novedades en noticias de sociedad como en sucesos de gobierno, en libros como en modas, es un buen tipo representativo de la nueva especie del *abate*, genuinamente francesa v dieciochesca, una de las figuras características de la sociedad que viene.

Los personajes históricos, propiamente tales, apenas aparecen en la obra sino de soslayo, o por alusiones que a ellos hacen los novelescos. Una excepción es el duque de Vendôme, el vencedor de Villaviciosa, bastardo de regio linaje francés, y alma de la causa borbónica en España durante las postrimerías de la guerra.

La silueta de Vendôme es magistral. Valiente, enérgico, estratega de altas dotes, de clara visión de la guerra y don de gentes, aparece como hombre menos que mediano, devorado por todas las ambiciones y todos los vicios; lleno de vanidad y orgullo, hasta tocar en megalómano; desenfadado, cínico, procaz, libertino, dado a la gula y a la embriaguez, sucio y desordenado, caprichoso e impulsivo; arrogante y menospreciador de los hombres como un sátrapa; capaz de salvar una situación difícil con un golpe militar de genio, y de hundir la causa confiada a él por pereza y voluptuosidad; grosero y mal hablado; calvo y adiposo; lleno de ta-

ras y achaques engendrados por su disolución; necesitado de *bufones honorarios* que le diviertan y recojan desprecios, y hasta golpes, mezclados con mercedes; campechano y simpático en sus mejores momentos. Tal aparece el singular personaje, evocado con tal plasticidad, que nos parece conversar con él. La escena en que Vendôme, entre aduladores y parásitos, da audiencia a las autoridades y personajes más conspicuos de Zaragoza, sentado en un sillco, mostrando ante los circunstantes sus desnudas posaderas, y haciéndose limpiar por uno de sus servidores, es una página de crudo realismo, que parece arrancada de nuestras novelas clásicas, y que sortea con verdadero arte escollos de expresión.

En el cortejo de Vendôme tenemos conocimiento con Alberoni, cuya felina silueta de astuto y untuoso italiano, a quien estaba reservado el porvenir de España, está bien abocetada, a pesar de sus breves rasgos.

Dentro del excelente marco de época que el autor ha sabido construir, aparece una fábula de complicada trama, vivísimo y sensacional interés, y vigor a veces dramático. Es la *novela histórica* de viejo patrón, dirigida a la ávida curiosidad del gran público; la que hicieron popular Walter Scott y Dumas, la que tuvo entre nosotros el reflejo de Fernández y González, Tárrago y Mateos, Ortega y Frías, etc., aunque con un conocimiento sólido y documentado de época, que los románticos de grande o pequeña cuantía no poseyeron.

Pero la factura es muy parecida; prevalece lo extraordinario, la aventura, la casualidad afortunada. Antros recónditos, como el de Samuel y su hija, la monstruosa Feliche; venenos y muertes misteriosas; raptos, fugas, desapariciones, ocultamientos, transposición de unos personajes por otros, persecuciones accidentadas, asaltos nocturnos, hallazgos singulares, escondites que permiten descubrir secretos, batallas con presuntos duendes, amores clandestinos, altas damas perseguidas, esforzados brazos libertadores; todo el clásico repertorio que, ahora como antes, despertará expectación en el lector, si los resortes de la trama están bien movidos, y así ocurre en el presente caso.

El centro de la acción es en este libro Zaragoza, que, como transición entre Madrid y Barcelona, sedes respectivas del borbonismo y el austriacismo, está hábilmente escogida para reflejar la zona de intersección espiritual de entonces, en que coinciden medias tintas, nostalgias, claudicaciones y resistencias amortiguadas.

Los personajes de la novela son los ya conocidos, que vienen actuando en toda la serie; pero variando en su relieve y perspectiva. El eje de la fábula es ahora el buscón, literato y astrólogo Anselmo del Castillo, metido en lances extraordinarios, protegido y protector de las dos heroínas de toda la serie, Casilda de Solís y la duquesita de Sahagún. El bandido Borja, que llenó las páginas del episodio *Almansa*, reaparece de modo fugaz bajo la enigmática figura del falso marqués de Caracciolo. En cambio, el protagonista central, Jenaro de Pereda, difuminado en los episodios últimos, se eclipsa en éste por completo, aunque la idea de su persona gravite sobre las figuras que en el libro se mueven. Pero quedan aún dos obras más, y estamos seguros de que en la última acabará casándose con su adorada Casilda, de quien el autor le separó tiempo ha, con la aviesa, aunque necesaria intención, de complicar su fábula. No ha de ser tan cruel con sus lectoras, que les cause la decepción de una ruptura definitiva.

Resumen: un buen libro más de Alfonso Danvila, jugoso de enseñanza y gratísimo de lectura.

J. DELEITO Y PIÑUELA

BRÜCKER, ALEXANDER.—*Historia de la literatura rusa*. Traducido (?) del alemán por Manuel de Montoliú. Con un apéndice dedicado a la literatura rusa contemporánea. Barcelona-Buenos Aires, Editorial Labor, s. a. [1929], 324 págs., con grabados + 16 láms., 8.º mlla., tela.

Cuando, por los años ochenta y tantos, doña Emilia Pardo Bazán dió en el Ateneo de Madrid sus conferencias «descubriendo» y comentando la literatura rusa [Vid. *La Revolución y la novela en Rusia*, cuarta edición. Madrid, Regino Velasco, impresor, s. a.], un admirable estupor encogió el ánimo del intelectual español. ¿Rusia? ¿Literatura moscovita? ¿Lucha del zarismo y del proletariado? ¿Mujicks y funcionarios? ¿El Kremlin y la Siberia? ¡Qué lejos, qué vagamente lejos, indefinido, estaba «aquello»! El más cultivado espíritu había leído, en esas híbridas traducciones francesas de mediados del siglo pasado, a los menos rusos de los rusos artistas: Turgeneff y Mereskovsky..., occidentales de pretensión y arraigo. Se suscitó entonces una curiosidad discreta por «aquello» que doña Emilia Pardo Bazán señalaba, con cultura propia al parecer, envuelto y sazonado de los mejores excitantes contra la inapetencia y la desabridéz actuantes... Se aproximaban los revulsivos: Rubén Darío en la poesía..., Benavente en la dramática..., Unamuno en el ensayo. Revulsivos no muy radicales, eso sí... Un par de casas editoriales barcelonesas, a las que no haremos la propaganda del nombre en compensación a sus artes malas para tales iniciamientos, dieron en la flor de lanzar, en numerosos volúmenes, cuentos, memorias y novelas de los autores así descubiertos y puestos en boga: Gorki, Dostoiewsky, Tolstoi, Chejov...

Algunos años después un erudito mejicano, D. Francisco de A. Icaza, demostró hasta qué punto eran «originales» las apreciaciones, los argumentos y las sugerencias de doña Emilia Pardo Bazán. La gran novelista se había limitado a traducir la obra de Vogüé [Vid. E. de Vogüé, *Le roman russe*. París, 1887]. Pero lo indudablemente exacto es que a partir de las conferencias de la citada señora se desarrolló en España, a compás de la exasperada en el mundo, una afición morbosa a la mórbida literatura moscovita. ¿Merecido este afán? Indudablemente. Rusia ofrece la más joven de todas las literaturas del mundo. Y emparejada con su juventud, la plenitud de espíritu. Hasta entonces las otras literaturas, occidentales o no, buscaban el naturalismo o el romanticismo, el demonismo o la pseudo-ciencia; la expresión simbólica o la expresión sentimental. Desde entonces la literatura rusa impuso la importancia de ganar un atisbo social; determinó la única expresión del subjetivismo; hizo resonar en grito —lo que voz imperceptible era— la valutabilidad de lo bueno, de lo bello, de lo libre, de lo humano. Una obra de arte en Occidente era un matiz de regalo. Una obra de arte en Rusia es un motivo de meditación.

Es sencilla la formación de un cuadro sinóptico de la literatura rusa. Hasta A. S. Púshkin (1799-1837) una fuerte galomanía, y por ende un fuerte romance-rismo en Batiushkov y en Karamsin. Púshkin es el hito final de la infancia literaria en el país de los zares, y el hito inicial en la plenitud literaria pre-revolucionaria. Aporta el «sensacionismo» a la lírica y la actitud «tendenciosa» a la prosa, como opina Ossip-Lourier [Vid. *Psychologie des romanciers russes*. París, 1905]. Imme-

diatamente la esclavofilia, curioso rolde de idealismo y de marxismo, de hipótesis atrevidas y de precarias tesis: N. V. Gogol, el ruso restringido; M. S. Lermientov, el ruso preso aún, Prometeo «doblé» en las charreteras; Bielinsky, el ruso ex-estudiante, que ya oposita a Siberia, que lee a Proudhon, a Fourier, a Bakunín.

El jalón siguiente es el de la reacción moral. La literatura rusa es el espejo del alma rusa; el alma rusa que se emancipa del ancestral servilismo. Goucharov, el ruso de la conspiración que nunca se decide; Turgeneff, el ruso expatriado que envía «remesas» de cultura; Dostoiewsky, el ruso víctima propicia de la transición; le befan el aristócrata, el mujick y el pope; Tolstoi, el ruso ya redento; lo respetan el mujick democratizado, el noble trabajador y el pope inmerso únicamente en su cualidad.

Después la literatura del doctrinarismo [Vid. Brücker, op. cit.]: Chejov, o la sapiencia; Gorki, o el sindicalismo; Andreiev, o la teosofía. Los tres elementos informadores —y básicos a la vez— del movimiento bolchevista. Y en la literatura contemporánea, 1909: embrión interrumpido, etapas inconclusas; 1928: el «futurismo», Ignatiev, el Marinetti ruso; Severianín, iniciador del «egofuturismo»; el «imaginismo», que toma como base de su creación la doctrina italiana de la IMAGINACIÓN, T. S. H.; el «adamismo», integrado por los apóstatas del simbolismo, creadores de objetos, retrocediendo al plasticismo francés de Leconte, Gautier, Hugo... Una última modalidad: literatura campesina, casi campestre, en una técnica depurada, y en ella los Ivanov, Seifulina, Babel, Lernov, Fedin...

En España, a partir de 1919, varios refugiados rusos, N. Tasin, el barón Jorge de Meyendorff, Portnoff, Tatiana Enco..., han puesto en popularidad traducciones primorosas de Andreiev, Chejov, Gogol, Artsybashev, Bunin, Sologub...

La Editorial Labor, al lanzar la *Historia de la literatura rusa*, de Brücker, se suma un éxito más: el del único manual en español de tan importante materia.

S. DE R.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

1.741. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VI, 1929, págs. 377-380. V. número 1.685.

Hechos históricos

1.742. Prado, Fidel.—*Algo del Madrid histórico. La Torre de los Lujanes*, en *Heraldo de Madrid*, 9 julio, 1929.

1.743. Tormo, Elías.—*De cómo Madrid es corte*, en *La Epoca*. Madrid, 17, 18 y 20 junio, 1929.

Escritores madrileños

1.744. Benavente, J.—*El demonio fué antes ángel*. Comedia. Madrid, Editorial Hernando, 1928, 57 pág., 8.º

1.745. Benavente, J.—*¡No quiero, no quiero!* Comedia. Madrid, Edit. Hernando, 1928, 68 pág., 8.º

1.746. Benavente, J.—*La noche iluminada. Y va de cuento*. Madrid, Editorial Hernando, 1928, 217 págs., 8.º

1.747. Calderón de la Barca, Pedro.—*Guárdate del agua mansa*. Madrid, Espasa-Calpe, 1928, 215 págs., 16.º

1.748. Calderón de la Barca, Pedro.—*El mágico prodigioso. La vida es sueño. El alcalde de Zalamea. El médico de su honra*. Madrid, Mundo Latino, 1928, 344 pág., 8.º

1.749. Calderón de la Barca, Pedro.—*La vida es sueño*. Madrid, Espasa-Calpe, 1928, 175 págs., 16.º

1.750. Calderón de la Barca, Pedro.—*Ausgewählte Schauspiele*. Neue Nachdichtung von E. Gürster. München, C. H. Beck, 1928, XXIV + 551 páginas, 8.º

1.751. Casero, Antonio.—*El alma popular madrileña a través de la musa de Casero*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio, 1929.

1.752. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Don Quixote de la Mancha*. Tomo I, edición publicada por R. Schevill y A. Bonilla. Madrid, Gráficas reunidas, 1928, 520 págs., 8.º

1.753. [Cervantes].—*Traducción al vascuence de un capítulo de «El Quijote»*

te», por A. Irigaray, en *Revista internacional de Estudios Vascos*. San Sebastián, XIX, 1928, págs. 598-607.

1.754. Cervantes.—*Entremeses*. Madrid, Blass, 1928, 209 págs., 8.º

1.055. Cirot, G.—*Gloses sur les «maris jaloux» de Cervantes*, en *Bulletin Hispanique*, XXXI, 1929, págs. 1-74.

1.756. Cruz, Ramón de la.—*Sainetes*. Colección ordenada por E. Cotarelo y Mori. Tomo II. Madrid, Edit. Bailly-Baillière, 1928, 467 págs. 4.º (Pertenece a la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Vol. XXVI)

1.757. Delano, Lucile K.—*An analysis of the sonnets in Lope de Vega's «Comedias»*, en *Hispania*. California, XII, 1929, págs. 119-140.

1.758. Gasparetti, A.—*Due commedie francescane di Lope de Vega*, en *Colombo*, IV, 1928, págs. 9-36. [*El Serafín humano*, *San Francisco* y *El truhán del cielo y Loco santo*].

1.759. Gil Fillol.—*Enrique de Mesa en el periodismo*, en *El Imparcial*. Madrid, 2 junio, 1929.

1.760. Gippini, José Enrique.—*Mujeres del teatro de Benavente*. María de «El nido ajeno», Angelita Montes de «Gente conocida», Felicia de «El marido de la Tellez», Imperia de «La noche del sábado», «La princesa Bebé», en *La Epoca*. Madrid, 15, 22 y 29 junio y 17 y 21 agosto, 1929.

1.761. Gómez de Baquero, E.—*Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos*. Madrid, Edit. Historia Nueva, 1928, 261 pág., 8.º

1.762. Larra, Mariano José de.—*Artículos de costumbres*. Segunda edición. Madrid, Edit. Hernando, 1928, 2 vols., 16.º

1.763. Lussy, A. E.—*Cervantes and Tieck's idealism*, en *Publications of the Modern Language Association of America*. Baltimore, XLIII, 1928, 1082-1097.

1.764. Marquina, Rafael.—*Un caso solitario y señero*. [Sobre Enrique de Mesa], en *El Imparcial*. Madrid, 2 junio, 1929.

1.765. Menéndez Ormaza, J.—[*Enrique de*] *Mesa al través de sus versos*, en *El Imparcial*. Madrid, 2 junio, 1929.

1.766. Montoliu, M. de y J. M. Casas.—*Cervantes y sus elogios a Barcelona*, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XIII, 1927 págs. 35-140.

1.767. Moratin.—*Il vecchio e la fanciulla*. Commedia, Traduzione e introduzione di Emilia Smergani. Palermo, Libreria Internazionale, 1928, XII + 76 páginas, 16.º

1.768. Pérez, Darío.—*Eduardo Gómez de Baquero «Andrenio»*, en *La Libertad*. Madrid, 10 agosto, 1929.

1.769. Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Teatro inédito. Cómo ha de ser el Privado. Bien haya quien a los suyos parece. Pero Vázquez de Escamilla (Fragmento)*... Introducción de M. Artigas. Madrid, Tip. Revista de Archivos, 1927, LXXX + 252 págs., 8.º

1.770. Sandoval, Manuel.—*Figuras del siglo XIX. Hartzenbusch*, en *La Epoca*. Madrid, 22 y 29 junio, 1929.

1.771. Sandoval, Manuel de.—*Figuras del siglo XIX. Mesonero Romanos*, en *La Epoca*. Madrid, 1 y 8 junio, 1929.

1.772. San José, Diego.—*Don Ramón de Mesonero Romanos, natural y vecino de Madrid*, en *A B C*. Madrid, 28 julio, 1929.

1.773. Sanvisenti, B.—*Ricordando Leandro Fernández de Moratín (1760-1828)*, en *Colombo*, III, 1928, págs. 325-330.

1.774. Vega, Lope de.—*La discreta enamorada*. Prólogo de R. M. Tenreiro. Segunda edición. Madrid, Blass, 1928, 136 págs., 8.º

1.775. Wurzbach, W.—*Jules Sandeau über den «Don Quixote»*, en *Zeitschrift für Romanische Philologie*. Halle, XLVII, 1927, págs. 603-605.

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.776. Larrubiera, Alejandro.—*La prensa antigua madrileña en la Exposición de Sevilla*, en *La Libertad*. Madrid, 16 y 20 julio, 1929.

1.777. Miguélez, P.—*Catálogo de los códices españoles de la Biblioteca de El Escorial. II Relaciones históricas*. Madrid, Voluntad, 1925, X + 368 páginas, 4.º

1.778. Millares Carlo, Agustín.—*Índice y extractos de los libros de cédulas y provisiones del Archivo Municipal de Madrid. (Siglos XV-XVI)*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VI, 1929, págs. 285-240.

1.779. Romano, Julio.—*En la Biblioteca Nacional. El «Códice de Roda» comprado por el Estado en catorce mil duros*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 23 agosto, 1929.

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.780. Bello, Luis.—*Más sobre El Escorial para los extranjeros*, en *La Esfera*. Madrid, 10 agosto, 1929.

1.781. Bello, Luis.—*En memoria de Urrabieta Vierge*, en *La Esfera*. Madrid, 17 agosto, 1929.

1.782. Córdoba, R. de.—*El real Palacete de la Moncloa*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 30 junio, 1929.

1.783. Durán, Miguel.—*Del antiguo Madrid. Los jardines del Palacio Real*, en *Arquitectura*. Madrid, XI, febrero, 1929, págs. 43-55.

1.784. García Sanchiz, F.—*La duquesa de Alba y su ermita de la Moncloa*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio 1929.

1.785. Kany, C. E.—*Plan de reforma de los teatros de Madrid, aprobado en 1799*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*. Ayuntamiento de Madrid, VI, 1929, págs. 245-284.

1.786. Kreisler Padín, Miguel.—*Notas y noticias sobre la capilla de la congregación del Cristo de San Ginés*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*. Ayuntamiento de Madrid, VI, 1929, págs. 333-352.

1.787. Martín Eztala, Federico.—*Una visita a la colección del excelentísimo señor príncipe Pío de Saboya y marqués de Castell Rodrigo*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVII, junio, 1929, págs. 150-156.

1.788. Peñuelas, J.—*Visita al Museo Arqueológico*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVII, marzo, 1929, págs. 73-76.

1.789. R. de la Peña, H.—*Tres horas en la magnífica posesión llamada La Alameda de Osuna*, en *La Esfera*. Madrid, 27 julio, 1929.

1.790. Ras, Matilde.—*El Museo de Cerralbo*, en *Heraldo de Madrid*, 16 julio, 1929.

1.791. Répide, Pedro.—*El público madrileño se despidе del teatro Apolo*, en *La Libertad*. Madrid, 2 julio, 1929.

1.792. Sánchez Rojas, José.—*Rincones madrileños. Don Gutiérrez de Vargas Carvajal*, en *La Esfera*. Madrid, 27 julio, 1929.

1.793. Sorribes, Pedro C.—*Visita a la Academia de San Fernando*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVII, junio, 1929, págs. 140-149.

1.794. Soto, Antonio.—*La vida madrileña vista a través del Museo Municipal*, en *Heraldo de Madrid*, 10 junio, 1929.

1.795. Soto, Antonio.—*Lo que se ve en las salas del Museo Municipal*, en *Heraldo de Madrid*, 14 junio, 1929.

1.796. X.—*La Exposición retrospectiva de Historia Natural en Madrid*, en *Investigación y Progreso*. Madrid, III, septiembre, 1929, págs. 72-76.

1.797. X.—*Un solar que desaparece. La Real Fábrica de Tapices*, en *La Esfera*. Madrid, 27 julio, 1929.

1.798. X.—*Visita a la Academia de la Historia*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVII, marzo, 1929, págs. 77-86.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

1.799. Gutiérrez de Miguel, V.—*El Rastro madrileño a la hora de la siesta*, en *La Voz*. Madrid, 21 agosto, 1929.

1.800. Larrubiera, Alejandro.—*La Verbena de San Antonio*, en *La Libertad*. Madrid, 12 junio, 1929.

1.801. Pérez de Ayala, Ramón.—*Lo que va de ayer a hoy*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio, 1929.

1.802. Prado, Fidel.—*De la historia galante madrileña. El Buen Retiro*, en *Heraldo de Madrid*, 8 junio, 1929.

1.803. Silva Aramburu, J.—*Fisonomía y alma de las horas en la famosa Puerta del Sol*, en *A B C*. Madrid, 11 agosto, 1929.

1.804. Tellaeche, José.—*Evocación de amores y amorios. De Recoletos a la Castellana*, en *Heraldo de Madrid*, 30 agosto, 1929.

Instituciones nacionales en Madrid

1.805. Bermúdez Cañete, Antonio.—*En el centenario del Banco Nacional, en Blanco y Negro*. Madrid, 18 agosto, 1929.

1.806. Durán de Cottes, José Luis.—*El Instituto de Biología y Seroterapia I. B. Y S. Madrid*, en *Arquitectura*. Madrid, XI, febrero, 1929, págs. 56-65.

1.807. Hernández Briz, Baltasar.—*Pabellón de Oncología de la Beneficencia provincial, Madrid*, en *Arquitectura*. Madrid, XI, abril, 1929, págs. 135-141.

1.808. Patiño Sánchez, Cástor.—*El Centro de Instrucción Comercial de Madrid*, en *Heraldo de Madrid*, 6, agosto, 1929.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

1.809. Castro, Luis de.—*Las modernas instituciones pedagógicas de Madrid. Escuelas al aire libre en los Viveros de la Villa*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 21 agosto, 1929.

1.810. Tercero, Manuel.—*Los nuevos Grupos escolares, ya terminados, se inaugurarán en plazo breve*, en *A B C*. Madrid, 7 julio, 1929.

Planos y guías. Obras y proyectos

1.811. Alguacil Trotacalles, El.—*Casas Consistoriales españolas. La llamada de Cisneros, de la villa de Madrid*, en *El Imparcial*. Madrid, 13 junio, 1929.

1.812. Alguacil Trotacalles, El.—*Puertas de Madrid. La suntuosa de Alcalá*, en *El Imparcial*. Madrid, 8 junio, 1929.

1.813. Alguacil Trotacalles, El.—*Puertas y portillos de Madrid. Las antiguas entradas de la villa y corte*, en *El Imparcial*. Madrid, 26 junio, 1929.

1.814. Bello Poëyusan, Severino.—*El Guadarrama, Madrid y el agua del Lozoya*. Conferencia. Madrid, Artes Gráficas, 1929, 23 págs. con 2 planos.

1.815. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. En el populoso y castizo distrito de la Inclusa*, en *La Voz*. Madrid, 3 agosto, 1929.

1.816. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. En el castizo distrito de la Latina*, en *La Voz*. Madrid, 10, 17, 24 y 31 agosto, 1929.

1.817. González Ruano, César.—*La cara y el alma de Madrid. Postales viejas y nuevas*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio, 1929.

1.818. Marquina, Rafael.—*El panorama turístico [de Madrid]*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio, 1929.

1.819. Oteyza, Luis.—*La Gran Vía*, en *Heraldo de Madrid*, 6 julio, 1929.

1.820. Sarto, Juan del.—*Postales madrileñas. La plaza del Cordón*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 28 agosto, 1929.

1.821. Silvio Lago.—*La injusta soledad de Madrid*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 2 agosto, 1929 [con 9 dibujos].

1.822. Tormo, Elías.—*Aranjuez. (De la inédita «Guía del Centro (provincias de Castilla la Nueva, Avila y Segovia)»)*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVII, marzo, 1929, págs. 1-30.

1.823. Velasco Zazo, Antonio.—*La transformación de Madrid. Chamberí*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 30 agosto, 1929.

1.824. Zarco Cuevas, Julián.—*¿Quién fué el verdadero autor de la «Guía y Aviso de forasteros» impresa en Madrid en el año 1620?*, en *Boletín de la Real Academia Española*, XVI, abril, 1929, págs. 184-198.

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

TOMO V
—
(AÑO 1929)

ÍNDICE GENERAL

Número XXI

- NARCISO ALONSO CORTÉS.—*Quevedo en el teatro*, pág. 1.
CRISTÓBAL ESPEJO.—*Valerio Fort y su arbitrio sobre mesones*, pág. 23.
RAFAEL ALVAREZ.—*Arqueología del Este africano. Las culturas nakuro y elmen-teita y su relación con las industrias paleolíticas de Madrid*, pág. 40.
JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, pág. 51.
C. SANZ EGAÑA.—*Matanza por el rito judío*, pág. 75.
VARIEDADES: J. D. B.: *El estreno de «Jugar con fuego», contado por Barbieri*, pág. 83.—JOSÉ SUBIRÁ: *La canción y la danza populares en el teatro español del siglo XVIII*, pág. 87.—AMALIO HUARTE: *Una inscripción perdida*, pág. 90.
RESEÑAS: Gómez Moreno, Manuel.—*La novela de España* (RAFAEL MARTÍNEZ), pág. 92.—Agramonte y Cortijo, Francisco.—*Los últimos años de Federico el Grande* (S. DE R.), pág. 93.—Dotor y Municio, Angel.—*La Catedral de Burgos* (RAFAEL ALVAREZ), pág. 95.—Herrero-García, M.—*Ideas de los españoles del siglo XVII* (JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA), pág. 96.—*Reivindicación histórica del siglo XVI* (S. DE R.), pág. 100.—Alonso Cortés, Narciso.—*La muerte del conde de Villamediana* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 101.—Taracena, B. y Tudela, J.—*Soria: guía artística* (RAFAEL ALVAREZ), pág. 104.—Pérez de Barradas, José.—*La infancia de la Humanidad* (S. DE R.), pág. 106.—Danvila, Alfonso.—*El archiduque en Madrid* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 107.—Gómez de Orozco, Federico.—*Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la historia de América* (C. PÉREZ DE BUSTAMANTE), pág. 110.—Moreno Villa, J.—*Tres dibujos de Pedro de Ribera* (A. GARCÍA BELLIDO), pág. 111.
BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 113.

Número XXII

M. NÚÑEZ DE ARENAS.—*Teresa Cabarrús en Burdeos*, pág. 117.

AUGUSTO CORTINA.—*Rodrigo Cota*, pág. 151.

COMANDANTE GARCÍA REY.—*Obras de artistas extranjeros en Madrid y su provincia*, pág. 166.

M. HERRERO-GARCÍA.—*Las fuentes de Madrid*, pág. 187.

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *En pro de la tonadilla madrileña*, pág. 205.—JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA: *Tres notas para la Historia del Arte*, página 215.—AMALIO HUARTE Y ECHENIQUE: *Una exención de la carga de huésped de aposento*, pág. 220.—A. GARCÍA BELLIDO: *Gómez de Mora y la Plaza Mayor de Madrid*, pág. 222.

RESEÑAS: Cruz, D. Ramón de la.—*Sainetes*. Colección ordenada por D. Emilio Cotarelo y Mori. Tomo II (J. ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 226.—Fernández Almagro, M.—*Orígenes del régimen constitucional en España* (LUIS DE SOSA), pág. 227.—Subirá, José.—*La tonadilla escénica*. Tomo I: concepto, fuentes y juicios, origen e historia (JULIO GÓMEZ), pág. 232.—Croce, Benedetto.—*Realità e fantasia nelle Memorie di Diego Duque de Estrada* (B. SÁNCHEZ ALONSO), pág. 234.—Heilmeyer, Alexander.—*La escultura moderna y contemporánea* (S. DE R.), pág. 236.—González Palencia, Angel.—*Don Francisco Cerdá y Rico: Su vida y sus obras* (J. ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 237.—Mélida, José Ramón.—*Arqueología española* (R. A.), pág. 239.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 241.

Número XXIII

C. E. KANY.—*Plan de reforma de los teatros de Madrid, aprobado en 1799*, página 245.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Índice y extractos de los libros de cédulas y provisiones del Archivo municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*, pág. 285.

MIGUEL KREISLER PADÍN.—*Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés*, pág. 333.

VARIEDADES: R. A.: *Las investigaciones arqueológicas en 1928*, pág. 353.

RESEÑAS: Menéndez Pidal, Ramón.—*La España del Cid* (RAFAEL MARTÍNEZ), página 357.—Millares Carlo, Agustín.—*Paleografía española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII* (MARIANO USÓN SESÉ), pág. 360.—Cejador y Frauca, Julio.—*El refranero castellano* (S. DE R.), pág. 364.—Rodezno, Conde de.—*La princesa de Beira y los hijos de Don Carlos* (LUIS DE SOSA), pág. 365.—Villa-Urrutia, Marqués de.—*El general Serrano, duque de la Torre* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 366.—Altolaguirre y Duval, Angel de.—*Don Pedro de Alvarado, conquistador del reino de Guatemala* (S. DE R.), pág. 368.—Romero de Terreros Manuel.—*Bibliografía de*

cronistas de la ciudad de México (C. PÉREZ BUSTAMANTE), pág. 370.—*Kehr, Paul; Rassow, P.; Rius, J, y Galindo, P.-Papsturkunden in Spanien vorarbeiten zur Hispania Pontificia. II. Navarra und Aragón. I. Archivberichte. II. Urkunden und Regesten* (JOSÉ M. LACARRA), pág. 371.—*Meunier, Mario.-Leyendas épicas de Grecia y Roma* (S. DE R.), pág. 374.—*Millé Giménez, Juan.-Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuidas a Lope de Vega* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA), pág. 375.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 377.

Número XXIV

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Índice y extractos de los libros de cédulas y provisiones del Archivo municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*, pág. 381.

TORMO, ELÍAS.—*La capitalidad: Cómo Madrid es Corte*, pág. 420.

VARIEDADES: MARÍA DEL PILAR LAMARQUE: *Nota sobre Mariano Luis de Urquijo*, página 470.—JUAN CATALINA GARCÍA: *Don Manuel de León Marchante*, página 477.—R. DE AGUIRRE: *Juguetes alemanes del siglo XVIII en Madrid*, página 482.

RESEÑAS: *Manrique, Jorge.-Cancionero* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ). pág. 484. *García Sanchiz, Federico.-El viaje a España* (S. DE R.), pág. 488.—*Ballesteros Beretta, Antonio.-Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA), pág. 439.—*Zabala y Lera, Pío.-El marqués de Argensón y el pacto de familia de 1743* (S. DE R.), pág. 492.—*Alvarez Gato, Juan.-Obras completas* (FERNANDO GONZÁLEZ), pág. 494.—*Danvila, Alfonso.-El Congreso de Utrecht* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 496.—*Brücker, Alexander.-Historia de la literatura rusa* (S. DE R.), pág. 499.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 501.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- AGUIRRE, R. DE.—*Juguetes alemanes del siglo XVIII en Madrid*, pág. 482.
- ALONSO CORTÉS, NARCISO.—*Quevedo en el teatro*, pág. 1.
- ALVAREZ, RAFAEL.—*Las culturas Nakuru y Elmenteita y su relación con las industrias paleolíticas de Madrid*, pág. 40. Dotor y Municio, Angel.—*La Catedral de Burgos*, pág. 95. Taracena, B. y J. Tudela.—*Soria: guía artística*, pág. 104. Mélida, José Ramón.—*Arqueología española*, pág. 239. *Las investigaciones arqueológicas en 1928*, pág. 353.
- ARTILES RODRÍGUEZ, JENARO.—*Cruz, D. Ramón de la.-Sainetes*, pág. 226. González Palencia, Angel.—*D. Francisco Cerdá y Rico: su vida y sus obras*, página 237. Villa-Urrutia, Marqués de.—*El general Serrano, duque de la Torre*, página 366. Manrique, Jorge.—*Cancionero*, pág. 484.
- CATALINA GARCÍA, JUAN.—*Don Manuel de León Marchante*, pág. 477.
- CORTINA, AUGUSTO.—*Rodrigo Cota*, pág. 151.
- DELEITO Y PIÑUELA, JOSÉ.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, pág. 5. Herrero García, M.—*Ideas de los españoles del siglo XVII*, pág. 96. Alonso Cortés, Narciso.—*La muerte del conde de Villamediana*, pág. 101. Danvila, Alfonso.—*El archiduque en Madrid*, pág. 107. Ballesteros Beretta, Antonio.—*Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, pág. 489. Danvila, Alfonso.—*El Congreso de Utrecht*, pág. 496.
- DOMÍNGUEZ BORDONA, J.—*El estreno de «Jugar con fuego», contado por Barbieri*, página 83.
- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, JOAQUÍN.—*Tres notas para la Historia del Arte*, pág. 215. Millé Giménez, Juan.—*Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuidas a Lope de Vega*, pág. 375.
- ESPEJO, CRISTÓBAL.—*Valerio Fort y su arbitrio sobre mesones*, pág. 23.
- GARCÍA BELLIDO, A.—*Moreno Villa, J.-Tres dibujos de Pedro de Ribera*, pág. 111. Gómez de Mora y la plaza Mayor de Madrid, pág. 222.
- GARCÍA REY.—*Obras de artistas extranjeros en Madrid y su provincia*, pág. 166.
- GÓMEZ, JULIO.—*Subirá, José.-La tonadilla escénica*, pág. 232.
- GONZÁLEZ, FERNANDO.—*Alvarez Gato, Juan.-Obras completas*, pág. 494.
- HERRERO-GARCÍA, M.—*Las fuentes de Madrid*, pág. 187.
- HUARTE Y ECHENIQUE, AMALIO.—*Una inscripción perdida*, pág. 90. *Una exención de la carga de huésped de aposento*, pág. 220.
- KANY, C. E.—*Plan de reforma de los teatros de Madrid, aprobado en 1799*, página 245.
- KREISLER PADÍN, MIGUEL.—*Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés*, pág. 333.
- LACARRA, JOSÉ M.—*Kehr, Paul, P. Rassow, J. Rius y P. Galindo.-Papsturkunden in Spanien vorarbeiter zur Hispania Pontificia. II Navarra und Aragón, I. Archivberichte. II. Urkunden und Regesten*, pág. 371.

- LAMARQUE, M. DEL PILAR.—*Nota sobre Mariano Luis de Urquijo*, pág. 470.
- MARTÍNEZ, RAFAEL.—*Gómez Moreno, Manuel.-La novela de España*, pág. 92. *Menéndez Pidal, Ramón.-La España del Cid*, pág. 357.
- MILLARES CARLO, AGUSTÍN.—*Índice y extractos de los libros de cédulas y provisiones del Archivo municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*, págs. 285 y 381.
- NÚÑEZ ARENAS, M.—*Teresa Cabarrús en Burdeos*, pág. 117.
- PÉREZ BUSTAMANTE, C.—*Gómez de Orozco, Federico.-Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la historia de América*, pág. 110. *Romero de Terreros, Manuel.-Bibliografía de cronistas de la ciudad de México*, pág. 370.
- R. A.—V. ALVAREZ, RAFAEL.
- S. DE R.—V. SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.
- SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.—*Agramonte y Cortijo, Francisco.-Los últimos años de Federico el Grande*, pág. 93. *Reivindicación histórica del siglo XVI. Curso de conferencias dadas en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación*, pág. 100. *Pérez de Barradas, José.-La infancia de la Humanidad*, página 106. *Heilmeyer, Alexander.-La escultura moderna y contemporánea*, página 236. *Cejador y Frauca, Julio.-El refranero castellano*, pág. 364. *Altolaquirre y Duvale, Angel de.-Don Pedro de Alvarado conquistador del reino de Guatemala*, pág. 368. *Meunier, Mario.-Leyendas épicas de Grecia y Roma*, página 374. *García Sanchiz, Federico.-El viaje a España*, pág. 488. *Zabala y Lera, Pio.-El marqués de Argensón y el pacto de familia de 1743*, pág. 492. *Brücker, Alexander.-Historia de la Literatura rusa*, pág. 499.
- SÁNCHEZ ALONSO, B.—*Croce, Benedetto.-Realtà e fantasia nelle Memorie di Diego Duque de Estrada*, pág. 234.
- SANZ EGAÑA, C.—*Matanza por el rito judío*, pág. 75.
- SOSA, LUIS DE.—*Fernández Almagro, M.-Orígenes del régimen constitucional en España*, pág. 227. *Rodezno, Conde de.-La princesa de Beira y los hijos de Don Carlos*, pág. 365.
- SUBIRÁ, JOSÉ.—*La canción y la danza populares en el teatro-español del siglo XVIII* página 87. *En pro de la tonadilla madrileña*, pág. 205.
- TORMO, ELÍAS.—*La capitulación: Cómo Madrid es corte*, pág. 420.
- USÓN SESÉ, MARIANO.—*Millares Carlo, Agustín.-Paleografía española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII*, pág. 360.

